

ERLE STANLEY
GARDNER



PERRY MASON

EL CASO
DEL PERRO
AULLADOR



de

Dos ricos vecinos, que no ocultan su desprecio mutuo, afirman que están casados con Bessie Foley. Cuando uno de los dos reclamantes es asesinado, Bessie se convierte en la principal sospechosa. El brillante abogado defensor Perry Mason asume el caso de Bessie, con la ayuda de su secretaria Della Street.



Erle Stanley Gardner

El caso del perro aullador

Perry Mason - 04

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Howling Dog*

Erle Stanley Gardner, 1934

Traducción: Ediciones Molino

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

AH WONG: Criado chino de Clinton Foley.

BENTON Thelma: Ama de llaves del señor Foley.

BOSTWICK Alex: Director del «The Chronicle».

CARTRIGHT Arturo: Hombre adinerado que vive de sus rentas y amargado de la vida.

CARTRIGHT Paula: Esposa del anterior.

COOPER Charles: Médico alienista y forense.

DOAKE George: Detective de la Agencia Drake.

DORCAS Pete: Fiscal sustituto.

DRAKE Paul: Jefe de la agencia de detectives, que lleva su nombre, y principal auxiliar de Masón.

DRUMM Claude: Fiscal del distrito y duro contrincante de Perry Mason.

EVERLY Frank: Inteligente y joven pasante de Mason.

FOLEY Clinton: Hacendado, retirado ya de sus negocios.

FOLEY Evelyn: Supuesta esposa del anterior.

HOLCOMB: Sargento de policía.

MASON Perry: Célebre abogado criminalista, que protagoniza esta novela.

MARKHAM: Juez.

MARSON Sam: Taxista.

MORTON Phil: Médico de Thelma Benton.

PEMBERTON Bill: Alguacil de la fiscalía.

SIBLEY Mae: Hermosa corista.

STREET Della: Gentil secretaria de Perry Mason.

TRASK Carl: Sujeto de malos antecedentes.

WALKER Elizabeth: Mujer sorda, ama de llaves de Arturo Cartright.

WHEELER Ed: Detective de la Agencia Drake.

Capítulo 1

Della Street abrió la puerta del despacho y habló en el tono que toda mujer emplea instintivamente cuando se dirige a un niño o a un enfermo de gravedad.

—Pase usted, señor Cartright —dijo—. El señor Mason le recibirá.

Un individuo de unos treinta y dos años de edad, de amplias espaldas, musculoso, de mirada suspicaz y alerta, entró en el despacho y se quedó mirando fijamente a Perry Mason.

—¿Hablo con el abogado Perry Mason? —preguntó.

Mason asintió con un movimiento de cabeza, al mismo tiempo que indicaba:

—Siéntese usted.

El recién llegado se dejó caer en la silla que Mason le había indicado y llevó la mano al bolsillo, del que sacó un paquete de cigarrillos, tomó uno, se lo llevó a los labios, y ya había casi guardado el paquete cuando se acordó de invitar a Perry Mason.

La mano que sostenía los cigarrillos se agitaba, nerviosa, y los escrutadores ojos del abogado se fijaron en ella antes de contestar a la invitación con un ademán negativo.

—No, muchas gracias. Prefiero mi propia marca.

El visitante guardó nerviosamente el paquete de cigarrillos, encendió una cerilla y maquinalmente se inclinó hacia delante, apoyando el codo en el brazo del sillón, conteniendo así el temblor de la mano que sostenía la cerilla.

—Mi secretaria —empezó con reposada voz Perry Mason— me dice que usted deseaba verme acerca de un perro y de un testamento.

El visitante asintió repitiendo:

—Sí, señor, un perro y un testamento.

—Entonces —siguió Perry Mason—, hablemos primero del testamento, pues yo de perros no entiendo nada en absoluto.

Cartright volvió a asentir. Su mirada se fijaba en la cara de Perry Mason, con la expresión de una persona muy enferma que trata de adivinar los pensamientos de un especialista.

Perry Mason sacó de uno de los cajones de la mesa un block de papel largo, tomó una pluma y preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

—Arturo Cartright.

—¿Edad?

—Treinta y dos años.

—¿Residencia?

—Cuatro mil ochocientos noventa y tres, Milpas Drive.

—¿Casado o soltero?

—¿Es absolutamente necesario hacerlo constar?

Perry Mason detuvo la pluma, al mismo tiempo que levantaba la vista, para estudiar con más detenimiento a su cliente.

—Sí —dijo.

Con mano temblorosa Cartright sacudió sobre un cenicero la ceniza de su cigarrillo.

—No creo que eso tenga que ver, en vista de la forma en que pienso hacer el testamento —dijo.

—Pero yo debo saberlo —insistió Perry Mason.

—Repito que eso no tiene importancia, dada la forma en que lego mi fortuna.

Perry Mason no dijo nada más, pero la misma insistencia de su silencio indujo a Cartright a hablar.

—Casado —respondió, por fin.

—¿Cuál es el nombre de su esposa?

—Paula Cartright, de veintisiete años.

—¿Vive con usted? —preguntó Mason.

—No.

—¿Dónde vive, pues?

—No lo sé.

Perry Mason vaciló por unos momentos y con paciente y serena mirada examinó el extenuado rostro de su cliente. Luego dijo con suavidad:

—Muy bien; vamos ahora a tratar de lo que usted piensa hacer

con su propiedad, antes de volver sobre su asunto. ¿Tiene usted hijos?

—No.

—¿En qué forma desea legar su fortuna?

—Antes de contestarle —dijo Cartright, hablando con rapidez— quiero saber si un testamento es válido, cualquiera que sea la forma en que muera el testador.

Perry Mason contestó con un ademán afirmativo.

—Supóngase usted —dijo Cartright— que un hombre muere en la silla eléctrica. Supóngase usted que el hombre es condenado a muerte por asesinato. ¿Es el testamento válido en esos casos?

—La manera de morir no afecta para nada a la validez del testamento —explicó Mason.

—¿Cuántos testigos necesito?

—Dos testigos, en determinadas circunstancias —respondió Mason—; pero en ciertos casos, ninguno.

—¿Cómo se explica eso?

—Quiero decir que si el testamento está escrito a máquina, y usted lo firma, se requieren dos testigos, pero en este Estado, si el testamento está escrito de puño y letra del testador, y siempre que en la misma hoja de papel no haya nada más escrito o impreso, no hacen falta testigos. Un testamento ológrafo posee toda la fuerza legal.

Arturo Cartright lanzó un suspiro, como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Cuando comenzó a hablar, su voz acusaba una mayor tranquilidad que al principio.

—Muy bien —dijo—; ya hemos aclarado este punto.

—¿A quién desea usted dejar su propiedad? —preguntó Perry Mason.

—A la señora Clinton Foley, que vive en el cuatro mil ochocientos ochenta y nueve de Milpas Drive.

Perry Mason arrugó el entrecejo.

—¿Alguna vecina de usted? —preguntó.

—Exactamente; una vecina —replicó Cartright en tono seguro, que cerró toda posibilidad de comentario.

—Muy bien —aceptó Perry Mason—. Ahora, señor Cartright, acuérdesse de que está hablando con su abogado, y que no debe ocultar nada. Dígame la verdad, y yo le prometo no traicionar su

confianza.

—Me parece que le he dicho a usted todo cuanto había que decir —replicó impaciente Cartright.

La voz y la mirada de Perry Mason mantuvieron su serenidad.

—Tal vez —replicó—, aunque me parece que fui yo quien lo dijo y no usted. Prosigamos ahora con el testamento.

—No hay nada que añadir.

—¿Cómo es eso?

—Quiero decir que toda mi propiedad va a parar a la señora de Clinton Foley; absolutamente toda.

Perry Mason volvió a colocar la pluma en su receptáculo, y con las yemas de los dedos tabaleó sobre el escritorio. El abogado trataba de comprender a su nuevo cliente.

—Muy bien —murmuró al fin—. Hablemos ahora del perro.

—El perro aúlla —dijo Cartright.

Perry Mason indicó con un gesto que comprendía la situación.

—Aúlla casi siempre de noche —siguió Cartright—; pero algunas veces aúlla también de día y esos aullidos me vuelven loco. No puedo resistirlo ni un momento más, pues como usted sabe el aullido del perro quiere decir que en la vecindad alguien está a punto de morir.

—¿Dónde está el perro? —preguntó Mason.

—En la casa de al lado de la mía.

—¿Quiere usted decir —preguntó Perry Mason— que la casa de la señora Clinton Foley está a uno de los lados de la suya y la del perro al otro lado?

—No —replicó Cartright—. El perro está en casa de la señora de Clinton Foley.

—Comprendo —respondió Mason, no muy seguro de comprender a su cliente—. Continúe, Cartright.

Cartright estrujó entre los dedos la colilla del cigarrillo, se levantó, avanzó rápidamente hacia la ventana, miró sobresaltado al exterior y luego volvió hacia el escritorio del abogado.

—Quisiera hacerle una pregunta más acerca del testamento.

—Muy bien —asintió Mason.

—Supongamos que la señora de Clinton Foley no fuera realmente la esposa de Clinton Foley.

—¿Qué motivo tiene usted para creer que no lo sea? —inquirió

Mason.

—Suponga usted que está haciendo vida marital con él, sin ser verdaderamente su esposa.

—Eso no afectaría la validez del testamento —dijo Mason pausadamente—, si usted describe a esa señora de esta manera: «la esposa de Clinton Foley, la mujer que vive actualmente con Clinton Foley, como su esposa, en el cuatro mil ochocientos ochenta y nueve de Milpas Drive». En otras palabras, el testador tiene derecho a dejar su propiedad a quien le parezca, y las palabras aclaratorias en el documento son válidas, en cuanto tienden a explicar la intención del testador.

»Ha habido casos, por ejemplo, en que una persona ha muerto dejando toda su propiedad a su esposa, cuando en rigor no estaban casados legalmente, y casos también en que el testador ha dejado su fortuna a su hijo, cuando el beneficiario ni era realmente su hijo, y en ese caso...

—¡Eso que usted me cuenta me tiene sin cuidado! —exclamó irritado Arturo Cartright—. Yo sólo deseo saber su opinión en este caso especial. De una manera o de otra, usted me dice que el testamento sería válido.

—Así es, en efecto —dijo Mason.

—Muy bien —insistió Cartright, con los ojos centelleantes de astucia—; pero supongamos ahora que realmente existiera una esposa de Clinton Foley, esto es, supongamos que Clinton Foley ha estado casado legalmente, y que yo le dejara mis bienes a la señora de Clinton Foley.

Perry Mason puso en la voz el acento más suave de que fue capaz, para mitigar los recelos de su cliente.

—Ya le he dicho a usted —dijo Mason— que el factor decisivo es la intención del testador, y siempre que usted especifique que deja sus bienes a la mujer que reside en la casa de referencia, como la esposa de Clinton Foley, eso es todo lo que se necesita. Desde luego que partimos del principio de que Clinton Foley vive todavía.

—¡Es claro que vive! Vive en la casa de al lado de la que yo ocupo.

—Ya entiendo —dijo cautelosamente Mason, tratando de penetrar en el misterio de la situación todo lo discretamente posible—. ¿Y sabe el señor Clinton Foley que usted le deja todos sus bienes

a su esposa?

—¡De ninguna manera! —exclamó indignado Cartright—. No sabe nada de eso y no creo que sea necesario que lo sepa.

—No, no es necesario —dijo Mason—. Fue sólo una pregunta suelta, sin intención de ninguna clase.

—Foley no lo sabe ahora y no lo va a saber tampoco —respondió Cartright.

—Muy bien —concluyó Mason—. La dificultad ha quedado resuelta. Ahora volvamos al perro.

—Sí señor; hay que hacer algo con ese perro.

—¿Qué quiere usted hacer?

—Quiero que la policía detenga a Foley.

—¿Y qué razón vamos a dar para detenerlo?

—La razón de que me está volviendo loco. Nadie tiene derecho a tener en su casa un perro de esa clase. Se trata sencillamente de un plan deliberado de persecución. Foley sabe que yo soy un poco supersticioso y ha enseñado al perro a aullar continuamente para torturarme. El perro no aullaba antes, pero ha empezado a hacerlo en las dos últimas noches. Foley quiere así irritarme a mí y también a su esposa. Ésta se halla enferma en la cama, y los aullidos del perro quieren decir que va a haber una muerte en la vecindad.

Cartright hablaba atropelladamente, sus ojos brillaban, febriles, y sus manos se movían asestando golpes inciertos en el aire.

Mason lo contempló, meditativo.

—No creo —empezó con voz pausada— que pueda hacerme cargo de este caso, señor Cartright. En estos momentos estoy muy ocupado. Acabo de informar en un juicio por asesinato y...

—Ya veo —dijo Cartright—. Usted cree que estoy loco y que el asunto, además, no merece la pena. Pero se equivoca usted, señor Mason. Éste es uno de los asuntos más importantes que han pasado por su despacho, y precisamente he venido a verle porque sabía que usted había llevado ese caso de asesinato. El asunto lo he seguido en todos sus detalles, he asistido a la vista y le he oído a usted informar. Es usted un abogado en toda la extensión de la palabra, y desde el momento en que empezó la vista del juicio, sabía yo que el fiscal saldría derrotado.

Perry Mason aceptó el panegírico con una tenue sonrisa.

—Un millón de gracias por sus amables palabras, señor Cartright

—dijo Mason—, pero como usted sabe, mi especialidad es la criminología, y el redactar un testamento no me seduce profesionalmente; en cuanto al asunto del perro, creo que puede esclarecerse sin la intervención de abogado...

—Eso es lo que usted cree —interrumpió Cartright—. Usted no conoce a Foley. Usted no sabe la clase de sujeto que es. Y si le parece que no va a hacer dinero bastante en este asunto, para justificar su intervención, quiero que sepa, desde ahora, que yo le voy a pagar a usted y a pagarle bien.

Cartright se metió la mano en el bolsillo, sacó una cartera repleta de billetes y cogió tres de ellos con temblorosas manos. Los billetes se le cayeron de los dedos antes de que tuviera tiempo de dárselos al abogado.

—Aquí tiene usted trescientos dólares por anticipado. Cuando el caso haya terminado le daré a usted más, mucho más. Todavía no he ido al Banco por dinero, pero voy a buscarlo inmediatamente si hace falta. Tengo el dinero en una caja de caudales; mucho dinero...

Perry Mason dejó pasar algún tiempo antes de tocar los billetes que Cartright le ofrecía.

—Cartright —dijo al fin, midiendo las palabras—, si acepto el caso es solamente con la idea de hacer por usted todo cuanto pueda. ¿Me comprende?

—Lo comprendo perfectamente, y eso es precisamente lo que yo esperaba de usted.

—Quiero decirle —insistió Mason— que cualquier cosa que sea la haré siempre que resulte en interés suyo.

—Obedeceré sus órdenes, con tal que tome a su cargo el asunto —prometió el visitante.

Perry Mason cogió los trescientos dólares, dobló los billetes y se los metió en el bolsillo.

—Queda, pues, convenido —dijo Mason— que me hago cargo del asunto.

Y ahora lo primero que usted desea es que hagamos detener a Foley, ¿no es así?

—Así es.

—Muy bien —replicó Mason—. Eso creo que podemos lograrlo sin dificultad. Todo lo que usted tiene que hacer es formular la

denuncia y el juez dictará el mandamiento. En este caso, ¿quiere usted que yo apoye la denuncia?

—Usted no conoce a Clinton Foley —reiteró Cartright—. Foley se revolverá contra mí y no me extrañaría que hubiese acostumbrado al perro a aullar en la forma que lo hace para que yo cayera en la trampa.

—¿Qué clase de perro es ése? —preguntó Mason.

—Un perro lobo.

Perry Mason bajó la vista hacia sus dedos, que seguían tabaleando sobre la mesa, y luego volvió a levantar los ojos, mirando a Cartright con una sonrisa tranquilizadora.

—Legalmente —dijo el abogado— es siempre una buena defensa, en un caso de acusación, consultar a un abogado, explicándole el caso con toda honradez y con todos sus pormenores, y proceder luego de acuerdo con el consejo que dé el abogado. Ahora voy a ponerle a usted en una situación en que no tenga que temer que prospere ninguna demanda por acusación injusta contra usted. Voy a llevarle a un auxiliar del fiscal: el que se encarga de estos asuntos. A ese señor le cuenta usted toda la historia: la del perro, se entiende. No es necesario que le cuente nada del testamento. En caso de que ese señor decida extender el mandamiento judicial no hay más que hablar del asunto; pero de todas maneras le aconsejo que le refiera el caso en todos sus pormenores. Explíqueme las circunstancias con toda sinceridad y sin olvidar ninguna de ellas. De este modo tendrá usted preparada la defensa contra cualquier demanda por daños y perjuicios que Foley pueda presentar.

Cartright lanzó un suspiro de alivio.

—Eso es lo que se llama ponerse en razón —dijo—, y ése es precisamente el consejo que vale dinero. ¿Dónde encontraremos a ese delegado del fiscal?

—Tendré que llamarlo por teléfono primeramente —dijo Mason—. Si me permite un momento iré a ver si puedo hablar con él. En seguida vuelvo. En aquella caja encontrará usted cigarrillos...

—No se preocupe por los cigarrillos —dijo Cartright, llevándose la mano al bolsillo—. Ya fumaré de los míos. Vaya usted y llame a ese señor. Acabemos con este asunto lo antes posible. No puedo resistir una noche más con ese perro aullando.

—Está bien —dijo Mason, echando hacia atrás el sillón en que se sentaba y dirigiéndose a la puerta que conducía al despacho de sus pasantes. Mientras el abogado empujaba la puerta con sus musculosos hombros, Arturo Cartright encendía un segundo cigarrillo con mano tan temblorosa que le fue necesario sujetarla con la otra.

Mason salió del despacho.

Della Street, su secretaria, de veintisiete años, rápida y eficiente, lo miró sonriendo con esa sonrisa que autoriza la intimidad de la mutua comprensión.

—¿Está chiflado? —le preguntó.

—No lo sé —replicó Mason—. Voy a enterarme. Llame a Pete Dorcas y voy a hacer que él se encargue de este asunto.

La joven asintió con un gesto e inmediatamente marcó el número de Pete Dorcas. Perry Mason avanzó hacia la ventana y allí se detuvo con las piernas abiertas en ángulo y obstruyendo con su corpulenta figura la luz de la ventana. Al través de ella contemplaba el desfiladero de la calle, desde donde llegaba el sonido de las sirenas de los automóviles. La luz vespertina, al ponerse sobre su rostro, hacía aparecer a éste como curtido por los elementos.

—Aquí está —dijo Della Street.

Perry Mason se volvió, dio dos largos pasos, cogió el teléfono de un escritorio en un ángulo de la oficina, mientras Della lo conectaba en el central.

—Hola, Pete —dijo el abogado—, habla Perry Mason. Voy a llevarle un individuo y quiero explicarle el caso por adelantado.

Pete Dorcas era poseedor de una voz áspera y chillona, la voz de un abogado que se ha perfeccionado en el arte de aclarar los tecnicismos de la ley y los explica de continuo como base de un argumento.

—Se le felicita, Mason. El caso estaba muy bien preparado. Ya le había dicho al fiscal sustituto que en el proceso había un punto vulnerable, y que si se presentaba ante el jurado sin poder explicar la llamada telefónica acerca de aquel automóvil robado, perdería el asunto.

—Gracias —replicó lacónicamente Mason—. Eso es sencillamente que la suerte me favorece.

—Eso es la suerte y el saberse aprovechar de ella —replicó

Dorcas—. Yo les dije que anduvieran con cuidado. Y ahora, ¿de qué asunto se trata? ¿Qué es lo que quiere ese individuo que usted va a traerme por aquí?

—Quiere presentar una queja.

—¿Una queja de qué?

—De un perro aullador.

—¿De qué?

—De un perro que aúlla, ni más ni menos. Creo que existe una ordenanza municipal que prohíbe a todo vecino tener un perro que ladre continuamente en una zona habitada.

—Tal ordenanza existe, pero nadie le hace caso, o por lo menos no recuerdo que por mis manos haya pasado ninguna queja de esa clase.

—Pero éste es un caso especial —dijo—. Mi cliente se ha vuelto ya loco o se volverá, con toda seguridad, de un momento a otro.

—¿A causa de ese perro? —preguntó Dorcas.

—No lo sé, y eso es lo que trato de averiguar. Si lo que necesita es sencillamente un tratamiento médico, procuraremos que lo consiga. Como usted sabe, un perro que aúlla puede no ser más que una molestia para cierta gente, en tanto que puede desbaratarles el cerebro a otras personas.

—Ya entiendo —asintió Dorcas—. ¿Y dice usted que lo trae hacia aquí?

—Sí, voy a acompañarle ahí, y quisiera que uno de los forenses asistiera a la entrevista. Desde luego, no como médico, ni mucho menos como alienista, sino como si fuera uno de los fiscales sustitutos, dejándole que se mezcle en la conversación y le haga unas cuantas preguntas. Y entonces, si vemos que el hombre necesita tratamiento médico, lo justo será procurárselo.

—¿Y si el hombre se niega a aceptarlo?

—De todas maneras —observó Mason—, se lo haremos aceptar.

—En ese caso se necesitará un mandamiento judicial —indicó Dorcas.

—Ya lo sé —dijo Mason—. Yo estoy dispuesto a formular la denuncia si el hombre está trastornado. Todo lo que importa de momento es saber si lo está. Si está loco, lo trataremos en consecuencia. Mi misión es defender sus intereses.

—Ya entiendo —dijo Dorcas.

—Estaré ahí dentro de quince minutos —dijo Mason, colgando el receptor.

Mason se puso el sobretodo y el sombrero, y luego, abriendo la puerta de su despacho particular, hizo señas a Cartright para que lo acompañara.

—Vamos —dijo—, nos espera en su despacho. ¿Ha traído usted su coche o vamos en taxi?

—Iremos en un taxi —contestó Cartright—. Estoy demasiado nervioso para conducir mi coche.

Capítulo 2

Pete Dorcas se desenroscó materialmente detrás de su destartalado escritorio, dirigió una mirada heladora a Arturo Cartright y contestó al saludo de Perry Mason con una fórmula de cortesía. Dorcas se volvió para señalar a un individuo rechoncho en cuyo semblante, a primera vista, se revelaba una innata amabilidad. Un estudio más detenido del sujeto, sin embargo, descubría una pupila alerta que acechaba tras sus entreabiertos párpados.

—Éste es el señor Cooper —dijo Dorcas—, mi ayudante.

Aquel personaje rechoncho se acercó con una placentera sonrisa y estrechó la mano del señor Cartright, contra quien proyectó desde el primer momento su escrutadora mirada.

—Bien, señor —dijo Mason—, ya estamos aquí, y si les parece comenzaremos nuestra tarea.

—Por mí, podemos empezar —dijo Dorcas, sentándose en el sillón, detrás de su escritorio.

Dorcas era delgado, calvo, de pómulos salientes y dotado de una vigilante penetración, que producía, sin poderlo evitar, desazón e inquietud.

—Vengo a hablarle de un perro —empezó Perry Mason—. Clinton Foley, con residencia en 4889 Milpas Drive, al lado de la casa en que habita el señor Cartright, tiene un perro lobo que no cesa de aullar.

—Eso, naturalmente —dijo Dorcas en tono humorístico—, es un privilegio de cualquier perro.

Arturo Cartright se abstuvo de sonreír, y llevándose la mano al bolsillo, sacó un paquete de cigarrillos, y después de vacilar un momento, volvió a ponerlo en el mismo bolsillo de donde lo había sacado.

Cooper, que observaba a Cartright continuamente, perdió por un

momento su afectuosa expresión, pero la volvió a recobrar.

—Vengo aquí para pedir la detención de ese individuo —dijo Cartright—. Esos aullidos no pueden continuar, ¿entiende usted? No pueden continuar.

—De eso es precisamente de lo que se trata —dijo Mason—. A eso es a lo que hemos venido aquí. Siga, señor Cartright, y explíqueme el caso al señor Dorcas.

—Pero yo no tengo nada que contar; el perro aulla y eso es todo.

—¿Constantemente? —preguntó Dorcas.

—Constantemente; esto es, con ciertos intervalos, en la forma que usted sabe que aullan los perros. ¿Quién ha visto a un perro que aülle constantemente? El perro lanza un aullido, luego se para, y luego vuelve a aullar y así sucesivamente.

—¿Y qué es lo que hace aullar al perro?

—Foley lo hace aullar —dijo Cartright con firmeza.

—¿Por qué motivo? —preguntó Cooper.

—Porque sabe que así me molesta. Porque sabe que a su mujer le molesta también. El aullido de un perro quiere decir que alguien está a punto de morir en la vecindad, y su mujer está muy enferma. Como le digo, hay que acabar con esos aullidos; acabar de una vez y para siempre.

Dorcas repasó el índice de un libro que tenía a mano y dijo con su voz chillona:

—Aquí hay una ordenanza municipal que prohíbe tener perros, vacas, caballos, gallinas, gallos o animales de ninguna clase en una zona habitada.

—¿A qué esperamos, pues? —preguntó Cartright.

Dorcas acogió la impaciencia de Cartright con una sonrisa.

—Tiene usted razón; no hay nada que esperar —dijo Dorcas—. Personalmente detesto los perros que aullan y los gallos que cacarean. Esta ordenanza se dictó para impedir que se establecieran vaquerías y establos de ninguna clase en las zonas habitadas, y Milpas Drive es una sección dedicada a residencia. Tengo entendido que en esta calle hay varias casas de relativo lujo. ¿Cuál es el número de su casa, señor Cartright?

—Cuatro mil ochocientos noventa y tres.

—Y el de la casa de Foley es cuatro mil ochocientos ochenta y nueve, ¿no es eso?

—Precisamente.

—A pesar de eso, ¿las dos casas son vecinas?

—Sí, señor.

—¿Foley tiene mucho terreno?

—Sí, señor.

—¿Y la casa de usted?

—La mía un solar del tamaño corriente.

—¿Es Foley hombre de dinero?

—¿Qué más da si tiene o no tiene dinero? —preguntó Cartright con muestras de irritación—. Naturalmente que es rico. De lo contrario, no viviría en donde vive.

—En cierto modo no importa saber si Foley es o no es rico —dijo Dorcas, midiendo sus palabras—, pero en esta oficina tenemos que andarnos con mucho cuidado, y no quiero dar la orden de detención de un ciudadano de responsabilidad sin antes notificarle lo que voy a hacer.

—Eso será perder el tiempo —dijo Cartright.

Perry Mason habló pausadamente, como si imprimiera a sus palabras una solemnidad judicial.

—Mi cliente —aclaró— no pide más que lo que es justo. Claro que usted, Dorcas, puede optar por el método que estime conveniente, pero en nombre del señor Cartright defiendo su derecho a que no se le moleste y a que cesen los aullidos de ese perro. Como usted puede ver, mi cliente sufre de un trastorno nervioso producido por los aullidos de ese perro.

—Yo no estoy nervioso —interrumpió airadamente Cartright—; sólo un poco molesto.

Perry Mason asintió con un gesto, sin añadir una palabra. Los ojos de Cooper se encontraron con los de Mason, y el alienista meneó la cabeza en forma escasamente perceptible. Cooper volvió a concentrar su mirada en Cartright.

—Sigo creyendo —dijo Dorcas— que lo discreto será notificar a Foley primeramente antes de proceder a su detención. Vamos a escribir una carta a ese señor diciéndole que se ha presentado una denuncia y recordándole que existe una ordenanza municipal que prohíbe tener un perro que aulla, añadiendo que si el animal está enfermo, debe llevarlo a una clínica veterinaria y tenerlo allí hasta que se ponga otra vez bien.

Perry Mason miró a Cartright, quien empezó a decir algo, pero fue interrumpido por Dorcas.

—¿Hace mucho tiempo que está ese perro ahí, señor Cartright?

—Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé con exactitud, pero por lo menos dos meses, que es el tiempo que llevo viviendo en la casa. El perro estaba ya allí cuando yo tomé la casa.

—¿Y hasta ahora no ha comenzado a aullar?

—No, señor.

—¿Cuándo comenzó?

—Anteanoche.

—Doy por descontado —dijo Dorcas— que usted y Foley no son muy buenos amigos y que usted no le pediría a él que tratara de que el perro no le molestase más.

—No, señor. Yo no hago eso.

—¿Por qué no llamarlo por teléfono?

—Tampoco.

—Entonces, ¿qué le parece si yo le escribo con toda cortesía una carta?

—Usted no conoce a Foley —dijo Cartright, un poco acibarado—. Foley rompería la carta y haría aullar al perro dos veces más. Foley se reiría de mí, con risa diabólica, al pensar que yo me mordía los puños de rabia, y le llevaría la carta a su mujer para enseñársela, y...

Cartright cesó de hablar instantáneamente.

—Siga usted hablando —dijo Dorcas—. ¿Qué más cree usted que haría Foley?

—¡Nada! —replicó en tono rudo y encolerizado.

—Creo —dijo Mason— que lo mejor será que usted escriba esa carta, señor Dorcas, en la inteligencia de que si el perro no cesa de aullar se dictará el mandamiento consiguiente.

—Desde luego, con esa inteligencia —dijo el ayudante del fiscal.

—Una carta, sin embargo —dijo Mason—, enviada por correo, y aun suponiendo que saliese esta misma tarde, no llegaría a su destino hasta mañana. Me permito sugerir, pues, que la notificación la efectúe un alguacil personalmente a Foley o a cualquiera otra persona que se encuentre en la casa. De esta manera, Foley

comprenderá que no se trata sencillamente de una queja instigada por Cartright sin apoyo ni consistencia legal.

Cartright meneó la cabeza.

—¡Pido que Foley sea detenido! —gritó.

El tono de Perry Mason continuaba siendo paciente y conciliador.

—Señor Cartright —dijo—, usted ha puesto el asunto en mis manos y quiero que se acuerde de lo que le he dicho. Usted mismo me ha asegurado que Foley es vengativo, que es rico y que procederá judicialmente contra usted. De ser así, le conviene de todas maneras demostrar que ha procedido de buena fe. Creo honradamente que la idea del señor Dorcas, con la pequeña alteración en el procedimiento que yo he indicado, lo coloca a usted en una posición digna y favorable, moral y legalmente. Le recomiendo, pues, que acepte esta solución.

Cartright se volvió iracundo hacia Perry Mason.

—¿Y qué diría usted si me negara a seguir su consejo? —preguntó.

—En tal caso —añadió Mason pacientemente—, usted tendría que buscarse otro abogado, alguien en quien tuviera más confianza de la que parece tener en mí.

Cartright hizo una breve pausa y súbitamente asintió con un movimiento de cabeza.

—Muy bien —dijo—. Voy a seguir su consejo, pero exijo que la notificación se haga inmediatamente.

—Tan pronto como podamos —dijo Perry con acento apaciguador.

—Entonces —terminó Cartright—, dejo el asunto en sus manos. Yo me voy a casa. Usted representa mis intereses, señor Mason, y aquí lo dejo para que ayude a preparar la notificación y vea de que la entreguen sin demora. ¿Quiere usted hacerme el favor?

—Lo haré —dijo Mason—. Váyase a casa y cálmese, señor Cartright. Deje el asunto en mis manos.

Cartright expresó su conformidad con un gesto.

—Muchas gracias, señores —dijo al despedirse—. Tanto gusto en conocerles y dispénsenme si he estado algo inconveniente, pues no he dormido bien. Ese perro aullador me quita el sueño.

La puerta se cerró de un golpe.

—¿Qué dice usted de todo esto? —preguntó Dorcas, dirigiéndose al doctor Cooper.

Éste se preparó a dictaminar, apoyando las manos sobre su abultado abdomen.

—No querrá —dijo, imponiendo a su rostro un tono de solemnidad— formular un diagnóstico con la limitada evidencia de que dispongo, pero casi me atrevería a decir que se trata de un caso de psicosis maníaca depresiva.

Perry Mason sonrió.

—Ésa es una frase formidable, doctor —dijo—, aunque me parece que equivale a un trastorno nervioso.

—Eso del trastorno nervioso —continuó el forense— no es sino una expresión corriente, con la que se trata de referir a varias formas de psicosis funcional o degenerativa.

—Pero no quiere decir necesariamente que una persona que sufre de esa psicosis maníaca depresiva está demente, ¿verdad? —preguntó Mason.

—De todos modos, no es una persona normal.

—Ya lo sé, pero no está loca.

—Todo depende de lo que usted entienda por locura, aunque no es, desde luego, la clase de demencia que lo eximiría de responsabilidad en caso de cometer un crimen, si a esto es a lo que usted se refiere.

—A eso es precisamente a lo que iba —dijo Mason—. Dejémosnos de tecnicismos, doctor, y vamos a hablar en forma que nos entendamos todos. Aquí no está usted informando en un juicio, sino simplemente hablando con dos amigos. Se trata sencillamente de una enfermedad funcional, ¿no es así?

—Así es.

—¿Y curable?

—¡Perfectamente curable!

—Muy bien; siendo así, vamos a quitar de en medio a ese perro.

—No hay que olvidarse sin embargo —dijo Dorcas, dando vueltas a un lápiz que tenía en la mano—, de que todo lo que sabemos sobre la existencia de ese perro es lo que Cartright nos ha contado aquí.

—Oh, no se ocupe más del asunto —le dijo Mason—. De todas maneras, usted no ha despachado ningún mandamiento, y todo se

reduce a notificar a Clinton Foley de que alguien ha denunciado la violación de una ordenanza municipal y a darle una idea de lo que la ordenanza contiene. Foley hará callar al perro, si realmente tiene perro, y en caso contrario nos llamará por teléfono y nos dirá lo que haya.

Mason se volvió hacia el punto de partida en que se encontraba el doctor Cooper.

—¿Cree usted posible que la idea del perro que aúlla no pase de ser una ilusión?

—En los casos de psicosis de que he hablado —dijo el doctor—, es frecuente padecer ilusiones y manías, pero por lo general persecutorias.

—Precisamente eso es lo que cree —dijo Dorcas—; que le persigue. Cartright está convencido de que Foley hace aullar al perro para torturarlo.

Perry Mason miró el reloj.

—Vamos a llamar a una taquígrafa —dijo—, y podemos dictarle ahora mismo la notificación y mandarla sin tardanza.

Dorcas levantó los ojos en dirección del doctor Cooper.

Éste comprendió la indicación y apretó el botón de un timbre.

—Muy bien —dijo Dorcas—; dictaré la notificación y la firmaré.

—Quisiera hablar con el alguacil que va a llevar la notificación —dijo Mason—. Tal vez podamos adelantar camino si al alguacil se le da dinero para el viaje y...

—Y unos cuantos puros —añadió sonriendo Dorcas.

—Tal vez —dijo Mason—. Yo preferiría darle una botella de *whisky*, pero no quiero comprometerle delante del fiscal.

—Vaya usted mismo abajo —dijo Dorcas— y elija el alguacil que mejor le parezca. Cuando vuelva, lo tendré ya todo preparado. Y usted puede irse, si quiere, con el alguacil y ver cómo entrega la notificación.

—¿Quién, yo? —preguntó en tono festivo Mason—. Sé distinguir un alguacil y un abogado: el abogado está en su despacho y el alguacil en la calle. Yo estaré en mi despacho cuando se entregue la notificación.

Al salir, Mason se dirigió al doctor Cooper.

—Dispénseme, doctor, si le parezco un poco pesado. Me doy perfecta cuenta de la posición en que usted se encuentra, y sólo

pido que aprecie también la mía. Ese individuo vino a mi despacho y en seguida vi que estaba horriblemente nervioso. Sólo quería saber si estaba loco.

—De todos modos —dijo Cooper—, ya comprenderá que yo no puedo saberlo todavía.

—Ya me doy cuenta —asintió Mason.

—¿Le habló Cartright de algo más, aparte del asunto del perro? —preguntó Dorcas.

Perry Mason acogió la pregunta con una sonrisa.

—Eso, amigo Dorcas, es someterse a un interrogatorio. Sólo le diré que Cartright me ha pagado una suma por adelantado. Tal vez este detalle le conteste a la pregunta.

—¿Y ha pagado en dinero de verdad? —preguntó Dorcas.

—De verdad, nada de cheques.

—Entonces no cabe ya duda —dijo el doctor Cooper con una carcajada—. El individuo sufre de una cierta forma de locura, el pagar por adelantado.

—No deja usted de tener razón —observó Perry Mason, mientras cerraba la puerta.

Capítulo 3

Della Street había abierto ya el correo de la mañana, cuando Perry Mason empujó la puerta del despacho y saludó a su secretaria con un jovial «Buenos días».

—¿Qué hay de nuevo, Della? —preguntó.

—Lo de siempre —replicó Della—, si se exceptúa una de las cartas, que se sale de lo ordinario.

—Guardaremos esa carta para lo último —exclamó sonriente Mason—. ¿Qué dicen las otras?

—Uno de los jurados en el último caso —dijo Della— quiere consultar un caso con usted. Dos personas han llamado por teléfono para felicitarlo. Un señor que ha estado ya varias veces pidiendo hora, pero que no ha querido decir nada sobre su asunto. Me parece que se refiere a unas acciones de unas minas que compró hace algún tiempo. Hay unas cuantas cartas que no tienen nada de particular.

Mason hizo una mueca y, con un gesto de decisiva resolución, dijo:

—Tire todo eso al cesto. No quiero más rutina. Quiero emoción. Quiero ocuparme en algo en que se ventile la vida de alguien y en que cada minuto tenga un valor trágico. Busco algo grande y extraordinario.

Della miró al abogado con ojos de ternura y solicitud.

—Usted es muy temerario, jefe —protestó—. Ese afán de emociones le va a dar un disgusto el día menos pensado. ¿Porqué no se limita a defender sus casos en el tribunal, sin mezclarse de ninguna manera con ellos?

La sonrisa de Mason era infantil.

—En primer lugar —dijo él—, me gusta una vida cargada de emociones y sorpresas, y en segundo lugar, porque si gano los casos

es porque los conozco en todos sus detalles. De ese modo, me llevo siempre por delante al fiscal. Y eso es una alegría... Vamos a ver ahora, ¿qué es lo que ha ocurrido de extraordinario, Della?

—Le va a sorprender a usted, jefe —dijo Della—. Se trata de una carta de aquel buen señor que estuvo aquí ayer.

—¿A quién se refiere?

—A aquel señor que vino a verle sobre el perro aullador.

—¡Ah! —exclamó Mason, gozosamente—. Ya sé... Cartright. Supongo que ya habrá dormido mejor la noche pasada.

—La carta ha venido por correo urgente y debió haber sido echada al correo por la noche.

—¿Algo más acerca del perro? —preguntó Mason.

—En la carta manda su testamento —dijo Della en voz baja, y luego, mirando furtivamente alrededor, como si temiese que alguien pudiera oírla—, y diez billetes de mil dólares cada uno.

Perry Mason se quedó mirando a su secretaria, con la frente arrugada y ojos interrogantes.

—¿Quiere decir diez mil dólares en dinero? —preguntó Mason con acento de incredulidad.

—Sí, señor.

—¿En una carta corriente?

—En una carta.

—¿Certificada?

—No, señor. Nada más que urgente.

—Me deja frío, Della —dijo Perry Mason.

Ésta se levantó de su escritorio, y se fue a la caja, abrió un compartimiento interior y sacó un sobre, que entregó al abogado.

—¿Y aquí dice usted que hay un testamento?

—Un testamento.

—¿Y una carta con él?

—Una carta, no muy larga.

Perry Mason sacó los diez billetes de a mil dólares, los examinó cuidadosamente, los dobló y se los metió en el bolsillo, expresando su sorpresa con un silbido que escasamente pudo reprimir. En seguida leyó la carta en voz alta:

Señor Mason:

Tuve ocasión de observarle en la última vista criminal en que usted actuó de defensor. Estoy convencido de que es usted una persona honrada y al mismo tiempo un abogado valiente, que no cede en la lucha. Quiero que usted defienda este caso, y le envío diez mil dólares por adelantado. Incluyo también mi testamento, con el fin de que defienda usted los intereses de la persona que nombro heredera de mis bienes. Ya he sabido por qué aullaba el perro.

He redactado este testamento en la forma que usted me indicó, y así no creo que tenga usted ninguna dificultad. De todas maneras, ahí van diez mil dólares, más la cantidad que le di a usted en su despacho.

Muy agradecido por el interés que ha mostrado en el asunto, quedo de usted, atentamente,

Arturo Cartright

Perry Mason meneó la cabeza en señal de duda y volvió a sacar los diez mil dólares del bolsillo.

—Mucho me agradaría el quedarme con este dinero —dijo.

—¡Quedárselo! —exclamó Della Street—. ¡Naturalmente que se lo va usted a quedar! La carta le dice para lo que es. Son en pago de honorarios; un dinero legítimamente ganado.

Perry Mason lanzó un suspiro y dejó caer el dinero sobre la mesa.

—Ese hombre está más loco que un cencerro.

—¿Por qué cree usted que ese hombre está loco? —preguntó Della.

—Porque lo está —dijo Mason.

—Pues anoche no le creía usted loco.

—Creía que estaba nervioso y tal vez enfermo.

—¿Pero usted no pensó que estaba loco?

—Precisamente loco, no.

—Entonces la razón de que crea usted ahora que está loco es el haberle mandado esta carta.

Perry Mason sonrió amablemente a su secretaria.

—El doctor Cooper, el forense —dijo—, observó que el pago de los honorarios por adelantado era ciertamente algo anormal en estos tiempos. Y este hombre ha pagado por adelantado dos veces y

ha enviado además diez mil dólares por correo en una carta sin certificar.

—Quizás era la única manera como podía mandarlos —indicó Della.

—Tal vez sea ésa la razón —dijo él—. ¿Ha leído el testamento?

—No, no lo he leído. Abrí la carta, y cuando vi lo que contenía la puse en la caja.

—En ese caso —dijo Mason—, vamos a ver lo que dicen.

El abogado desdobló el pliego, que por la parte de afuera llevaba esta inscripción: «Testamento de Arthur Cartright».

Mason paseó la vista rápidamente por el documento asintiendo con repetidos movimientos de cabeza, a medida que leía.

—De todas maneras —dijo—, este señor ha dejado un testamento ológrafo muy bien hecho. El documento está escrito todo él de su puño y letra: firma, fecha y todo lo demás.

—¿Le deja a usted algo en el testamento? —preguntó Della Street, sin poder reprimir su curiosidad.

Perry Mason se levantó y sonrió.

—Della —dijo en tono humorístico—, se está usted volviendo cada vez más interesada.

—No le extrañaría tanto que lo fuera, si usted viese cómo llegan las cuentas a este despacho. Yo no comprendo cómo la gente habla de depresión, cuando veo cómo gasta usted el dinero.

—Eso no es gastar dinero, Della —dijo Mason—; eso es sólo ponerlo en circulación. La verdad es que en el país hay tanto dinero ahora como antes. Lo que ocurre es que no circula tan de prisa, y por eso parece que todo el mundo es pobre.

—Pues nadie podrá decir que el dinero de usted no circula de prisa. Pero cuénteme acerca de ese testamento, si es que tengo derecho a saberlo.

—Tiene perfecto derecho, Della —dijo el abogado—. Un día de estos me matará por ahí alguno de mis enemigos, y usted será la única persona que sepa algo de mis asuntos. Vamos a ver. Este señor deja todos sus bienes a la persona beneficiaria, y a mí me deja un diez por ciento, que percibiré el día que se haya tramitado la testamentaría, y siempre que haya defendido fielmente los intereses de la heredera en cuantos incidentes legales se presenten en relación con el testamento, con la muerte del testador o con sus

relaciones domésticas.

—El señor Cartright no se ha dejado nada en el tintero, ¿no le parece? —dijo Della Street.

Perry Mason asintió, y cuando volvió a hablar se expresó con acento meditativo.

—Ese señor —dijo— ha redactado el testamento en presencia de un abogado, o, de no ser así, tiene la cabeza muy bien sentada. Éste no es un testamento redactado por un loco. El documento no es vago ni incoherente. Cartright le deja nueve décimas partes de la propiedad a la señora Clinton Foley y a mí el diez por ciento restante. Establece además...

De pronto Perry Mason interrumpió la lectura y miró el documento con ojos sobresaltados.

—¿Qué le pasa? —preguntó Della, alarmada—. ¿Algo de particular? ¿Algún defecto en el testamento?

—No —dijo Mason—, no se trata de ningún defecto en el documento, sino de otra cosa que me parece muy extraña.

Inmediatamente cruzó el despacho en dirección de la puerta y cerró ésta con llave.

—No vamos a permitir que nos molesten las consultas por un rato —dijo a Della—, o por lo menos hasta que hayamos aclarado este punto.

—Pero, ¿de qué se trata? —preguntó la secretaria del todo intrigada.

Perry Mason bajó la voz:

—Ayer —dijo—, cuando el señor Cartright estaba aquí, me consultó especialmente acerca de la forma de dejar todos sus bienes a la señora Clinton Foley, y me preguntó qué ocurriría en el caso de que la mujer que pasaba por la esposa de Foley no fuese realmente la esposa de Foley.

—¿Es que no estaba realmente casada con Foley? —preguntó Della.

—Precisamente —dijo Mason.

—¿Pero no vive esa señora con Foley en una vecindad distinguida?

—Sí, eso es verdad, pero ello no quiere decir nada en los tiempos que corremos. Casos se ven todos los días en que...

—Sí, ya sé —dijo Della—, pero no deja de parecer extraño que

un hombre viva en una vecindad de esa clase con una mujer que hace pasar por esposa.

—Sus razones tendrá. Cosas así ocurren todos los días, bien debido a que la esposa verdadera no se resigna a divorciarse y conceder la libertad a su marido. ¡Quién sabe si la mujer tiene también su esposo en otra parte! Pueden haber ocurrido una docena de cosas.

Della escuchó con atención y dijo:

—Ahora es cuando no puedo aguantar la curiosidad. Dígame, ¿qué ocurre con ese testamento?

—Verá —siguió Mason—: Cuando Cartright estuvo ayer tarde, me habló de dejarle toda su propiedad a la señora de Clinton Foley, y quería estar prevenido para el caso en que esa señora no fuese la esposa legítima de Foley. Por la manera en que se expresó, yo deduje que tenía algún motivo para creer que la tal señora no era la esposa de Foley, y así le indiqué que le dejase sus bienes a la señora en cuestión, refiriéndose a ella en el documento «como la mujer que reside actualmente con Clinton Foley en cuatro ocho ocho nueve, Milpas Drive».

—¿Y no lo ha hecho tal como usted se lo indicó? —preguntó Della.

—No —dijo Mason—. Le ha dejado la propiedad a la señora de Clinton Foley, su legítima esposa, añadiendo que el tal Clinton Foley reside en esta ciudad, en cuatro ocho ocho nueve, Milpas Drive.

—Eso es completamente distinto —dijo Della.

—Tan distinto como el día y la noche —dijo Mason—. Tan distinto es, que si ahora resultase que la mujer que vive con Clinton Foley no fuera su esposa, no recibirá un céntimo, ya que el testamento habla de su legítima esposa, y las señas de la casa se refieren más bien a él que a ella.

—¿No cree usted que tal vez no comprendió bien sus indicaciones? —preguntó Della Street.

—Yo qué sé —dijo Mason, haciendo un gesto de mal humor—. Ésta parece ser la única cosa en que no me ha comprendido. Busque el teléfono de Cartright en el listín. Vive en cuatro ocho nueve tres, Milpas Drive. Seguramente tiene teléfono. Llámelo en seguida y dígame que es muy importante.

Della cogió el teléfono, pero en el momento de establecer la comunicación se recibió una llamada.

—Vea quién es, Della —dijo Mason.

La secretaria insertó la clavija, y contestó:

—Éste es el despacho del señor Mason —y escuchó unos segundos—. Un momento —agregó; y cubrió el micrófono con la palma de la mano—. Es Pete Dorcas —explicó—, el fiscal sustituto. Dice que quiere hablarle inmediatamente acerca del caso de Cartright.

—Bien —contestó Mason—, déjeme hablar con él.

—¿En su despacho? —preguntó Della.

—No, aquí mismo, y usted escuche la conversación. No sé lo que va a contar y prefiero tener un testigo.

Mason cogió el aparato, saludó, y escuchó la voz de Pete Dorcas, impaciente y áspera.

—Siento mucho decírselo, Mason —expuso Dorcas—, pero me temo que voy a tener que dictar un mandato de detención contra su cliente, Arthur Cartright, por considerarlo demente.

—¿Qué es lo que ha hecho? —preguntó Mason.

—A lo que parece, aquel perro que aullaba y lo molestaba tanto, no existía más que en su imaginación —dijo Dorcas—. Clinton Foley me ha dicho lo bastante para creer que Cartright no sólo está loco, sino que posee tendencias criminales, que lo convierten en un serio peligro para la sociedad.

—¿Cuándo le ha contado Foley todo eso? —preguntó Mason, mirando el reloj.

—No hace más que unos minutos.

—¿Estuvo en su despacho? —preguntó Mason.

—Todavía está.

—Muy bien —exclamó Mason—; díglele que me espere. Tengo perfecto derecho a que me oiga en este asunto. Soy el abogado de Cartright y no voy a dejar que se abuse de mi cliente. No deje usted marchar a Foley. Voy en seguida.

Mason no le dio ocasión a Dorcas de excusarse, sino que, colgando bruscamente el teléfono, se volvió hacia Della y le dijo:

—Bien, Della, corte la comunicación y llame a Cartright. Díglele que quiero verle inmediatamente, que se vaya de su casa y se meta en un hotel, sin ocultar su verdadero nombre, pero sin decirle a

nadie dónde va, y luego que le dé el número del teléfono del hotel, y usted me llama a mí. Dígale que no aparezca por su casa, ni por este despacho hasta que yo hable con él. Asegúrele que es muy importante. Me voy al despacho de Dorcas, a ver qué es lo que ha pasado. Este Clinton Foley es hombre de cuidado.

Mason volvió a abrir la puerta del pasillo, y antes de que se cerrase estaba ya casi en el ascensor.

Una vez en la calle, llamó a un taxi y dio la dirección de Dorcas.

—A toda prisa —le dijo al chófer—, yo pago la multa.

Mason saltó dentro del taxi, cerró la portezuela de un golpe y se reclinó contra el respaldo, al ponerse el taxi en movimiento. Durante el trayecto, el abogado se sentó con los ojos fijos en la distancia y en actitud meditativa. Su cuerpo se movía como un autómatas, cada vez que el taxi volvía una esquina o daba una sacudida para evitar los obstáculos.

Al detenerse el taxi, junto al bordillo de la acera, Perry Mason tiró al conductor un billete de cinco dólares y le atajó:

—No se moleste en darme el cambio —después cruzó la acera, subió al piso noveno y le dijo a la joven en la oficina de información—: Pete Dorcas me está esperando.

Mason pasó por delante de ella, a lo largo de un corredor con muchas puertas, y se detuvo ante una de ellas que anunciaba con letras doradas que allí estaba el despacho del señor Dorcas.

Mason dio dos golpecitos en la puerta, y la voz quejumbrosa de Pete Dorcas le invitó a pasar.

Perry Mason abrió la puerta y entró.

Pete Dorcas estaba sentado en su escritorio. Su rostro indicaba claramente que estaba muy molesto. Al otro lado de la mesa, una figura gigantesca se esforzaba por levantarse de una silla para volverse hacia Perry Mason.

El individuo que acompañaba a Dorcas medía más de seis pies de altura, era ancho de hombros, de amplio tórax y brazos largos. La grasa había comenzado a formársele en el abdomen, pero no lo bastante aún para que dejara de parecer atlético. Frisaba en los cuarenta años, y al hablar, lo hacía con voz resonante.

—Supongo que es usted el señor Perry Mason, el abogado del señor Cartright —dijo amablemente.

Perry Mason se inclinó ligeramente y se colocó con las piernas

abiertas y la cabeza echada hacia delante, mirando fijamente a Foley.

—Sí, señor —contestó—, yo soy el abogado de Cartright.

—Y yo Clinton Foley, su vecino —dijo éste, tendiendo la mano al abogado y sonriendo cortésmente.

Mason avanzó dos pasos, aceptó la mano que se le ofrecía y se volvió hacia Dorcas, después de haberla estrechado brevemente.

—Siento mucho haberle hecho esperar, Pete. Pero éste es un asunto muy importante. Ya se lo explicaré más al detalle luego. De momento me interesa saber qué es lo que ha pasado aquí.

—No ha pasado nada —dijo Dorcas— si se exceptúa que yo tengo quehacer y que usted me hizo perder mucho tiempo hablándome de un perro aullador que no aullaba, y que ahora resulta que nuestro hombre está más loco que una cabra.

—¿Por qué cree usted que mi cliente está loco? —preguntó Mason.

—La pregunta no deja de tener gracia —replicó Dorcas—. Usted mismo lo creía ayer. Usted me llamó por teléfono y me dijo que creía que estaba loco y que deseaba que el médico forense lo observase.

—No —dijo Mason pausadamente—, usted me ha entendido mal. Yo sabía que el hombre estaba muy nervioso, y mi deseo era, sencillamente, saber si lo que padecía mi cliente era un fuerte ataque de nervios o algo más. Eso fue todo.

—Usted creía que estaba loco —insistió Dorcas—. Usted lo suponía loco y deseaba saberlo de cierto, por miedo de meterse el cuello en un lazo.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —preguntó un poco picado Mason.

—Usted sabe bien lo que quiero decir —replicó Dorcas—. Usted vino aquí con un individuo que procuraba la detención de un ciudadano de preeminencia y posición. Naturalmente, usted trataba de que al hacerlo, no hubiera peligro de ninguna clase, y para eso precisamente lo buscó a usted Cartright, y por esa misma razón me negué a extender la orden de detención, y me limité a notificar al señor Foley, quien está aquí ahora y me ha dicho todo lo que me importaba saber.

Perry Mason miró fijamente a Dorcas, hasta que los grises ojos

del fiscal tuvieron que bajarse, incapaces de resistir la mirada del abogado.

—Cuando yo vine aquí —dijo pausadamente Mason— lo hice no con la idea de sorprender a usted, sino con la de no ser sorprendido. Yo le dije que mi cliente estaba nervioso, y que el aullido del perro era lo que lo tenía nervioso, y en vista de que hay una ordenanza que prohíbe tener perros de esa clase en una zona habitada, mi cliente tiene derecho a la protección de la Ley, aunque sea contra una persona de influencia...

—Pero el perro no aullaba —interrumpió Dorcas con muestras de irritación—. Esto es precisamente el caso.

La voz de Foley se interpuso en la discusión.

—Ustedes perdonen, señores —dijo—, ¿pero podría decirles dos palabras?

Perry Mason ni siquiera se volvió hacia él, sino que continuó mirando a Dorcas con aire retador.

—Desde luego —asintió Dorcas—, hable usted.

—Usted perdonará mi franqueza, señor Mason. Ya sé que usted quiere saber realmente lo que ha pasado. Yo comprendo su posición, y el deber que tiene de defender los intereses de su cliente.

Perry Mason se volvió hacia él, y lo miró de arriba abajo con ojos agresivos.

—Vamos al grano —dijo.

—Ese individuo, Cartright —prosiguió Foley—, está indudablemente loco. Ha tomado en alquiler la casa al lado de la mía, y estoy completamente seguro de que los dueños de la finca no saben la clase de inquilino que tienen. Cartright tiene un ama de llaves sorda, y no tiene parientes, amigos o conocidos, que se sepa. Está en casa todo el día.

—A eso tiene perfecto derecho, ¿no es así? —inquirió Mason—. Tal vez no le agraden los vecinos.

Dorcas se puso en pie.

—Óigame, Mason —dijo autoritariamente—, usted no tiene derecho a...

—¡Señores, por favor! —exclamó Foley—. Déjenme que siga y que explique el caso. Yo comprendo perfectamente la posición del señor Mason. Él cree que yo me he valido de mi influencia política

para perjudicar los intereses de su cliente.

—¿Y no es así? —prosiguió Mason, en el mismo tono de agresividad.

—No, señor —dijo Foley, sin perder la calma—. Yo me he limitado a explicar lo ocurrido al señor Dorcas. Su cliente de usted, ya he dicho, es un hombre muy especial. Vive como un anacoreta y, se pasa los días espiando cuanto hago, desde las ventanas de su casa, con un par de gemelos.

Dorcas vaciló por un instante, se reclinó en su sillón, se encogió de hombros y encendió un cigarrillo.

—Continúe —dijo Perry Mason—, ya le oigo.

—Un chico que tengo de cocinero —continuó Foley— fue el primero en avisarme. Él había observado los lentes de los gemelos. No quiero que se interpreten mal mis palabras, señor Mason, y sólo creo que su cliente está algo loco y que no sabe lo que hace. Al mismo tiempo, quiero que conste que tengo testigos para confirmar cuanto voy a decir.

—Muy bien —asintió Mason—, ¿y qué va usted a decir?

—Voy a quejarme de este continuo espionaje que me hace difícil conservar mis criados y que es intolerable para mí y para los amigos que visitan mi casa. Ese hombre se pasa la vida acechando cuanto hago, con unos gemelos, y a este fin nunca enciende las luces del piso alto de su casa y se pasa las horas de la noche en los cuartos oscuros, mirando cuanto hago.

—Hasta ahora —dijo Mason— no veo que mi cliente haya cometido ningún delito.

—No es ese el caso —intervino Dorcas— y usted lo sabe bien, Mason. El hombre está loco.

—¿Qué le hace a usted creer que el hombre está loco? —preguntó Mason.

—Que ha denunciado que un perro le molesta con sus aullidos, cuando no hay tal cosa. Puedo asegurarle en absoluto que esto no es cierto.

—Pero usted tiene un perro, señor Foley, ¿no es así? —preguntó Mason.

—Sí, señor —contestó Foley, siempre en tono conciliador.

—¿Y quiere usted decir que su perro no aúlla?

—Nunca.

—¿No aulló hace un par de noches?

—No.

—He hablado del asunto con el doctor Cooper —dijo Dorcas—, y me ha asegurado que si a la manía persecutoria va asociada la alucinación de un perro que aulla y el temor de que va a haber una muerte en la vecindad, el sujeto puede desarrollar deseos homicidas cuando menos se espera.

—Muy bien —dijo Mason—. Usted ha tomado su resolución y yo me he formado la mía. Por lo que veo, usted me propone meter a mi cliente en un manicomio.

—Mi propósito es cerciorarme de si ese hombre está peligrosamente loco —dijo con dignidad Dorcas.

—Muy bien —asintió Mason—. Lo mismo que me dijo usted ayer a mí se lo digo a usted. Antes de proceder al examen de Cartright por un alienista, alguien tiene que hacer la denuncia, y ¿quién va a hacerla? ¿Va a hacerla usted, Dorcas?

—Tal vez lo haga —replicó el fiscal.

—Piénselo bien antes de hacerlo —advirtió Mason—, se lo aconsejo.

—¿Aconsejarme a mí qué?

—Aconsejarle que antes de firmar una denuncia de que mi cliente está loco, se entere mejor de lo que se ha enterado hasta ahora. De otro modo, se expone usted a que le cueste caro.

—¡Señores! —exclamó Foley—. No se enfaden ustedes por tan poca cosa. Después de todo, al pobre Cartright se le hace un favor. Yo no tengo nada contra él. Es un vecino mío y aunque un vecino intolerable, estoy seguro de que no es responsable de sus actos. Por eso quisiera saber lo que dicen los médicos y en el caso de que resulte que no está loco, procederé por otras vías a impedir que haga acusaciones absurdas respecto a mi perro y a mi casa.

Dorcas habló luego a Perry Mason.

—Todo esto no conduce a nada, Perry —dijo—. Foley está en su derecho y usted sabe que si trajo aquí a Cartright fue para impedir toda acción por persecución injustificada. Si Cartright nos expuso los hechos tal como son, y fue autorizado a proceder, él actuó dentro de sus derechos. De otro modo, no.

Mason se rió con cierta amargura.

—¿Está usted preparando ya el terreno para una demanda por

daños y perjuicios? —preguntó a Foley.

—No; no es eso lo que me propongo.

—Por si lo han olvidado voy a recordarles a ustedes dos algo —observó Mason—, y es que no se ha expedido ningún mandato judicial, ni se ha hecho ninguna denuncia. El fiscal se limitó a escribirle a usted una carta. ¿No es eso, Dorcas?

—Así es, legalmente —replicó Dorcas—, pero si a última hora resulta que el hombre está loco, no cabe duda que habrá que proceder.

—Todo eso está bien —dijo Mason—, pero todo lo que ustedes dicen sobre el estado mental de Cartright se basa en la declaración que ha hecho Foley de que el perro no aullaba, ¿no es así?

—Sí, pero el señor Foley nos ha dicho también que tenía testigos para confirmar su declaración.

—Eso es lo que él dice —continuó Mason, sin soltar presa— y hasta que haya tomado declaración a estos testigos, no sabrá usted de cierto cuál de los dos es el loco. Quién sabe si al final el loco es el señor Foley.

Éste se rió, pero con una risa mecánica. Sus ojos chispeaban enigmáticamente.

—De lo que usted nos ha dicho, Mason, se desprende —dijo Dorcas— que lo que usted quiere es que se ahonde más en este asunto, antes de resolver nada definitivo.

—Naturalmente —dijo Mason—. Cuando usted escuchó la denuncia de mi cliente, se limitó a escribir una carta, y si ahora quiere escribirle otra carta al señor Cartright, diciéndole que el señor Foley nos asegura que aquél está loco, yo no me opongo. Mas, si por el contrario, usted procede sin otra base que la declaración de Foley, ya me mantendré en mi terreno y defenderé los derechos de mi cliente.

Dorcas alargó la mano, cogió el teléfono y pidió:

—El despacho del alguacil —pasados unos momentos rugió—: Quiero hablar con Bill Pemberton... ¡hola, Bill...! Habla Dorcas... Pete Dorcas. Óigame, aquí tenemos una discusión en que se hallan envueltos un par de millonarios de esos que viven en Milpas Drive. El asunto es un perro que aulla más de la cuenta. Uno de los millonarios dice que el perro aulla; el otro dice que no es así. Además, uno de esos señores sostiene que el otro está loco. Perry

Mason defiende a este último y pide una investigación del caso. ¿No podría usted llegarse a Milpas Drive y averiguar lo que pasa en concreto?

Hubo un momento de silencio, después Dorcas añadió:

—Muy bien, venga por aquí en seguida.

Dorcas colgó el receptor del teléfono y se volvió para dirigir a Perry Mason una mirada glacial.

—Amigo Perry —dijo—, usted es el que ha empezado esto. Vamos a hacer una investigación, y si de ella resulta que su cliente no ha dicho la verdad y está realmente loco, procederemos a encerrarlo en un manicomio, a no ser que usted prefiera que se le coloque en una clínica particular, bajo el cuidado de un pariente.

—Ahora —dijo Mason— es cuando ha comenzado usted a hablar. ¿Por qué no me dijo eso al principio?

—¿Decirle qué?

—Que buscara un pariente para que se hiciera cargo de Cartright.

—Porque su cliente comenzó este asunto con una denuncia criminal que parece carecer de fundamento. Luego vino el señor Foley, quien nos hizo saber que su vida peligraba...

—A eso es precisamente a lo que iba —dijo Perry Mason—. No guardo rencor a nadie, pero yo represento aquí a mi cliente, y cuando yo actúo por un cliente, lo defiendo hasta morir, si es preciso.

Dorcas lanzó un suspiro e hizo un gesto con las manos, extendiéndolas y colocándolas hacia arriba sobre la mesa.

—He de confesar, amigo Mason —dijo Dorcas—, que es usted temible cuando se trata de defender a un cliente.

—No cuando se trata a mis clientes con justicia —dijo Mason.

—El cliente de usted será siempre tratado con justicia —aseguró Dorcas—, al menos mientras yo esté aquí. Bill Pemberton merece toda mi confianza y estoy seguro que procederá con toda imparcialidad en esta investigación.

—Yo quisiera ir con él —declaró Mason.

—¿Puede usted ir también, señor Foley? —preguntó Dorcas.

—¿Cuando? —preguntó Foley.

—Ahora mismo —contestó Mason—. Cuanto antes mejor.

—Sí —dijo Foley—, voy con ustedes.

Contra el cristal de la puerta se destacó la silueta de una persona, la puerta se abrió, encuadrando a un individuo de unos cuarenta y cinco años, bien constituido, y que al entrar saludó a todos con una sonrisa.

—¡Buenos días!

—¡Hola, Pemberton! —replicó Mason.

—Bill —dijo Dorcas—, te voy a presentar al señor Foley, una de las partes de este asunto.

El alguacil y Foley se estrecharon las manos. Luego Pemberton tendió su diestra a Mason.

—En el último juicio estuvo usted colosal, Mason —dijo Pemberton—. En la prueba no se podía pedir más. Le felicito.

—Gracias —contestó Mason estrechando la mano a Pemberton.

—¿Y de qué se trata ahora? —preguntó éste.

—De un perro aullador —respondió el fiscal con fatigado tono.

—No me explico todo este belén a causa de un perro —observó Pemberton—. ¿Por qué no le dan ustedes un pedazo de carne para que se calle?

—Lo bueno del caso es que el perro está callado sin echarle carne —dijo Foley.

—El señor Foley le explicará a usted el caso por el camino —dijo Dorcas—. El señor Foley es una de las partes y Mason representa a la otra. La cosa empezó con una denuncia sobre un perro que aullaba toda la noche, pero ahora el caso se ha complicado con denuncias de espionaje. Manía homicida y ¡qué sé yo! Vaya por allá y averigüe qué pasa. Hable con todos los testigos que encuentre y pásame un informe. Mi decisión dependerá de lo que usted diga.

—¿Quiénes son los testigos? —preguntó acuciante Pemberton.

Foley levantó la mano y empezó a contarlos con los dedos.

—En primer lugar —dijo— está Cartright, que es quien se queja del perro, y el ama de llaves de Cartright, quien quizá te diga a usted que también ha oído aullar al perro; pero, cuando usted hable con ella, encontrará que es sorda como una tapia. Después está mi esposa, que ha estado enferma de fiebre, pero que ya está mejor. Está aún en cama, pero podrá hablar con ella. A mi esposa le consta que el perro no aúlla. Viene luego Ah Wong, mi criado chino, y el ama de llaves, Thelma Benton. Todos ellos le dirán a usted lo mismo: que el perro no aúlla. Luego, naturalmente, viene el perro.

—No espera usted que el perro me diga si aúlla o no aúlla — preguntó Pemberton en tono festivo.

—Pero el perro le puede decir a usted que es un animal pacífico y que de su boca no sale un solo aullido —contestó, sonriente Foley, mientras se llevaba la mano al bolsillo para sacar una cigarrera—. ¿Quiere usted un puro?

—Muchas gracias —aceptó Pemberton, sacando uno de la cigarrera.

—¿Y usted, amigo Mason? —preguntó Foley, tendiendo la cigarrera al abogado.

—No, gracias —contestó Mason—, yo me conformaré con uno de mis cigarrillos.

—Quiero que sepa, Pemberton, que llevo dado a este caso más tiempo del que realmente merece —dijo Dorcas—; ya me entiende usted...

—Bien, Pete —contestó Bill Pemberton perfectamente percatado de lo que el fiscal quería decir—. Señores, cuando ustedes quieran.

Capítulo 4

Al detenerse el automóvil, Pemberton preguntó:

—¿Es ésta la casa?

—Ésa es —contestó Foley—, pero no pare aquí. Continúe hasta llegar a la entrada. Estoy ahora arreglando el garaje y los albañiles han puesto esto que da asco mirarlo. Dicen que acaban esta tarde, de lo que me alegro infinito.

—¿Con quién hablamos primero? —preguntó Pemberton.

—Con quien usted prefiera —dijo Foley—, aunque me parece que después que haya usted hablado con mi esposa, no creará necesario hablar con nadie más.

—No —dijo Pemberton—, vamos a dejar que hablen todos. ¿Dónde está ese cocinero chino? ¿En casa?

—Seguramente —contestó Foley—. Iremos a su cuarto. Tal vez usted quiera ver dónde duerme. Su habitación queda encima del garaje.

—¿Dónde duerme el chófer? —preguntó Pemberton.

—Supongo que el sitio estaba destinado al principio para habitaciones del chófer —dijo Foley—, pero no tengo chófer; conduzco yo mismo.

—Muy bien —asintió Pemberton—; en ese caso, vamos a empezar por el chino. ¿Le parece a usted bien, Mason?

—A mí me parece todo bien —dijo Mason—; pero quiero que antes de irse hable también con mi cliente.

—Naturalmente. ¿Es ésa su casa, Foley?

—Sí, ésa es la casa hacia el Norte.

El automóvil había avanzado dentro de los terrenos de la finca y se detuvo enfrente de la edificación en que había varios hombres trabajando celosamente, con la idea de despistar al dueño de la propiedad y anticiparse a cualquier observación que éste pudiera

hacer sobre la lentitud con que había procedido el trabajo.

—Suban ustedes —invitó Foley—, vamos a llamar a Ah Wong.

Pemberton empezó a subir las escaleras que estaban adheridas a la pared, pero de pronto se detuvo al oír el ruido de una puerta al cerrarse y la voz de una mujer que decía:

—¡Oh, señor Foley! Tengo que decirle una cosa que ha pasado...

Las palabras de la mujer se hicieron imperceptibles, cuando ella bajó la voz al divisar el auto de Pemberton.

Éste vaciló por unos instantes, volvió sobre sus pasos y se dirigió hacia la parte de atrás de la vivienda.

—¿Algo acerca del perro, Foley? —preguntó Pemberton.

—No lo sé —replicó Clinton Foley.

Una mujer joven, con traje de casa y delantal, y con la mano y el brazo derecho vendados, avanzó rápidamente hacia donde estaba Foley.

La mujer tendría unos veintisiete o veintiocho años. Los cabellos los llevaba estirados hacia la nuca. En la cara no llevaba colorete y daba la impresión de ser una mujer muy casera, aunque con unos toques de colorete, otro vestido y una permanente hubiera parecido, sin duda, bella.

Bill Pemberton la examinó con interés.

—Les presento al ama de llaves —dijo Foley.

—¡Oh! —exclamó Pemberton, con tono significativo.

Foley se volvió, comenzó a decir algo, pero pronto se detuvo y esperó a que llegara el ama de llaves.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él.

—*Prince* me ha mordido —dijo ella—. El perro estaba enfermo.

—¿Cómo ha ocurrido?

—No lo sé de cierto, pero me parece que lo habían envenenado. El animal empezó a hacer cosas raras y yo entonces me acordé de lo que usted dijo de ponerle sal debajo de la lengua si se ponía enfermo, y así lo hice. En el momento de meterle la mano en la boca, retiróse y me mordió.

Foley le miró la mano que llevaba vendada.

—¿Le mordió mucho? —preguntó Foley.

—No lo creo —dijo ella.

—¿Dónde está *Prince* ahora?

—Lo encerré en el cuarto de usted después que la sal había

obrado. Pero me ha parecido que usted debiera saberlo, quiero decir, lo del veneno.

—¿Está mejor el perro ya?

—Parece estar del todo bien.

—¿Ha tenido algún espasmo?

—No, estaba tendido en el suelo y temblando. Lo llamé dos o tres veces, pero no me hizo caso. Estaba como estupefacto.

Foley asintió con un gesto y se volvió hacia Pemberton.

—Señora Benton —dijo Foley—, ese caballero es el señor Pemberton, un alguacil del Juzgado y este otro caballero es el señor Mason, abogado. Ambos están investigando la denuncia que han hecho unos vecinos.

—¿Los vecinos? —exclamó la señora Benton, retrocediendo, y abriendo los ojos sorprendida.

—Sí. Han denunciado que molestamos a la vecindad.

—¿Cómo se entiende eso? —inquirió la mujer.

—Sí, se han quejado del perro —dijo Foley—. Han denunciado que...

—Un momento —interpuso Pemberton—. Deje que sea yo quien pregunte.

La mujer miró a Pemberton y luego a Foley. Éste asintió, y Pemberton comenzó su interrogatorio.

—Este perro es un perro lobo y su nombre es *Prince*, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Y el perro está aquí en la casa.

—Sí, señor, naturalmente. Es el perro del señor Foley.

—¿Cuánto tiempo hace que tienen ustedes el perro?

—Nosotros llevamos aquí un año.

—¿Y el perro ha estado aquí todo ese tiempo?

—Sí, señor.

—Ahora, dígame la verdad. ¿Ha aullado el perro?

—¡Aullar el perro! No, señor. Ayer ladró una vez cuando un vendedor ambulante se acercó a la puerta, pero aullar, ¡de ninguna manera!

—¿Y por la noche?

—No, señor.

—¿Y ladrar?

—Tampoco.

—¿Está usted segura de ello?

—Tan segura como lo estoy viendo a usted.

—¿Ha presentado el perro algún síntoma que pueda considerarse anormal?

—No sé —dijo la mujer—, pero a mí me pareció que lo habían envenenado, y como ya he dicho, todo lo que hice fue darle un poco de sal, que fue lo que el señor Foley me indicó que hiciera en tales casos. Tal vez no debiera haberlo hecho. Quizá todo lo que tenía el animal era algún espasmo...

—No es eso a lo que me refiero —dijo Pemberton—. Lo que quiero saber es si el perro ha mostrado síntomas anormales, aparte del envenenamiento de que usted habla.

Pemberton se dirigió hacia Mason.

—¿No cree usted que ese cliente suyo haya podido tratar de envenenar al perro, Mason?

—Estoy seguro de que mi cliente no ha hecho eso —contestó Mason.

—Quiero que conste —interrumpió Foley aceleradamente— que yo no trato de hacer ninguna acusación contra el señor Cartright. Yo no creo que sea una persona capaz de envenenar a un perro, pero ese señor no es responsable de sus actos.

—Será lo que ustedes quieran —dijo la mujer—, pero no cabe duda de que alguien le dio veneno. Juraría que alguien lo ha envenenado. Antes de darle yo la sal, estaba muy enfermo, pero después se puso mejor.

—¿Para que sirve la sal en estos casos? —preguntó Pemberton.

—La sal es un emético muy potente —replicó Foley.

Pemberton volvió su mirada a la mujer.

—¿Y dice usted que está dispuesta a jurar que el perro no ha aullado?

—Estoy dispuesta a jurarlo.

—Si hubiera aullado, ¿lo habría usted oído?

—Sí.

—¿En qué parte de la casa duerme usted?

—En el piso alto.

—¿Y quién más hay en la casa?

—Ah Wong, el criado chino pero éste duerme encima del garaje. Y luego, la esposa del señor Foley.

—Yo creo, Pemberton —dijo Foley—, que lo mejor que puede hacer es hablar con mi esposa, que ella se lo dirá todo...

—Usted dispense —interrumpió la señorita Benton—, yo no quería decir nada delante de estos señores, pero su esposa no está aquí, señor Foley.

Éste la miró con ojos que revelaban incredulidad.

—¿Que no está aquí? —dijo—. ¿Cómo ha podido marcharse, cuando estaba convaleciente de la gripe?

—A pesar de todo, se ha ido —dijo la señora Benton.

—¿Cómo se marchó? Los autos están aquí.

—Tomó un taxi.

—¡Qué calamidad! —exclamó Foley—. Esa mujer se va a matar. ¿A quién se le ocurre salir de casa cuando se está convaleciente?

—No sé qué decirle, señor.

—¿No le dijo al menos adónde iba? ¿Se ha ido de compras, de visita o qué? ¿Ha recibido algún recado? ¿Había alguna cosa urgente que hacer? Dígamelo. No se ponga tan misteriosa.

—La señora le dejó una nota, señor.

—¿Una nota?

—Sí.

—¿Dónde la dejó?

—Arriba, en su cuarto. La dejó en el tocador y me encargó que no dejara de dársela a usted.

Foley se quedó mirando a la mujer, como petrificado, con la frente surcada por arrugas, que indicaban su preocupación.

—Señora Benton —exclamó Foley—, usted me oculta algo grave. El ama de llaves bajó los ojos.

—La señora se ha llevado una maleta con ella —dijo.

—¿Una maleta? —repitió Foley—. ¿Se ha ido a alguna clínica?

—No lo sé. A mí no me dijo nada. Dejó la nota y se marchó.

Foley miró al alguacil y pidió permiso para retirarse. Foley, con el asentimiento de Pemberton, penetró en la casa. Perry Mason miraba, muy perplejo a la señora Benton.

—Antes de marcharse la esposa de Foley, ¿hubo algún altercado entre usted y ella? —preguntó.

El ama de llaves se irguió y le contestó a la pregunta con una insolente mirada.

—Yo no sé quién es usted —dijo luego—, pero sí sé que no

tengo que contestar a sus preguntas o a sus absurdas insinuaciones. —El ama de llaves se volvió inmediatamente y metióse en la casa.

Pemberton cambió con Perry Mason una sonrisa significativa, y, por todo comentario, se limitó a morder la punta de su puro.

—Eso ha ido por usted —dijo Pemberton.

—La chica se esfuerza por parecer fea —dijo meditativamente Mason—. Pero es todavía demasiado joven para ama de llaves, y es muy probable que mientras la señora de Foley estaba enferma en la casa, haya podido ocurrir algo que haya precipitado la marcha tan repentina de la señora.

—¿No es eso murmurar, Mason? —preguntó Pemberton.

—No —dijo Mason con seriedad—, estaba sencillamente pensando en lo que aquí hubiera podido ocurrir.

—¿Y a qué pensar?

—Porque cuando alguien hace una acusación contra mi cliente —dijo Perry Mason—, al punto de decir que está loco, el denunciante tiene que prepararse para probarlo y correr las consecuencias si no lo hace.

La puerta de atrás de la casa se abrió, dejando paso a la señora Benton.

—Ustedes perdonen, señores —dijo ella—. El señor Foley desea que pasen ustedes. Siento haberme enfadado y espero que me dispensen.

—No hablemos de eso señora. La culpa fue nuestra —dijo Pemberton mirando a Mason.

—Yo no he venido aquí sino a procurarme la información que necesito para que se haga justicia a mi cliente.

—No, señor —dijo Pemberton—. Nosotros hemos venido aquí para averiguar si aullaba el perro. Ésta es nuestra misión y no queremos saber nada más.

Perry Mason no hizo el menor comentario.

La mujer los llevó a la cocina. Un chino, flaco y de baja estatura, vestido con mandil de cocinero, miró a los recién llegados con ojos centelleantes de curiosidad.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Queremos saber algo acerca del perro... —Perry Mason comenzó a hablar, pero Pemberton lo interrumpió.

—Un momento, Mason, haga el favor —dijo—. Esto me toca a

mí. Yo sé cómo entendérmelas con estos chinos.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó el alguacil.

—Ah Wong.

—¿Es usted el cocinero de la casa?

—Sí, señor.

—¿Ha oído al perro hacer ruido, sobre todo por la noche?

El chino meneó la cabeza en sentido negativo.

—¿No aúlla el perro? —preguntó Pemberton.

—No, señor: no aúlla —dijo el oriental.

Pemberton se encogió de hombros.

—¿Para qué preguntar más? —dijo—. Esto es todo lo que deseamos saber. ¿No le parece, Mason? Ese cliente de usted está mal de la cabeza. No puede ser ninguna otra cosa.

—Tal vez tenga usted razón —dijo Mason—, pero yo le hubiera hecho las preguntas de otra manera muy distinta.

—El sistema que he empleado con el chinito es el que siempre uso con ellos. Los conozco bien y sé que hay que hablarles de cierto modo. De lo contrario, se hacen un lío y contestan a todo que sí, sin darse cuenta de lo que dicen.

—El señor Foley les ruega que lo esperen en la biblioteca —dijo el ama de llaves—. Estará con ustedes dentro de pocos minutos.

La señora Benton abrió la puerta a Mason y Pemberton. Cruzaron éstos una despensa, el comedor, la sala y finalmente se encontraron en una habitación con las paredes cubiertas de libros. En el centro de la biblioteca había una mesa larga, con unos sillones de cuero, cada uno con una lámpara de pie al lado, y altos ventanales, que podían ocultarse mediante un ingenioso sistema de cordones.

—¿No quieren ustedes sentarse? —invitó la señora Benton.

La puerta se abrió violentamente, y Clinton Foley apareció en el umbral, con los músculos de la cara agitados por la emoción y sus ojos centelleantes. En la mano llevaba un papel.

—Señores, esto se ha acabado. Ya no tienen que preocuparse del perro.

Pemberton experimentó una sensación de alivio al escuchar tales palabras.

—Yo cesé de preocuparme —dijo— en cuanto hablé con el ama de llaves y con el chino. Ahora vamos a ver a Cartright.

Foley se rió con risa forzada. Al oírla, Pemberton se quitó el puro de la boca y se quedó mirando a Foley.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—Mi esposa —dijo Clinton Foley, irguiéndose con dignidad— ha decidido escaparse con otro.

Pemberton no dijo una palabra. Perry Mason, con las piernas abiertas en característica actitud, miró a Foley y el ama de llaves, y luego a Pemberton.

—Ahora, caballeros —continuó Foley con la afectada dignidad de quien trata de ocultar sus emociones—, no dejaré de interesarles que la persona que me ha suplantado en las afecciones de mi esposa, no es otro que el *caballero* de al lado, el señor Arturo Cartright, el señor que ha creado todo este lío del perro con objeto de hacerme comparecer ante la policía, de manera que pudiese llevar a cabo su meditado proyecto de escapar con mi mujer.

Perry Mason le dijo en tono bajo a Pemberton:

—Esto prueba que el hombre no está loco.

Foley avanzó a grandes pasos a través de la biblioteca, dirigiendo insultantes miradas a Perry Mason.

—Ya ve usted lo que ha hecho —dijo Foley.

Perry Mason no se movió de su sitio, sino que manteniendo las piernas abiertas y la mirada fija en Foley, exclamó:

—Yo estoy aquí para representar a mi cliente. Usted lo acusó de que estaba loco y ofreció probarlo. He venido aquí sin más fin que el de defender sus intereses. Y no trate de intimidarme, porque a mí no me asusta usted.

Clinton Foley estaba como enloquecido. Echó la mano atrás. La boca se le retorció y temblaba.

Bill Pemberton se interpuso.

—Foley —dijo—, éste no es el momento de perder la cabeza.

Foley aspiró con firmeza y trató de contener sus impulsos en el momento preciso en que iba a descargar el puño en la cara de Perry Mason.

Éste permaneció quieto, sin moverse ni una pulgada. Foley se volvió hacia Pemberton y le dijo en tono bajo y casi ahogado:

—¿No podríamos hacer algo contra gente tan desaprensiva? ¿No podría yo hacerlo detener?

—Creo que sí —dijo Pemberton—, pero eso lo tendrá que ver

con el fiscal. ¿Cómo sabe usted que se fue con Cartright?

—Lo dice ella misma en la nota —dijo Foley—. Léala.

Foley le tiró a las manos la carta de su mujer y bruscamente se alejó hacia el otro extremo de la habitación. Encendió un cigarrillo con la mano temblona, se mordió el labio, sacó por fin un pañuelo del bolsillo y se sonó con violencia.

La señora Benton continuó en la biblioteca, sin ofrecer excusas ni explicaciones. Por dos veces miró a Foley, pero éste había vuelto la espalda y se hallaba de pie junto a la ventana mirando al exterior.

Perry Mason se adelantó y miró por encima del hombro del alguacil, mientras éste desdoblaba el papel. Pemberton cambió de postura, de manera que Mason no pudiera enterarse de la nota, pero Mason cogió al alguacil por el hombro y le hizo dar la vuelta.

—Pórtese usted como un amigo —dijo.

Pemberton no trató ya de ocultar a Mason el contenido de la carta, y ambos la leyeron.

La carta venía escrita a mano y decía:

Querido Clinton:

Me duele mucho el tener que adoptar esta resolución, pues sé que eres un hombre de dignidad y te desagrada que tu nombre ande en lenguas. He tratado de hacer esto de manera que tu nombre y tu orgullo sufran lo menos posible, pues, después de todo tú te has portado siempre muy bien conmigo. Yo llegué a creer que estaba enamorada de ti y he acariciado sinceramente esa creencia, hasta que he descubierto quién era nuestro vecino de al lado. Al principio me indigné, o pensé que me indignaba. Él me espiaba desde su casa con unos gemelos. Tal vez debí decírtelo, pero por una razón misteriosa resolví no contarte nada. Quise verle, y mientras tú estabas fuera arreglé una entrevista con él.

Ahora ya sería inútil tratar de disimular. No puedo vivir más contigo. Sé que no te quiero y que mi pasión por ti fue puramente momentánea: algo que se ha disipado enteramente.

Clinton, tú eres un animal magnético, a quien no puede resistir una mujer más de lo que una polilla puede resistir la

atracción de la llama. Sé todo lo que ha ocurrido en casa, y no te culpo de nada, pues sé que en rigor tú no lo has podido evitar. Sé, pues, que eres débil, como también sé que ya no te quiero, y dudo si alguna vez te quise de verdad, o si sólo fue aquella fascinación y encanto hipnótico que ejerces sobre las mujeres. De cualquier manera, me voy con él, Clinton.

Al hacerlo, trato de que nuestra separación no tenga necesariamente que alcanzar notoriedad. Ni siquiera le he dicho a Thelma Benton dónde me voy, y todo lo que sabe es que me llevo una maleta y que me marchó. Tú puedes decirle que me he ido a pasar una temporada con unos parientes, si te parece bien, y si tú no das publicidad al asunto, puedo asegurarte que yo nunca se la daré.

En cierto modo, tú te has portado bien conmigo, concediéndome cuantos deseos materiales he manifestado, pero lo único que no puedes concederme es el amor de un hombre de verdad, ni puedes satisfacer de ninguna manera los anhelos de mi corazón en la forma que él puede hacerlo. Me voy con él en la seguridad de que así seré feliz.

Perdóname y créeme que te deseo todo género de venturas,

Evelyn

Mason habló en voz baja:

—La nota no menciona el nombre de Cartright —dijo.

—No —dijo Pemberton— pero sí habla del hombre que vive en la casa de al lado.

—Y además —dijo Perry Mason—, aquí hay algo extraño en esta carta.

Foley se volvió bruscamente. La trágica aflicción que inundaba su semblante unos momentos antes había desaparecido. En su voz y en sus modales se revelaba una indignación fría y de propósito.

—Óigame, Pemberton —dijo—. Yo soy hombre de dinero, y estoy dispuesto a perder hasta el último céntimo con tal de llevar a los Tribunales a ese bergante. Él está loco y mi mujer está tan loca como él. Los dos están locos. Ese individuo se ha llevado a mi esposa, me ha acusado de cometer un crimen, me ha engañado y traicionado y ¡poco he de poder, o me lo paga! Todo lo que quiero es que usted lo detenga y que lo procesen por cuantos delitos se

pueda usted imaginar: violación de las Ordenanzas municipales, atravesar las fronteras del Estado o lo que usted quiera. Y no pare en gastos, pues yo los pago todos, sean los que sean.

—Bien —dijo Bill Pemberton, doblando la carta y entregándosela otra vez a Foley—. Me voy a enterar a mi jefe, y usted puede venir conmigo y hablar con Pete Dorcas, que es quien ha de acusar. Luego, usted puede contratar un detective, si quiere gastarse bien el dinero.

—¿No habrá por aquí un teléfono? —pidió Mason.

Foley le miró enfurecido.

—Usted puede usar el teléfono, si quiere —dijo—, y marcharse luego, sin esperar a que se lo diga otra vez.

—Gracias por la invitación —contestó Mason con toda la calma—. De momento, llamaré por teléfono.

Capítulo 5

Perry Mason llamó a Della Street.

—Habla Mason, Della —dijo el abogado—. Estoy en casa de Foley, el dueño del perro de que vino a quejarse Cartright. ¿Ha sabido algo de él?

—No, jefe —contestó Della—. He estado llamando a su casa cada diez minutos por más de una hora, pero nadie contesta.

—Muy bien —asintió él—. No se moleste en llamar más, pues parece que la esposa de Foley se ha escapado con nuestro cliente.

—¿Cómo? —exclamó la secretaria.

—Lo que oye. La mujer dejó una carta a Foley, que está que no ve de indignación y quiere hacer detener a Cartright. Foley y Pemberton salen ahora para el despacho del fiscal, para conseguir el mandamiento.

—Pero, ¿por qué motivo lo van a detener? —preguntó Della Street—. Yo entendía que en un caso como éste, todo lo que cabe es una acción civil.

—No se preocupe —dijo Mason animadamente—, ya le encontrarán algo de qué acusarlo. No será nada que en definitiva tenga ninguna importancia, pero de momento les hará quedar bien con Foley. Por lo que parece, Cartright usó el pretexto del perro para obligar a Foley a dejar la casa, y mientras él estaba en la oficina de Dorcas, Cartright se largó con la mujer de Foley. Naturalmente, al fiscal no le va a gustar eso, pues si los periódicos se enteran le van a tomar el pelo.

—¿Y no cree usted que se enteren los periódicos? —preguntó Della.

—No lo sé; quizá tarde todavía un rato.

—¿Va usted a ver al fiscal?

—No. No trate de buscarme en ninguna parte, hasta que yo la

llame o aparezca en el despacho. Quiero, sin embargo, que haga una cosa. Llame por teléfono a la agencia de detectives Drake y dígame a Drake que deje lo que está haciendo y que pase por el despacho, de manera que esté cuando llegue yo. Creo que el asunto es de la mayor importancia, de manera que quiero que Drake lo deje todo y esté en el despacho en persona cuando yo llegue.

—Lo haré tal como usted me lo indica —dijo Della—. ¿Algo más?

—Nada más —replicó Mason—. Hasta luego.

Mason colgó el receptor del teléfono, salió de la cabina y se enfrentó con la mirada hostil del ama de llaves.

—El señor Foley me ha encargado que acompañe a usted hasta la puerta.

—Está muy bien —replicó Mason—. Me voy, pero usted podría ganarse veinte dólares para alfileres.

—Yo no estoy aquí para ganarme ningún dinero —gruñó la señora Benton—, sino para acompañarle a usted a la puerta.

—Si usted pudiera encontrar una fotografía de la esposa del señor Foley —insistió Mason—, podría valerle veinte dólares, y hasta quizá llegase a veinticinco.

La fisonomía del ama de llaves no se inmutó.

—Tengo órdenes de acompañarle a usted a la puerta.

—Muy bien —dijo Mason—, ¿pero tendría usted inconveniente en decirle al señor Foley que he tratado de sobornarla para que me procurara una fotografía de su esposa?

—Mi obligación, repito, es la de acompañarle a usted a la puerta.

En aquel instante sonó una campanilla. La señora Benton frunció el entrecejo y luego miró a Perry Mason, y por un momento la máscara de dignidad que cubría su rostro pareció desprenderse. En el tono de su voz reverberaba la petulancia femenina.

—¿Me haría usted el favor de marcharse? —dijo.

—Con mil amores —replicó Perry Mason—. Ya me voy.

La mujer lo acompañó hasta la puerta, y en el tiempo que les tomó el avanzar a lo largo del pasillo, el timbre sonó dos veces más.

—¿Mando buscar un taxi? —preguntó la señora Benton.

—No; por mí no se tome ninguna molestia.

De repente, la señora Benton se volvió hacia Mason.

—¿Por qué tiene usted tanto interés en que le procure una fotografía de la señora Foley? —preguntó en tono incisivo.

—Nada más que para saber si es guapa —replicó furtivamente Perry Mason.

—No; ésa no es la razón.

En el momento en que Mason iba a contestar, el timbre volvió a sonar, acompañado del ruido de unos nudillos que golpeaban vigorosamente contra la puerta.

El ama de llaves, sin disimular la molestia que todo aquel ruido le causaba se dirigió apresuradamente hacia la puerta. Al abrirla, tres individuos se precipitaron en el recibidor.

—¿Vive aquí Clinton Foley? —preguntó uno de los intrusos.

—Sí, aquí vive.

Perry Mason se refugió en la parte oscura del pasillo.

—¿Tienen ustedes aquí un chino que se llama Ah Wong?

—Sí.

—Muy bien; dígle que salga, que queremos verle.

—Está en la cocina.

—Esté donde esté, dígle que salga.

—¿Pero quiénes son ustedes?

—Nosotros somos inspectores de la Inmigración, encargados de seguir la pista a los inmigrantes orientales, y hemos tenido una denuncia de que este chino de ustedes se encuentra en el país ilegalmente. Dígle que salga, en seguida.

—Voy a decírselo —y al volverse para salir, casi se da un encontronazo con Perry Mason.

Después de un rato, el abogado los siguió a todos a través de la sala, el comedor, y por fin, a la cocina. Al llegar a la despensa, se detuvo y oyó las voces de los funcionarios de la Inmigración.

—Muy bien, Ah Wong —dijo uno de los inspectores—. ¿Dónde tienes tu certificado? ¿Dónde está el *chuck jee*? —insistió de pronto el inspector, mezclando en su vocabulario algunos términos chinos.

—Yo no lo sé —dijo el asiático con voz quejumbrosa.

—¡Oh, sí!; el chinito lo sabe, no me venga con cuentos. ¿Dónde están tus papeles? ¡De prisa, corre a buscar el *chuck jee*!

—Chino no sabe —insistía el oriental—. ¿Por qué no llaman ustedes a alguien que entienda el chino?

—Nosotros te entendemos lo suficiente. No te cuides de nada

más y ven con nosotros.

—Yo no sé nada —decía Ah Wong—. Traigan intérprete.

Uno de aquellos individuos soltó una carcajada al contemplar el patético espectáculo que ofrecía el inmigrante:

—Este chino sabe más de lo que parece. Todo lo que hay que hacer es mirarle a la cara.

Perry Mason oyó la voz del ama de llaves que se esforzaba por protestar contra la conducta de los inspectores de la Inmigración.

—¿No podrían ustedes esperar hasta que llegue el señor Foley? Yo sé que él hará todo lo que pueda por Ah Wong. El señor Foley es hombre de posición y estoy segura de que pagará totalmente, cualquier multa o fianza que se le exija.

—Lo sentimos mucho, señora —dijo uno de los inspectores—, pero no podemos hacer nada. Hace ya tiempo que venimos vigilando a Ah Wong, y todo el dinero del mundo no bastaría para impedir la deportación del chino. Ah Wong se halla clasificado entre los braceros y ha entrado aquí de contrabando por Méjico. Ah Wong se vuelve para China. Ah Wong —añadió imperativamente el inspector—, arregla tu equipaje.

Perry Mason se volvió de puntillas por el mismo camino que había seguido y se fue por la puerta de delante de la casa. Desde el pórtico descendió los escalones hasta llegar a la casa en que vivía Arturo Cartright. Entró en el jardín por la bien cimentada senda, subió las escaleras que conducían al pórtico y allí apretó el dedo contra el botón del timbre. Éste se oyó sonar en el interior de la casa, pero fuera de ese sonido no se percibía señal alguna de vida. Mason decidió llamar con los nudillos en la puerta, pero nadie acudió a abrirle. Interesado por el silencio, avanzó hacia una ventana que daba al pórtico, y a través de la cual miró al interior, pero las cortinas estaban echadas. Volvió a la puerta y tocó otra vez el timbre.

Percibiéronse, por fin, indicaciones de vida en el interior de la casa, unos pies que se arrastraban y una cortina que se alzaba en la ventana circular, en el centro mismo de la puerta. Al cristal asomó una cara enjuta y demacrada que lo estudiaba con ojos casi yertos y sin revelar la menor emoción.

Transcurridos unos momentos, se oyó rechinar la cerradura y se abrió la puerta.

Perry Mason se halló frente a una mujer flácida y desgarbada, de unos cincuenta y cinco años de edad, con pelo descolorido, ojos apagados, un trazo rectilíneo en la boca, que revelaba una gran determinación, mandíbula puntiaguda y nariz larga y fina.

—¿Qué desea usted? —preguntó la mujer, con la monotonía de voz característica de los sordos.

—Deseo ver al señor Cartright —dijo Perry Mason, levantando la voz.

—No le oigo; tendrá usted que hablar más alto para yo oírle bien.

—Quiero ver al señor Cartright; al señor Arturo Cartright —gritó Mason.

—No está aquí.

—¿Dónde está, pues?

—No lo sé, pero no está aquí.

Perry Mason se adelantó unos pasos y colocó la boca junto al oído de aquella mujer.

—Óigame —le dijo—. Yo soy el abogado del señor Cartright y tengo que verlo inmediatamente.

La mujer lo examinó con curiosidad. Luego meneó la cabeza pausadamente.

—Ya he oído hablar de usted —dijo ella—. Yo ya sabía que tenía un abogado. Anoche le escribió una carta, y después se marchó. La carta me la dio para que yo la echara al correo. ¿La ha recibido usted?

Mason asintió con la cabeza.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó la mujer.

—Perry Mason —dijo el abogado gritando.

—Ése es el nombre que había escrito en el sobre.

La cara de la mujer no registraba la menor atención, y su voz no había cambiado tampoco de tono.

Pero Mason se le acercó al oído otra vez y gritó:

—¿Cuándo se marchó el señor Cartright?

—Anoche, a eso de las diez y media.

—¿Volvió a casa después de salir?

—No.

—¿Se llevó una maleta con él?

—No.

—¿Sabe usted si ha hecho el equipaje?

—No; sólo sé que quemó unas cuantas cartas y papeles.

—¿Le pareció a usted que se preparaba para salir de viaje?

—Todo lo que sé es que quemó unas cuantas cartas.

—¿No le dejó dicho adónde iba, cuando se fue de casa?

—No.

—¿Tiene automóvil?

—No.

—¿Llamó algún taxi?

—No. Se fue a pie.

—¿Y no vio usted hacia dónde se dirigía?

—No. Estaba muy oscuro.

—¿Tiene usted inconveniente en que pase adentro?

—No sé para qué quiere usted entrar si el señor Cartright no está en casa.

—¿Me permite usted que lo espere adentro hasta que regrese?

—El caso es que ha estado fuera toda la noche y no sé cuándo volverá.

—¿Le dijo a usted que no pensaba volver?

—No.

—¿Le ha pagado a usted su sueldo?

—Eso no le interesa a usted.

—Soy su abogado.

—Lo mismo da. Ese asunto no le interesa a usted.

—¿Sabe usted lo que había en la carta que me escribió y que usted echó al correo?

—No. Ese asunto no me interesaba a mí tampoco. Usted cuide de lo suyo y yo me ocuparé en lo mío.

—Óigame, señora —dijo Perry Mason—, esto es más importante de lo que usted cree. Le ruego que busque por la casa, a ver si encuentra algo que pueda ayudarnos. Tengo absoluta necesidad de encontrar al señor Cartright, y si se ha ido a alguna parte, tengo necesidad de saber dónde se encuentra. Usted, indudablemente, puede darme alguna pista. Quiero saber si se fue por tren, en automóvil o en avión. Está fuera de duda que antes de marcharse ha debido reservar billetes del viaje o algo parecido.

—No sé una palabra. Ese asunto no es de mi incumbencia. Todo lo que yo hago aquí es tener la casa limpia. Soy sorda y no me

entero de la mayoría de las cosas que pasan aquí.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Mason.

—Elizabeth Walker.

—¿Cuánto tiempo hace que conoce usted al señor Cartright?

—Dos meses.

—¿Conoce usted a sus amigos? ¿Sabe algo de su familia?

—Yo no sé más que limpiar la casa.

—¿Estará usted aquí dentro de un rato?

—Seguramente estaré aquí. Mi deber es estar en la casa. Para eso me pagan.

—¿Cuánto tiempo piensa usted permanecer aquí, si el señor Cartright no regresa?

—Estaré hasta que tenga que marcharme.

—¿Y cuándo será eso?

—Eso tampoco le interesa a usted, señor abogado. Usted lo pase bien.

La mujer cerró la puerta con tal violencia, que el portazo conmovió la casa.

Perry Mason se quedó como una estatua, con una sonrisa helada en el semblante. Abandonó el pórtico y bajó las escaleras. Al llegar a la acera experimentó ese cosquilleo peculiar en la nuca que le hizo volverse instantáneamente para sorprender a quien lo miraba por atrás.

Llegó a tiempo para observar los cortinajes que bajaban en una ventana de la casa de Clinton Foley. Sin embargo, no había podido ver la cara que lo estaba acechando desde aquella ventana.

Capítulo 6

Paul Drake era un hombre alto, de hombros caídos, con la cabeza echada adelante y unos ojos que revelaban a un ser comprensivo e irónico. Su larga experiencia con las flaquezas y debilidades humanas le hacían tomarse las cosas de este mundo, del asesinato para abajo, con serena tranquilidad.

Drake estaba esperando en la antesala de Perry Mason cuando éste entró en su despacho.

Perry Mason dedicó una sonrisa a su secretaria y dijo al detective:

—Entra, Paul.

Drake lo siguió y entró en él en su despacho particular.

—¿De qué se trata?

—Te lo diré en dos palabras —dijo Mason—. Un individuo que se llama Cartright y que vive en el cuatro ocho nueve tres de Milpas Drive, se quejó de un señor llamado Clinton Foley, cuya casa está en el cuatro ocho ocho nueve de Milpas Drive, tiene un perro que aúlla toda la noche. Cartright es un ser nervioso y quizás algo desequilibrado. Lo llevé a Pete Dorcas para que formalizara la denuncia y para que al mismo tiempo el doctor Charles Cooper lo observara. El diagnóstico del doctor es que padece de una psicosis maníaca depresiva; nada serio, lo que quiere decir que el trastorno es más bien funcional que orgánico. Yo declaro e insisto que el aullido continuo de un perro puede afectar seriamente a una persona de temperamento nervioso. Dorcas le escribe a Foley una carta para que justifique la posesión de un perro de esa clase.

»Foley recibe la carta, se presenta en el despacho del fiscal y yo voy también allí. Foley dice que el perro no ha aullado una sola vez. Dorcas se dispone a mandar a Cartright a un manicomio. Yo me opongo y mantengo que Foley no dice la verdad acerca del perro.

Foley se ofrece a llevarnos a casa para probar que la denuncia es infundada. Vamos a su casa. La esposa de Foley ha estado enferma en cama y Foley ha puesto un ama de llaves muy guapa, pero que se empeña en aparecer fea y vieja. El perro es lobo, y hace un año que Foley lo tiene. El ama de llaves nos dice que alguien ha envenenado al perro por la mañana, y ella le da al animal un poco de sal que lo pone otra vez sano y bueno. El perro, aparentemente, padecía de espasmos y mordió al ama de llaves en el brazo y en la mano. La mujer lleva un vendaje que parece que lo ha puesto un médico, lo que indica que la mordedura es grave o que el ama de llaves tiene miedo de que el perro estuviera rabioso. El ama de llaves asegura que el perro no ha aullado, y lo mismo dice un cocinero chino que hay en la casa.

»Foley va a ver a su esposa y se encuentra que ésta ha desaparecido; el ama dice que antes de marcharse dejó una nota. Foley la lee y se entera de que su esposa no lo quiere, ya que su pasión por él era una de esas ilusiones temporales y todo ese “camelo” que una mujer escribe cuando se enamora de otro hombre y quiere quedar bien con el que abandona. La mujer dice que se va con el vecino de al lado, de quien realmente está enamorada.

Drake acentuó la sonrisa que flotaba perennemente en sus labios.

—¿Quieres decir que la mujer se fugó con el mismo individuo que había denunciado el aullido del perro?

—Exactamente. Foley denuncia ahora que Cartright se quejó del perro con el fin de sacarle de casa y escapar con su mujer.

Drake soltó la risa.

—¡Y Foley sostiene todavía que Cartright está loco! —exclamó.

Perry Mason hizo eco a la risa de Drake.

—Cuando yo me marché —dijo Mason—, no parecía estar tan cierto de la denuncia de Cartright.

—¿Cómo se lo tomó Foley? —preguntó el detective.

—Aquí viene lo curioso —contestó Mason—. Me dio la impresión de que exageraba la nota y que la huida de su mujer no le había afectado tanto como él quería hacernos creer o que había alguna otra cosa que él trataba de disimular. Creo que él y el ama de llaves se entienden, y la esposa, en la nota, lo dejaba entrever. De todas maneras, no es un ángel. Foley es un hombre de

personalidad magnética, vibrante y dominadora. Se conduce con dignidad y sabe dominar sus nervios. Cuando estuvo en el despacho del fiscal para acusar a Cartright, se mostró generoso y magnánimo, y dijo que su único fin era hacerle un bien a Cartright, que en su opinión necesitaba ponerse en tratamiento, y que había tolerado el espionaje durante algún tiempo antes de formular la denuncia.

»Esto me hace pensar que un hombre de ese temperamento no se subiría a la parra ni aún después de descubrir que su esposa se le había ido con otro. Esto no es admisible en un hombre de esa clase que no es fiel a una sola mujer.

—Tal vez haya alguna cosa en Cartright que Foley personalmente detesta —sugirió el detective.

—A eso vamos —continuó el abogado—. La mujer en su carta indicaba que hacía tiempo que conocía a Cartright. Éste se mudó a la casa de al lado de la de Foley hará unos dos meses. Foley hace un año que vive allí, y hay en todo este lío unas cuantas cosas que no soy capaz de comprender.

»La casa es grande y está situada en una vecindad donde sólo vive gente de posición. Foley debe tener dinero, mas, a pesar de ello, él y su esposa no tenían en la casa más que un cocinero chino y un ama de llaves. Al parecer, allí no había ni mayordomo, ni ayuda de cámara, ni chófer, y nunca se daban fiestas ni reuniones. Ordinariamente, una casa de ese tamaño resulta excesivamente grande para un matrimonio sin hijos, pero no sólo viven allí sin chófer, sino que están agrandando el garaje. Esto es concreto, y la reparación la esperaban terminar hoy por la mañana, ya que son varios los obreros allí empleados.

—En eso no veo nada de particular —dijo Drake—. Nadie le puede discutir el derecho a ensanchar el garaje, si le parece bien.

—Pero ¿para qué lo quiere? —preguntó Mason—. El garaje es lo suficientemente grande para tres coches. Foley tiene dos y además no tiene chófer.

—Tal vez pensaba comprarle un automóvil al ama de llaves —dijo Drake maliciosamente.

—Quizá —convino Mason—, aunque puede ser también que quiera vivir por separado.

—No vamos a rompernos la cabeza con todo esto —exclamó Drake—. Vamos a ver: ¿cuándo entro yo en este negocio?

—Lo que yo espero de ti, Drake, es que averigües todo cuanto puedas acerca de Foley; de dónde vino y a qué vino aquí, y lo mismo acerca de Cartright. Emplea en esta investigación los hombres que necesites, lo que quiero es poseer cuanto antes todos los datos posibles, y antes de que los tenga la policía si puede ser.

»Probablemente encontrarás algo raro en este asunto. No me extrañaría que a última hora resultase que Foley conoce a Cartright y que éste se mudó a aquella vecindad con el propósito de espiar a Foley. Lo importante es saber por qué.

Drake se acarició la barbilla en ademán meditativo para luego clavar la mirada en el rostro del abogado.

—Pero tú no has terminado la historia —dijo—. Cuéntame el resto.

—La he referido toda tal como es, Paul.

—No —dijo el detective—, aquí falta algo y quizá lo más importante. Tú representas a un cliente que ha venido a quejarse de los aullidos de un perro. El cliente se ha fugado con una mujer casada. La mujer, por lo que parece, es guapa. Todo el mundo está contento, menos el marido, el cual se va al despacho del fiscal. A ti te consta que todo lo que va a sacar del fiscal es lo que sacó el negro del sermón: los pies fríos y la cabeza caliente. No hay razón para que te preocupes a no ser que haya alguna otra cosa que me ocultas.

—Quizá —dijo Mason pausadamente—. Tal vez represente en este asunto a más de una persona. No sé aún hasta qué punto mi respeto profesional me obliga a guardar discreción, pero hay posibilidad de que represente también a la señora de Foley.

—Pero esa señora —dijo Drake— no tiene tampoco nada de qué quejarse.

—No puedo decirlo —contestó Mason con ojos joviales—. Quiero, de todos modos, averiguar todo cuanto pueda: quiénes son esos señores y de dónde proceden.

—¿Tienes alguna fotografía?

—No, no la tengo. Traté de conseguir una, pero no lo logré. En la casa de Cartright hay una ama de llaves sorda como una tapia, y en cuanto a la casa de Foley, ya te he dado el croquis. Traté de sobornar al ama de llaves de Foley para que me diera unos retratos, pero no lo pude conseguir. Hay que suponer que ella se lo dirá a

Foley, pues, al parecer, esa mujer le es leal. Otra cosa, que no deja tampoco de ser curiosa. Unos momentos antes de irme yo, llegaron unos inspectores de Inmigración y se llevaron al cocinero chino por carecer de papeles. El chino tiene unos cuarenta o cincuenta y cinco años, y a no ser que haya nacido aquí, la Inmigración lo mandará de regreso a China.

—¿Crees tú que Foley trate de defender al chino para que se quede aquí? —preguntó el detective.

—La joven dijo que sí, que lo defendería.

—¿Qué joven?

—El ama de llaves.

—Conque joven, ¿eh?

—Sí.

—Parece que también a ti te gusta la señora ésa. Debe tener mucho de *ello*.

—Sí que lo tiene —dijo Mason—, aunque no sé realmente lo que es, a pesar de que se esfuerza por parecer fea y vieja. Una mujer no hace eso sino muy raramente.

Paul Drake se sonrió otra vez.

—Las mujeres, ordinariamente —dijo—, hacen lo que se les antoja.

Perry Mason guardó silencio por unos minutos, durante los cuales golpeó su escritorio con los dedos. Luego dirigió una mirada hacia Drake.

—El ama de llaves dice que la señora Foley se marchó esta mañana en un taxi. Cartright se marchó ayer por la noche, y no ha regresado a su casa. Evidentemente, cuando se marchó llevaba mucha prisa, pues le dio una carta al ama de llaves para mí, con encargo de que la echara al correo. De este modo, si tú encuentras el taxi en que se marchó la señora Foley y averiguas adonde fue, lo probable es que Cartright no ande muy lejos, siempre contando con que el ama de llaves diga absolutamente la verdad.

—¿Temes que no la diga?

—No sé. Lo único que quiero es averiguar el mayor número de cosas posible, para luego analizarlas y cotejarlas. Asigna todos los hombres que quieras para cubrir todos los aspectos del caso. Averigua quiénes son todos esos personajes, de dónde vienen y qué es lo que se traen por aquí.

—¿Seguiremos también a Foley?

—Desde luego, pero no dejes de ningún modo que sospeche que se le sigue. Es muy importante que sepamos todos los pasos que da.

Paul Drake se levantó y dirigióse pausadamente hacia la puerta.

—Ya comprendo —dijo—. Voy a ponerme inmediatamente a trabajar.

Drake abrió la puerta, atravesó la antesala y desapareció.

Aparentemente Drake se movía con paso lento y reposado; a pesar de ello, pocos eran los que le ganaban en actividad, pues la eficiencia de Paul Drake consistía precisamente en no alterarse jamás y en no malgastar nunca un solo movimiento.

Una vez se hubo marchado Drake, Perry Mason llamó a Della Street, que entró inmediatamente en su despacho.

—Della —dijo autoritariamente—, quedan suspendidas todas las visitas y todas las consultas. Hay que concentrar todo el interés en un solo asunto y no podemos permitir que nadie nos interrumpa.

Della Street lo miró fijamente con sus escudriñadoras pupilas.

—¿Ha averiguado usted algo? —preguntó.

—No gran cosa. Sólo tengo una corazonada de que algo va a resultar, de una manera o de otra.

—¿Se refiere usted al caso de Cartright?

Mason asintió con un ademán.

—¿Qué hacemos con el dinero? ¿Lo metemos en el Banco?

Mason asintió de nuevo, y levantándose del sillón comenzó a pasearse inquietamente de un lado a otro del despacho, como si fuera un león enjaulado.

—¿Qué tiene usted hoy? ¿Qué le pasa? —preguntó Della Street.

—No sé exactamente, pero las cosas no parecen marchar bien.

—¿Qué quiere decir usted con eso? —insistió la secretaria.

—Que no encajan como debieran. Por fuera todo parece bien, con excepción de algún detalle que, a última hora, resulta de la mayor importancia. En este asunto hay algo que me extraña.

—¿No tiene usted idea de qué pueda ser?

—No, pero lo voy a averiguar.

Della salió del despacho, y desde la puerta dirigió al abogado una mirada solícita y compasiva.

Mason se quedaba en su despacho en actitud meditativa, paseando de aquí para allá, con la cabeza inclinada hacia delante,

los ojos fijos en la alfombra y los pulgares metidos en las sisas del chaleco.

Capítulo 7

Eran las cinco menos diez cuando Perry Mason llamó a Dorcas por teléfono.

—Soy Mason, Pete. ¿Somos todavía amigos?

—No mucho —dijo Dorcas con cierto humorismo en la voz, siempre rasposa y lastimera—. Usted es demasiado batallador, y cada vez que alguien trata de hacerle un favor, sale con las manos en la cabeza. Usted se toma demasiado interés por sus clientes.

—No era interés excesivo, Dorcas —dijo Mason—. Sólo mantenía que mi cliente no estaba loco.

Dorcas soltó la risa.

—En este punto tiene usted toda la razón. El hombre no era loco, sino muy astuto, y estaba totalmente en su juicio.

—¿Ha hecho usted algo sobre el asunto ya?

—No, nada. Foley vino aquí echando chispas y quería que se detuviera a todo el mundo; quería que volviera la esfera terrestre de arriba abajo, y al mismo tiempo no quería que se enterase nadie. A lo último me dijo que no hiciese nada y que esperara hasta que hablase conmigo otra vez.

—¿Y no ha vuelto a saber de él?

—Sí, hace unos diez minutos.

—¿Qué ha dicho?

—Me ha dicho que su esposa le ha enviado un telegrama desde un pueblo (Midwick, creo que era), rogándole que no hiciese nada que pudiera provocar una ola de publicidad en los periódicos, alegando que después de todo eso a él no le haría ningún bien y podría perjudicarles a todos.

—¿Y qué ha hecho usted?

—¿Yo? Lo de siempre. He dado largas al asunto, que se reduce a una escapatoria corriente. Después de todo, los dos son mayores de

edad y deben saber lo que hacen. Es claro que si hacen pública ostentación de sus ilícitas relaciones en alguna población quisquillosa y puritana es probable que se metan en un lío, pero es evidente que no vamos a perder el tiempo y dinero en restituir una esposa al hogar de su marido cuando no quiere vivir en su compañía.

»Lo único que puede hacer es demandar a su cliente Cartright, y por la forma que me habló esta mañana parecía que estaba dispuesto a demandarlo por todo lo imaginable, pero no sé por qué me parece que ha cambiado de opinión.

—Gracias por la información —dijo Mason—, pero yo sólo quería sincerarme ante usted. Desde el primer momento quise poner las cosas en su sitio y le di ocasión de que un alienista examinara a Cartright.

—Por lo menos hemos descubierto que el hombre no está loco —dijo Dorcas—. La próxima vez que nos veamos le regalaré un puro.

—No, yo seré quien compre los puros —replicó Mason—, y tanto es así, que le voy a enviar una caja ahora mismo. ¿Cuánto tiempo piensa usted aún estar en el despacho?

—Unos quince minutos.

—No se vaya, que la caja de puros llegará de un momento a otro.

Mason colgó el receptor del teléfono, se asomó a la puerta del despacho de secretaría y le dijo a Della:

—Llame a la tienda de tabacos de enfrente de la Audiencia y dígales que le manden en seguida una caja de puros de a cincuenta a Pete Dorcas, y que me la carguen en cuenta.

—El señor Drake —dijo Della— ha telefoneado mientras usted hablaba con Dorcas y ha dicho que tenía algo que contarle. Yo le he advertido que pasara por aquí, que a usted le agradecería verlo.

—¿Dónde estaba, en su despacho?

—Sí, señor.

—Muy bien —dijo Mason—, entonces, cuando venga, le dice que pase en seguida, pues yo le estoy aguardando con impaciencia.

Mason volvió a su sillón, y escasamente había tenido tiempo de sentarse cuando se abrió la puerta y Paul Drake entró en el despacho con aquella marcha lenta tan suya. A pesar de ello, estaba

ya sentado en una silla, frente al abogado, antes de que la puerta acabara de cerrarse.

—Bien, amigo Drake —dijo Mason—. ¿Has descubierto alguna cosa?

—La mar de cosas.

—Empieza, pues. Soy todo oídos.

Drake sacó una libreta del bolsillo.

—¿Tienes tanto que decirme que no me lo puedes decir sin consultar la libreta? —preguntó Perry Mason.

—Más de lo que crees, y te va a costar un puñado de dinero.

—Eso no me importa. Lo que quiero es la información exacta.

—Pues aquí está. Hemos tenido que telefonear a medio mundo y buscar un par de agentes para que nos ayudaran.

—No te detengas en detalles; dame los datos.

—Esa mujer no es su esposa —dijo Paul Drake.

—¿Qué esposa y qué mujer es ésa?

—La mujer que vivía con Foley en 4889 Milpas Drive, y que figuraba con el nombre de Evelyn Foley.

—A decir verdad —murmuró Mason—, eso no me sorprende. Ésa fue precisamente una de las razones de que yo te llamara. Tenía mis sospechas de que no estaban casados.

—¿Y qué motivos tenías para sospecharlo? ¿Te dijo algo Cartright? —preguntó el detective.

—Dime tú primero lo que sepas —replicó Mason.

—Está bien —continuó Drake—. En primer lugar, el nombre de la mujer no es Evelyn. Ése es su segundo nombre. Su nombre es Paula Evelyn Cartright, y es la esposa de tu cliente Arturo Cartright.

Perry Mason asintió con un movimiento de cabeza.

—Sigues sin sorprenderme, Paul —respondió.

—Así, es probable que no te sorprenda tampoco lo que me queda por contar —dijo Drake, repasando las notas de su libreta—. Aquí está el resto: El nombre de Clinton Foley es realmente Forbes. Él y su esposa, Bessie Forbes, vivían en Santa Bárbara, California. Eran amigos de los esposos Cartright. La amistad entre Forbes y la esposa de Cartright llegó a ser tan íntima, que un día se fugaron juntos. Ni Bessie Forbes, ni Arturo Cartright, sabían dónde se hallaban los fugitivos. En Santa Bárbara hubo escandalazo. En esa población la gente se mezcla mucho con las mejores familias, y

puedes imaginarte cómo se paladeó el asunto en los corrillos. Forbes era hombre de posición independiente y convirtió en dinero todo cuanto allí tenía, para poderlo llevar consigo, sin dejar rastro de su presencia en ninguna parte. Ambos partieron en automóvil, sin dejar la menor huella.

»Cartright, sin embargo, logró encontrarlos. No me puedo imaginar cómo se las compuso para ello. Dio un día con Forbes y descubrió que el individuo que se hacía pasar por Clinton Foley era realmente Clinton Forbes y que la mujer conocida con el nombre de Evelyn Foley no era otra que Paulina Cartright, su esposa.

—Entonces —contó Mason—, ¿a qué viene el que Cartright tomara la casa de al lado de la de Forbes o Foley, o como quieras llamarlos, y se pasase día y noche espiondo?

—¿Qué otra cosa podía hacer el hombre? —preguntó Drake—. La esposa se le marchó por su propia voluntad. Se fugó de su casa, y Cartright no podía, en buena lógica, presentársele y decirle: «Aquí estoy yo» y esperar que se le desmayara amorosamente en los brazos.

—No parece comprender, Drake —dijo Mason.

Drake lo miró por unos instantes y luego preguntó:

—¿Es que crees que trataba de vengarse?

—Sí —respondió el abogado.

—Pero cuando el plan de venganza llegó a realizarse —dijo Drake—, todo se redujo a denunciarlo, a causa de los aullidos de un perro. Eso no es lo que se llama una venganza, aunque he oído el cuento de aquel marido celoso que le hizo pedazos el paraguas a un individuo que le cortejaba la mujer.

—Espera un momento —interrumpió Mason—. No estoy hablando en broma, sino muy en serio.

—Muy bien —observó Drake—, concedamos que hablas en serio, ¿qué ventajas nos reporta la seriedad?

—El fiscal cree que Cartright se quejó del perro para que Foley tuviera que alejarse de su casa y poder así llevársele a su supuesta esposa.

—Muy bien —aceptó Drake.

—Pero la explicación no me parece lógica —siguió el abogado—. En primer lugar, ¿para qué tomarse ese trabajo en arrancar a su propia mujer de los brazos del hombre que se la había robado? En

segundo lugar es evidente que entre Cartright y su esposa debía haber habido ya cierta avenencia, y ambos debieron conversar varias veces con anterioridad. Él sabía seguramente dónde ella estaba, y esas conversaciones se celebraron naturalmente en ausencia de Foley. Una vez resuelto que se iban a reunir de nuevo y hacer las paces, ¿cómo se explica que Cartright no se fuera directamente a Foley, lo pusiera verde y se le llevara la mujer?

—¡Quién sabe si no tuvo valor para hacerlo! —contestó Drake—. Hay gente así en este mundo.

—Muy bien —dijo Mason—, pero aun suponiendo que fuera así, está el hecho de que recurrió a la autoridad.

—Es verdad.

—Entonces, ¿cuánto más sencillo no hubiera sido el acudir a los tribunales igualmente y denunciar que Foley vivía con la mujer de otro hombre y hacerle sentir el peso de la Ley? Como pudo también acudir a mí, y yo le hubiera devuelto a su mujer sin ninguna dilación, contando siempre con que ella hubiese querido venir. O la mujer pudo asimismo marcharse con Cartright, sin darle explicaciones a nadie. Después de todo Cartright estaba amparado de todos los derechos legales.

Drake meneó la cabeza.

—Muy bien —dijo—, eso ya no me concierne. Lo que me pediste fue que te procurase estos datos, y aquí los tienes.

Mason asintió con un ademán.

—¿Qué es lo que crees entonces que ha ocurrido? —preguntó Drake.

—No lo sé con certeza, pero te repito que aquí hay algo misterioso; tanto más misterioso cuanto más se profundiza en el asunto.

—Y tú entonces —preguntó Drake—, ¿qué parte representas?

—Tampoco lo sé de seguro —dijo Mason pausadamente—. Puede que represente a Arturo Cartright y puede que represente también a su mujer y hasta a la mujer de Foley. Y a propósito, ¿qué fue de ella?

—¿Forbes, quieres decir?

—Forbes o Foley; es lo mismo. Yo lo conozco con el nombre de Foley; así me lo presentaron y por eso la llamo así.

—Hasta ahora —notó Drake— no hemos logrado dar con la

señora de Forbes. Cuando se le escapó el marido, naturalmente se sintió herida en su orgullo de mujer y se marchó de Santa Bárbara, pero no sabemos dónde está. Es de suponer la pena de una mujer cuando se le escapa el marido con otra, sin avisarle siquiera de su propósito.

Mason asintió con un ademán y cogió su sombrero, dispuesto a marcharse.

—Me parece —dijo— que ahora mismo me voy a hablar con ese Clinton Forbes, alias Clinton Foley.

—¡Allá tú! —dijo Drake—. Cada loco con su tema. Puede que te metas en un berenjenal sin darte cuenta. Forbes tiene fama de ser muy agresivo y con un genio de mil diablos. Sus antecedentes en Santa Bárbara así lo indican.

Mason asintió, sin conceder mucha importancia a la advertencia.

—Ésta es una cosa que no puede decirse de ti —siguió Drake—. Nadie puede demostrar que eres un cobarde, pues siempre buscas los conflictos, sin esperar a que te salgan al paso.

Perry Mason se detuvo un instante, movió la cabeza, volvió a su escritorio, se sentó y cogió el teléfono interior para comunicar con su secretaria.

—Della —dijo—, llame a Clinton Foley. Vive en 4889, Milpas Drive. Quiero hablar con él personalmente.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Drake.

—Voy a pedirle hora para verme con él. No voy a correr de la Ceca a la Meca, buscándolo, gastando inútilmente dinero en taxis.

—Tan pronto como sepa que vas a verle, te tendrá preparado un par de *gangsters* para que te echen a la calle —dijo el detective.

—No lo creo. Al menos, no después que haya hablado con él.

Paul Drake suspiró y encendió un cigarrillo.

—Eres la temeridad personificada.

—No, nada de eso —dijo Mason—. Tú te olvidas de que aquí represento a mi cliente, y que no soy, por lo tanto, más que un gladiador a sueldo. No tengo más remedio que luchar, pues para eso me pagan. Tan pronto como me acobarde y me resigne a la inacción, habré perdido todo el mérito que pueda poseer en mi profesión, o por lo menos, la rama en que me he especializado. Yo soy un luchador y me pagan para que luche. Todo cuanto tengo en este mundo lo he ganado luchando.

El teléfono sonó y Mason decididamente cogió el receptor.

—El señor Foley al aparato —anunció a Mason Della Street.

—Bien —dijo Mason.

Oyóse el chasquido de la conexión y luego se percibió la voz atronadora de Foley.

—Señor Foley —dijo el abogado—, soy Perry Mason, el abogado. Quisiera hablar con usted.

—Yo no tengo nada que hablar con usted, señor Mason —replicó Foley.

—Quiero hablar con usted de ciertos asuntos de un cliente en Santa Bárbara —continuó Perry Mason.

Siguió un momento de silencio. Sólo se oía el zumbido de la corriente. Luego habló Foley en tono ya más mesurado.

—¿Y cuál es el nombre de ese cliente? —preguntó.

—De momento, si no le parece mal, le llamaremos Forbes —contestó Mason.

—¿Hombre o mujer? —preguntó Foley.

—Mujer: una mujer casada. Su marido la abandonó y se escapó con otra.

—¿Y qué tengo yo que ver con ese asunto? —preguntó Foley.

—Se lo explicaré cuando lo vea.

—Muy bien. ¿Cuándo nos vemos?

—Lo más pronto posible.

—¿Esta noche a las ocho y media?

—¿No podría ser un poco más temprano?

—No.

—Muy bien. Estaré en su casa esta noche a las nueve —dijo Mason, y volvió a colgar el teléfono.

Paul Drake meneó la cabeza con ademán lúgubre.

—Te metes en cada belén, amigo Mason... ¿Por qué no me dejas que vaya contigo?

—No —dijo Mason— voy a ir yo solo.

—Muy bien —dijo Drake—, entonces te voy a dar un consejo. Vete preparado a todo. Ese hombre es peligroso.

—¿Qué quieres decir con «preparado a todo»?

—Métete una pistola en el bolsillo —aconsejó el detective.

Perry Mason movió negativamente la cabeza.

—¿Para qué me sirven estos puños —dijo— y mi ingenio? Ésas

son mis armas. A veces llevo una pistola, pero no frecuentemente. Es una mala costumbre, pues acaba uno por poner toda la confianza en las armas de fuego. A la violencia se llega solamente en caso extremo.

—¡Allá tú! —gruñó Drake.

—¿Y qué me dices del ama de llaves? —preguntó Mason—. No me has hablado de ella todavía.

—El ama de llaves no se ha cambiado el nombre.

—¿Entonces ella estaba ya con Forbes antes de que cambiara el nombre por el de Foley?

—Exacto. Su nombre es Thelma Benton. Su marido murió en un accidente de automóvil. Ella era la secretaria particular de Forbes cuando vivía en Santa Bárbara y lo acompañó en su viaje. Pero aquí viene lo bueno. La señora de Cartright, aparentemente, no sabía que Thelma Benton había sido empleada de Forbes. La mujer vino con ellos como ama de llaves, y la señora Cartright nunca se enteró de que había sido con anterioridad secretaria de Forbes.

—Sí que es extraño.

—No tanto como parece. Como tú sabes Forbes tenía un despacho en Santa Bárbara, donde atendía sus negocios. Naturalmente, Forbes trataba de mantener secreto el hecho de que estaba vendiéndolo todo y convirtiéndolo en dinero. La secretaria debió de sospechar algo, o bien ocurrió que ella no quiso quedarse, lo cierto es que se fue con ellos.

—¿Y qué sabes de ese cocinero chino?

—A ése le tomaron aquí.

Perry Mason se encogió de hombros.

—Este asunto es cada vez más misterioso —gruñó—. Ya averiguaremos más esta noche. Quédate en tu despacho, Paul, por si necesito algún dato más.

—Bien —exclamó Drake—, y no tengo inconveniente en decirte que voy a poner gente que te guarde la espalda. Si te ocurre alguna cosa, todo lo que tienes que hacer es romper el vidrio de una ventana, o algo así, y mi gente entrará en la casa.

Perry Mason meneó la cabeza como un boxeador que, en medio de la lucha, se sacude un mechón de pelo.

—¿Para qué todo esto, Drake, cuando allí no va a pasar nada?

Capítulo 8

La casa, en toda su grandeza, se recortaba en el fondo estrellado del firmamento. Soplaban una brisa del Sur, y la atmósfera estaba húmeda, indicio inequívoco de un cielo encapotado al avanzar la noche.

Perry Mason consultó la esfera luminosa de su reloj. Eran casi exactamente las ocho y media.

El nocturno visitante volvió la vista atrás y observó cómo se desvanecía en la distancia la luz roja del taxi que lo había conducido. En derredor no se advertía la presencia de nadie que lo observase. Con paso firme y resuelto, subió las escaleras que conducían desde el sendero de cemento al pórtico de la casa, y avanzó hacia la puerta de la misma.

Ésta se hallaba sólo entornada.

Perry Mason buscó el timbre y apretó el botón.

No contestó nadie.

Esperó un momento, volvió a llamar, pero con el mismo resultado.

Perry Mason miró el reloj, frunció impaciente el entrecejo, dio unos pasos por el pórtico, se colocó de nuevo frente a la puerta y llamó con los nudillos. Nadie contestó.

Perry Mason empujó la puerta, traspasó el umbral, miró hacia el fondo del pasillo y percibió una luz que salía de la biblioteca. El abogado avanzó a lo largo del pasillo y llamó a la puerta de la biblioteca.

Tampoco esta vez logró respuesta.

Empujó la puerta, que al abrirse, tropezó con algo pesado aunque parecía ser blando.

Mason se metió por la abertura que dejaba la puerta y miró el objeto que impedía abrir la puerta completamente. Era un perro

lobo, tendido en el suelo, con un orificio de bala en el pecho y otro en la cabeza. La sangre había manado de las heridas, y al mover Mason el cuerpo del animal, al empujar la puerta manchó el entarimado.

Mason levantó la cabeza y miro en derredor. Al principio no vio nada, pero a los pocos instantes, al fondo de la habitación, percibió una sombra o un borrón, por donde asomaba una cosa gris, que al mirarla más de cerca, resultó ser la apretada mano de un hombre.

Mason dio la vuelta a la mesa y encendió la luz de una lámpara, para poder ver mejor en aquel rincón.

Clinton Foley estaba tendido en el suelo. Uno de los brazos lo tenía extendido, con la mano firmemente apretada. La otra la tenía doblada debajo del cuerpo.

Foley estaba vestido con una bata de franela parda y calzaba zapatillas. La sangre que manaba de su cuerpo había formado un charco en cuya viscosa superficie se reflejaba la luz de la lámpara.

Perry Mason no tocó el cuerpo de Foley, se limitó a inclinarse sobre él, para observar que, debajo de la bata, y en la parte que se descubría el cuello, llevaba una camiseta de tipo sport. Observó también que, a unos seis u ocho pies del cadáver, había una pistola automática.

Volvió a examinar de nuevo el cadáver y vio que en la mejilla tenía una mancha blanca. Miró con más detenimiento y observó que la mancha era de jabón seco. Parte del lado derecho de la cara estaba afeitada, y recientemente, pues las marcas de la navaja se distinguían perfectamente.

Perry Mason se dirigió al teléfono que había usado para llamar a su despacho, en la ocasión de su primera visita a aquella casa, marcó el número del despacho de Paul Drake unos momentos y escuchó la voz del detective.

—Te habla Mason, Paul —dijo—. Estoy aquí en casa de Foley. ¿Podrías mandar recado a alguno de esos agentes que están vigilando afuera?

—Espero que me llamen dentro de cinco minutos. Tienen instrucciones de llamarme cada cuarto de hora —contestó Drake—. Tengo dos hombres ahí.

—*All right!* —asintió Mason—. Así que llamen por teléfono diles que vuelvan a tu despacho.

—¿Los dos? —preguntó Drake.

—Los dos —contestó Mason.

—¿Por qué? —dijo Drake.

—Ahora te lo explicaré —dijo Mason—. Quiero que esos dos agentes se vayan de aquí y vuelvan a tu despacho, donde yo pueda hablar con ellos. ¿Me comprendes?

—Bien. Comprendido. ¿Algo más?

—Sí. Me interesa que de cualquier manera que sea encuentre a Cartright y a su mujer.

—Ya he puesto dos agentes en la pista, y espero que me digan algo de un momento a otro.

—Muy bien; y si los dos agentes no son bastante, busca dos más, y si es necesario, ofrece dinero. Haz lo que sea preciso. Y ahora voy a decirte otra cosa.

—Soy todo oídos.

—Quiero que me encuentres también a la señora de Forbes.

—¿La que él dejó abandonada en Santa Bárbara?

—La misma.

—Me parece que vamos a dar con ella. Los informes que tengo me permiten suponerlo. He puesto buenos elementos a trabajar en este caso.

—Pon más gente. No repares en gastos.

—Comprendido —dijo Drake—. Y ahora, dime, ¿qué pasa por ahí? ¿A qué viene toda esa conmoción? Tú tenías una cita con Foley a las ocho y media. Ahora son las ocho y media y tú me llamas desde su casa. ¿Has llegado a algún arreglo con él?

—No.

—Entonces, ¿qué ha pasado?

—Prefiero que no sepas nada del asunto, hasta que hayas seguido mis instrucciones.

—Bien. ¿Cuándo te veré?

—Todavía no lo sé. Tengo que hacer una porción de cosas. Quizá pase algún tiempo antes de que nos veamos. Pero de todos modos, llama a los agentes que vigilan la casa y no les dejes salir. Enciérralos con llave en el despacho, si es necesario. Y no dejes que nadie les pregunte nada. ¿Me comprendes?

—Bien, pero me tienes en ascuas con todo esto.

—Ya lo sabrás luego, pero sobre todo que esos hombres no digan

una palabra a nadie.

—Lo haré tal como indicas —prometió Drake.

Perry Mason colgó el teléfono y llamó a la estación de Policía. Una voz masculina, con tono aburrido, contestó.

—¿Es la estación de Policía? —preguntó Mason.

—Sí.

—Entonces oiga y tome nota de lo que voy a decir.

»Soy Perry Mason, abogado. Le hablo desde la casa de Clinton Foley, en 4889 Milpas Drive. Esta noche, a las ocho y media, tenía una cita con el señor Foley. Vine a la casa y encontré la puerta entornada. Llamé al timbre varias veces, pero no contestó nadie. Entré en la casa, seguí el pasillo, y al llegar a la biblioteca, me encontré a Clinton Foley muerto. Tiene una o más heridas de bala, causadas por una automática, casi a quemarropa.

La voz del policía replicó con marcado interés:

—¿Cuál es la dirección... 4889 Milpas Drive?

—Exactamente.

—¿Y su nombre de usted?

—Perry Mason.

—¿Perry Mason, el abogado?

—El mismo.

—¿Hay alguien con usted ahí?

—No.

—¿Quién más hay en la casa?

—Que yo sepa, nadie.

—Entonces no se mueva de ahí y no toque nada; y sobre todo no deje entrar a nadie. Si hay alguien más en la casa, que no salga tampoco. Ahora van para ahí los detectives de la brigada de investigación criminal.

Perry Mason colgó el teléfono, sacó un cigarrillo, meditó un momento, volvió a meterse la pitillera en el bolsillo y entró otra vez en la biblioteca. Miró alrededor y empujó una puerta en la parte de atrás de la biblioteca. Esta puerta daba al dormitorio. En éste, la luz se hallaba encendida. Sobre la cama había un traje de frac. En el cuarto de baño, encima del lavabo, veíase una maquinilla de afeitar, la crema y la brocha a la cual se adhería aún el jabón húmedo. La máquina de afeitar había sido usada momentos antes.

Alrededor de un tubo de la bañera se veía una cadena de perro,

y cerca de ella, una jofaina de agua. Al otro lado había otra jofaina, pero vacía. Perry Mason se agachó y miró a la jofaina vacía. En el fondo estaba embadurnada con una sustancia grasienta, y en los bordes de la vasija se advertían varias partículas de lo que parecía ser la comida del perro.

La cadena terminaba en un mosquetón dispuesto de manera que apretando el enganche se pudiera soltar el perro.

Mason volvió a la biblioteca y dejó de fijarse en el cadáver de Foley, para examinar el cadáver del perro. El animal llevaba un collar ya viejo y con una placa de plata, con esta inscripción: «*Prince* propiedad de Clinton Foley. 4889 Milpas Drive». En el collar había también una anilla en que se ajustaba la cadena del cuarto de baño.

Mason tuvo la precaución de no tocar nada, y anduvo por la habitación con toda cautela. Volvió al cuarto de baño para efectuar una segunda inspección. Cogió una toalla y notó que estaba todavía húmeda. Se la llevó a la nariz y percibió el olor de la crema de afeitar.

En el momento en que volvía a colocar la toalla en el mismo sitio en que la había encontrado, oyó el ruido de una sirena en la distancia.

Perry Mason cruzó la habitación para salir al pasillo, observando que la abertura que dejaba la puerta bastaba escasamente para pasar él, sin mover el cuerpo del perro.

Siguió el corredor, y al llegar a la puerta, se encontró con los policías ya en el pórtico de la casa.

Capítulo 9

Las luces incandescentes proyectaban sus rayos sobre la cara de Perry Mason. A la derecha, sentado en una mesita un taquígrafo tomaba la declaración de Mason.

Al otro lado de éste, el sargento de detectives Holcomb tenía sus irritados ojos fijos en Mason. Sentados en la sombra había tres agentes.

—Conmigo no tiene usted que emplear todo este «camelo» —dijo Perry Mason.

—¿Qué «camelo»? —preguntó el sargento Holcomb.

—Todo ese aparato de las luces incandescentes y todas esas bambalinas. A mí no me hace ningún efecto.

El sargento Holcomb respiró profundamente.

—Mason —le dijo—, usted nos está ocultando alguna cosa, y nosotros queremos saberla. Se ha cometido un crimen, y usted estaba en la casa en aquellos momentos.

—En otras palabras —le interrumpió Mason— que ustedes creen que yo lo maté.

—No sabemos qué creer —gruñó Holcomb mostrando en sus palabras la irritación que le invadía—. Sólo sabemos que usted representa a un cliente que había dado indicaciones de poseer tendencias homicidas y sabemos también que por su posición en el caso usted era contrario a Clinton Foley. No tenemos la menor idea de lo que usted hacía en la casa, ni sabemos tampoco cómo entró en ella. No nos consta a quién usted trata de ocultar, pero estamos seguros de que intenta favorecer a alguien.

—Tal vez esté tratando de ocultarme yo mismo —observó Perry Mason.

—Empiezo a sospechar que eso es lo que usted trata de hacer —gruñó Holcomb.

—Eso revela —dijo Mason, con tono concluyente— quién es usted como detective. Si usted pensara un poco, se daría cuenta de que por el mero hecho de representar intereses adversos a Clinton Foley, éste hubiera tenido especial cuidado en lo que hacía y en lo que decía. Su actitud hubiese sido completamente formal, y no me hubiera recibido vestido con una bata y sin afeitarse.

—Quienquiera que haya cometido el crimen, entró en la casa furtivamente. Lo primero que ocurrió fue cuando el perro oyó al intruso. Naturalmente, el perro tiene oído más fino que el dueño. Éste lo soltó, y el intruso tuvo que matar al perro para defenderse. Al oír los disparos salió Clinton Foley para ver lo que pasaba y entonces lo mató usted a él.

—¿Es ésa su explicación del crimen? —preguntó Perry Mason.

—Es la única que se me ocurre.

—Entonces ¿por qué no me detienen ustedes?

—¡Eso es precisamente lo que voy a hacer si no me dice la verdad! Nunca en mi vida me he encontrado con un hombre mezclado en un crimen que me haya hablado con esa vaguedad. Usted dice que tenía una cita con Foley a las ocho y media, pero cómo creerle si no presenta prueba alguna.

—¿Qué clase de prueba quiere usted que le presente?

—¿Hubo alguien que le escuchara a usted cuando le daba la cita?

—No me acuerdo de nadie. En aquel momento no me fijé en quién había alrededor.

—¿Y no se acuerda usted tampoco del taxi que lo llevó a la casa?

—Era un taxi corriente y no me fijé en ningún detalle.

—¿No guarda usted el recibo del taxi?

—Yo no los guardo nunca.

—¿Qué hizo usted con él? ¿Tirarlo en la acera?

—No me acuerdo siquiera de haberlo visto.

—¿No sabe usted si el taxi que lo trajo era amarillo o de cuadros o rojo?

—No tengo la menor idea. No me acuerdo de ninguno de esos detalles, y sobre todo no esperaba que se me fuera a someter a este interrogatorio. Voy a decirle una cosa sin embargo. Es usted un detective de cartón, y la manera en que ha reconstruido la escena

del crimen muestra que no sabe usted una palabra de cómo ocurrió el hecho.

—¡Ah! —exclamó el sargento en ese tono sugestivo que va a arrastrar inevitablemente a la confesión—. Entonces usted sabe cómo ocurrió el hecho.

—Hice lo mismo que usted. Estuve en la casa y me molesté en mirar alrededor.

—Muy bien —dijo el sargento con felina ironía—. Cuénteme, por favor, lo que pasó en la casa a su modo de creer.

—En primer lugar —dijo Perry Mason— el perro estaba atado a la cadena cuando el matador entró en la casa. Clinton Foley salió y habló con aquella persona un minuto. Luego volvió a entrar y soltó el perro. Entonces fue cuando mataron al perro y luego a Clinton Foley.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó el sargento.

—¿Observó usted —preguntó Mason con tono sarcástico— una toalla usada parcialmente debajo de la bañera?

—¿A qué viene eso? —dijo el sargento después de vacilar por un momento.

—En aquella toalla —dijo Mason— había crema de afeitar.

—¿Y qué deduce de eso? —volvió a interrogar Holcomb.

—La toalla cayó allí cuando Clinton Foley soltó el perro de la cadena. Cuando un hombre se afeita no pone crema de afeitar en la toalla. La crema sólo aparece en la toalla cuando se limpia la enjabonadura de la cara. Esto se hace rápidamente, cuando alguien le interrumpe en medio de la operación de afeitarse y quiere limpiar la cara de jabón. Clinton, sin embargo, no hizo eso cuando el perro ladró la primera vez cuando oyó al intruso. Foley salió al otro cuarto para ver por qué ladraba el perro, y allí se encaró con el visitante. Foley habló con éste, y mientras lo hacía se limpiaba el jabón de la cara con la toalla. Entonces algo debió ocurrir que le hizo volverse al cuarto de baño y soltar al perro. En este momento es cuando el intruso hizo el primer disparo. Esto se desprende del hecho de haber jabón en la toalla, y es lo que primero que se le hubiera ocurrido a cualquiera si hubiese usado el cerebro en lugar de hacer preguntas sin sentido.

En la habitación reinó un momento de silencio, que rompió una voz salida del círculo de sombra en torno de las luces.

—Sí, señor; yo vi esa toalla.

—Si ustedes —continuó Mason— se dieran cuenta de la importancia que tiene esa toalla la guardarían como elemento de prueba, y con ella podrían reconstruir el momento del crimen. Hagan ustedes analizar la toalla y verán que contiene jabón de la cara de Foley. Tal vez se fijaron ustedes en que había un poco de jabón en la barba de Foley, pero no el bastante para deducir que lo habían matado cuando llevaba la cara totalmente enjabonada. Además, no hay huella de jabón en la parte del suelo en que descansaba la cara. Como les digo, Foley se limpió el jabón con la toalla.

—No veo por qué no había de limpiarse el jabón de la cara antes de salir del cuarto de baño, para ver quién había en la otra habitación —dijo el sargento Holcomb.

—Sencillamente —contestó Perry Mason—, Foley soltó la toalla mientras desataba el perro, y si hubiera ido a desatarlo en primer lugar, no se hubiera limpiado el jabón de la cara. Hubiera desatado el perro primero, y luego se hubiera limpiado la cara con la toalla.

—Muy bien —dijo Holcomb—, ¿dónde está Arturo Cartright?

—No lo sé. Traté de buscarlo ayer, pero su ama de llaves me dijo que se había marchado de viaje.

—Thelma Benton dice que se fugó con la señora de Foley —observó el sargento Holcomb.

—Sí —confirmó Mason—, eso es lo que me dijo a mí también.

—Y eso es lo que Clinton Foley le dijo a Pete Dorcas.

—Ya lo he oído varias veces —dijo Mason con voz fatigada—. ¿Vamos a repasar todo esto de nuevo?

—No, no vamos a repasar nada —dijo Holcomb, malhumorado—. Todo lo que quiero decir es que resulta posible que su cliente, Arturo Cartright, se fugara con la señora de Foley, que oyera de labios de ella que Foley la había maltratado, y que volviera a la casa dispuesto a matar a Foley.

—Y toda la prueba que tiene usted para formar esa teoría es que Cartright no se llevaba bien con Clinton Foley y se fugó con la mujer de éste. ¿No es así?

—Esos antecedentes son bastantes.

—Muy bien —interrumpió Mason—. Me voy a dar el gusto de destruir esa teoría con dos palabras. Si eso hubiera ocurrido como

usted dice, y Arturo Cartright hubiese ido allí hubiese sido con el deliberado propósito de matar a Foley, ¿no es eso?

—Es de suponer.

—Estamos conformes. De ser así Arturo Cartright hubiese entrado en la casa, sacado una pistola y disparado sobre Clinton Foley nada más verlo. No se hubiera quedado parado discutiendo con Foley, mientras éste se limpiaba la cara, ni le hubiera dado tiempo de volver al cuarto de baño para desatar el perro. Lo que les pasa a ustedes es que cuando ven a un hombre muerto, no se les ocurre otra cosa que echar mano de la primera persona que por fatalidad se halla mezclada en el crimen. Ustedes no han consultado las verdaderas huellas del crimen antes de fijar la responsabilidad del mismo.

—Pero ¿qué huellas son ésas? —preguntó el sargento Holcomb.

—¡Vaya una pregunta! —exclamó Mason—. Hasta ahora yo he sido el único detective que ha trabajado en este caso, y no voy a trabajar más. Ustedes son los que cobran por hacerlo, no yo.

—Por lo que nos consta —replicó el sargento— usted ha cobrado no poco por cuanto haya podido hacer en este caso.

Perry Mason dio un bostezo sarcástico.

—Ésa es una de las relativas ventajas que tiene mi profesión, sargento. Por otra parte, no deja de haber sus inconvenientes.

—Dígame usted uno —inquirió el sargento Holcomb, con curiosidad.

—El que a uno sólo se le paga de acuerdo con su inteligencia y habilidad —observó Mason—. La única razón de que yo cobre por mi trabajo es el haber demostrado que me lo merezco, y si los contribuyentes se resistieran a pagarles los sueldos hasta que ustedes prueben su aptitud, muchos de ustedes se quedarían sin comer meses enteros, a no ser que revelasen más inteligencia que la que han demostrado en este asunto.

—Ni una palabra más —dijo el sargento con voz que temblaba de indignación—. Yo no le voy a permitir que se siente usted ahí y me insulte de esa manera. Por ese lado no va usted a ninguna parte, Mason, y cuanto antes se dé cuenta de ello, tanto mejor para usted. En este caso no es usted el abogado, sino una persona sospechosa.

—Por eso precisamente he hablado como lo he hecho —replicó Mason.

—Hable como le parezca —dijo Holcomb—, pero la cuestión para mí es muy clara. O usted miente cuando dice que tenía una cita con Foley a las ocho y media, o se expresa con deliberada vaguedad para complicar y confundir los hechos. El examen forense revela que Foley murió entre siete y media y ocho de la noche. Cuando los detectives llegaron a la casa no hacía más de cuarenta minutos que Foley había muerto. Todo lo que tiene usted que hacer, pues, es probar dónde estuvo usted entre siete y media y ocho de la noche, y así se borran en seguida todas las sospechas. ¿Porqué no se presta usted a ser más razonable con nosotros?

—Repito que no sé con certeza lo que estaba haciendo a esa hora. No me molesté siquiera en mirar el reloj. Salí a la calle, comí, di una vuelta, fumé un cigarrillo, fui a mi despacho y luego volví a salir a la calle, di otro pequeño paseo pensando y fumando, llamé a un taxi que pasaba y fui allí para acudir a la cita.

—¿Y dice usted que la cita era a las ocho y media?

—La cita era a las ocho y media.

—Pero usted no puede probarlo.

—Claro que no puedo. ¿Qué razón hay para que yo tenga que probar todas cuantas citas he dado en mi vida? Yo soy abogado y mis negocios requieren muchas citas de esa clase. Todos los días tengo una porción de ellas, y lo lógico sería que en lugar de sospechar de mí se me eximiese de toda sospecha, ya que el no saber cuándo me di cita con Foley demuestra que esta cita era sólo una de tantas.

»Si en lugar de eso yo les trajese aquí una docena de testigos para demostrar que había convenido en verme con Foley a una cierta hora, lo primero que les llamaría a ustedes la atención sería el que yo hubiese hecho tal acopio de pruebas. Quiero decir, eso es lo que se les ocurriría a ustedes si tuviesen mi inteligencia.

»Voy a decirles a ustedes otra cosa, y es que nada me hubiera impedido el salir de mi casa a las siete y media, matar a Foley y luego tomar un taxi para volverme a casa y luego otro que me hubiera dejado en casa de Foley a las ocho y treinta.

En el cuarto hubo un momento de silencio. El sargento Holcomb lo interrumpió para decir:

—Eso que usted acaba de decir es razonable.

—Convengamos, pues —continuó Mason—, en que sólo en el

caso de que yo hubiera hecho tal cosa hubiera tomado la precaución de apuntarme el número del taxi y en procurarme una docena de testigos que probaran que yo tenía una cita con Foley a las ocho y media.

—Yo no sé lo que usted hubiera hecho —dijo airado Holcomb—. Cuando uno se mete en un lío de estos, pocas veces procede lógicamente. Mas, ¿por qué no nos dice todo lo que sabe y se va usted a la cama, a dormir tranquilo y nos deja a nosotros buscar otras pistas?

—No seré yo el que les impida seguir otras pistas —dijo Mason—, y no tengo el menor interés de dejarme alumbrar por esas luces mientras ustedes los detectives están sentados mirándome a la cara, pensando encontrar en ella alguna pista que les saque del apuro. Si usted apaga esas luces y se sientan en la oscuridad y se ponen a pensar un rato, sacarán más en limpio que si se pasan la noche mirándome a la cara.

—Para decirle la verdad —interrumpió Holcomb— yo no tengo el menor interés en mirarle a usted a la cara.

—¿Y qué saben ustedes de Thelma Benton? —preguntó Mason—. ¿Qué hacía esa mujer en la casa?

—Esa mujer está descartada. Ha explicado satisfactoriamente todo lo que hizo, minuto por minuto.

—A propósito, sargento —interrumpió Mason—, ¿qué hacía usted durante ese tiempo?

—¿Yo? —repitió Holcomb con voz de trueno.

—Sí, señor; usted.

—¿Trata usted de hacer creer que yo también soy sospechoso?

—No —replicó Mason—. Sólo le pregunto qué hizo durante todo ese tiempo.

—Venía camino del despacho —dijo el sargento—. Estaba en un automóvil entre mi casa y la estación de policía.

—¿Cuántos testigos tiene usted para probarlo? —preguntó Mason.

—No sea usted bromista —contestó el sargento.

—Si reflexiona usted un instante verá que hablo muy en serio —observó Mason—. Todo lo serio que cabe. ¿Cuántos testigos tiene usted para probarlo?

—Ninguno, ni me hacen falta. Puedo probar a qué hora estaba

en mi casa y a qué hora llegué a mi despacho.

—A eso iba precisamente —dijo Mason.

—¿A qué? —preguntó Holcomb.

—A demostrarle que Thelma Benton debiera parecerle sospechosa precisamente por la exactitud matemática de su explicación. Cuando una persona puede explicar con todo lujo de pormenores todo lo que ha hecho es, por lo general, que ha sentido la necesidad de hacerlo. Una persona en esas circunstancias, o toma parte en la comisión de un crimen, y se excusa de haberlo hecho con todos esos detalles, o sabe que se va a cometer el crimen y se prepara de antemano.

En la habitación volvió a reinar un largo y profundo silencio. Después de un rato, el sargento Holcomb le preguntó a Mason si realmente creía que Thelma Benton sabía que iban a matar a Clinton Foley.

—Yo no digo ni trato de decir si Thelma Benton lo sabía o no lo sabía —observó Mason—. A lo único que me atengo es a que, cuando una persona explica tan minuciosamente sus acciones, sus motivos tendrá, ya que ordinariamente una persona no puede dar explicaciones precisas de cada paso que da durante el día. Apuesto cualquier cosa a que no hay nadie aquí que pueda probar con testigos lo que estuvo haciendo entre las siete y media y las ocho de la noche.

—Por lo menos usted no puede —dijo Holcomb.

—Y si usted tuviera más cabeza —dijo Mason—, el no poder explicarlo sería la prueba convincente de mi inocencia, en vez de serlo de mi culpabilidad.

—Pero usted no puede probar que fue a la casa de Foley a las ocho y media. Nadie le vio ir allí y no hay nadie tampoco que sepa que tenía usted una cita con Foley a esa hora, ni nadie que le abriera la puerta, ni que sepa que estaba usted allí a las ocho treinta.

—Eso lo puedo probar —afirmó Mason.

—¿Cómo? —preguntó Holcomb.

—Sencillamente —contestó Mason—, porque llamé por teléfono a la estación de policía poco después de las ocho y treinta y les avisé que se había cometido el crimen. Eso demuestra que yo estaba allí telefoneando a las ocho y media.

—Usted sabe que no es a eso a lo que me refiero —replicó el sargento. Lo que no puede probar es que llegó a las ocho treinta.

—No; eso no lo puedo probar.

—¡Claro que no lo puede probar! —El sargento Holcomb se puso en pie y dijo—: Voy a dejarle que se vaya, Mason. Usted es bien conocido en la población y no habrá dificultad en encontrarlo cuando le necesitemos. No tengo inconveniente en decirle que yo, personalmente, no creo que haya cometido usted el crimen, pero estoy todo lo seguro que cabe estarlo de que protege a alguien y de que ese alguien es uno de sus clientes. La conducta de usted, en lugar de servir para proteger a su cliente, me lo ha hecho más sospechoso.

—¿Quiere usted decirme la razón? —preguntó Mason.

—Creo, como ya he dicho, que Cartright se fugó con la mujer de Foley; que ésta le dijo a Cartright que Foley la había maltratado y que Cartright volvió y mató a Foley. Luego que Cartright lo llamó a usted y le dijo lo que había hecho y que quería entregarse, pero que usted le aconsejó que no hiciera nada; usted llegó a la casa y dio tiempo a que se marchara Cartright, antes de llamar a la policía. Para decir la verdad, usted mismo pudo muy bien limpiar el jabón de la cara de Foley con la toalla, dejando luego ésta con la crema de afeitar debajo de la bañera cerca de la cadena del perro.

—¿Me convierte todo eso en un cómplice o encubridor? —preguntó Perry Mason.

—Sin que lo dude —dijo el sargento Holcomb—, y si llegara a demostrarlo tendría que vérselas conmigo.

—Me alegro de saberlo —dijo Mason.

—¿De saber qué? —preguntó con voz colérica el sargento.

—De que voy a tener que vérmelas con usted, si lo prueba. Por la forma en que ha procedido, creo que se proponía tratarme como a un criminal antes que saber si lo era.

El sargento Holcomb le despidió con un ademán.

—Váyase —indicó—, y no deje de presentarse si queremos someterle a otro interrogatorio.

—Conforme —concluyó Perry Mason—. Si no tienen nada que decirme y la entrevista ha terminado, hágame el favor de apagar esas luces, que ya me han dado dolor de cabeza.

Capítulo 10

Perry Mason estaba sentado en el despacho de Paul Drake. Éste se hallaba acurrucado en una desvencijada silla, detrás de un escritorio viejo y destartado. Junto a la pared, en el otro lado del despacho, se sentaban, no muy cómodamente, dos individuos.

—¿A qué se debe todo esto? —preguntó Drake.

—¿A qué se debe qué? —repitió Mason.

—El hacer retirar a mi gente.

—Nada de extraño. Había logrado todo cuanto me propuse y no quería que nadie pudiese ver a estos dos en la vecindad.

—¿Qué pasaba, pues, en la vecindad? —preguntó Drake.

—No sé que pasara nada —contestó Mason—. No sabía tampoco que fuera a pasar nada, pero pensé que tal vez sería mejor que no hubiera por allá ningún detective.

—Mason —dijo Drake— aquí hay una porción de cosas que no me quieres decir.

—¿De veras? —preguntó Mason—. Yo suponía que eras tú quien ibas a descubrir cosas nuevas y a contármelas. ¿Son éstos los que vigilaban la casa?

—Sí, éstos son. El de la izquierda es Ed Wheeler, el otro es George Doake.

Perry Mason les dirigió una mirada.

—¿A qué hora llegaron ustedes allí? —preguntóles.

—A las seis.

—¿Y estuvieron allí todo el tiempo sin retirarse un momento?

—Puede decirse que continuamente. Uno de nosotros iba a llamar por teléfono cada quince minutos.

—¿Dónde estaban ustedes? Yo no los vi cuando llegué a la casa.

—Nosotros sí lo vimos a usted —dijo Wheeler, con una sonrisa.

—¿Dónde estaban ustedes? —insistió Mason.

—Estábamos a cierta distancia de la casa —dijo Wheeler—, pero en un punto desde donde podíamos ver todo lo que ocurría. Llevábamos gemelos especiales y estábamos donde nadie podía descubriarnos. Hacia la mitad de la calle hay una casa vacía, y nos instalamos en uno de los cuartos.

—No les vayas a preguntar ahora cómo entraron —interpuso Drake—, pues eso son secretos profesionales.

—Comprendido —sonrió Mason—. Cada uno que se guarde sus secretos. Todo lo que quiero es que me digan lo que haya pasado.

Ed Wheeler sacó del bolsillo de la americana una libreta con tapas de cuero, pasó unas cuantas hojas y finalmente leyó:

—Entramos de servicio a las seis. Un cuarto de hora más tarde salió el ama de llaves Thelma Benton.

—¿Salió por la puerta de atrás o por la de delante? —preguntó Mason.

—Por la puerta de delante.

—Muy bien. ¿Dónde fue el ama de llaves?

—Se fue con un hombre en un *Chevrolet*.

—¿Tomaron el número de matrícula? —preguntó Mason.

—Desde luego. Era el 6M9245.

—¿Qué clase de automóvil era? ¿Cupé, sedán o roadster?

—Un cupé.

—Continúe. ¿Qué más?

—Por un rato no ocurrió nada. No entró ni salió nadie de la casa hasta las siete y veinticinco. Era un poco más de las siete y veinticinco: casi las siete veintiséis, pero diremos que era las siete y veinticinco. Un taxi de los de cuadros se paró delante de la casa y de él se apeó una mujer.

—¿Tomaron también el número de matrícula de ese taxi?

—No, el número del taxi estaba pintado en uno de los lados y era más fácil de coger que el de la matrícula. Así, pues me contenté con apuntar el primero.

—¿Cuál era?

—86-C.

—¿Está usted seguro de que es ése el número?

—Seguro. Los dos miramos con gemelos de noche y los dos vimos el mismo número.

—Así es —dijo el otro detective—. No hay duda sobre el número

del taxi y de las demás cosas.

—Muy bien. Continúe —dijo Mason.

—Una mujer se apeó y entró en la casa, y el taxi se marchó.

—No esperó, pues.

—No, señor; pero volvió doce minutos después. Evidentemente la mujer había enviado el taxi a algún sitio con algún encargo.

—Muy bien —dijo Mason—. ¿Quién era la mujer? ¿Qué aspecto tenía?

—No podemos decirlo con exactitud. Iba bien vestida y llevaba un abrigo de pieles.

—¿Llevaba guantes?

—Sí, señor.

—¿Le vieron ustedes la cara?

—No muy bien. Era ya de noche. La luz de la calle dejaba ver el taxi, pero lanzaba la sombra de éste en el sitio mismo en que la mujer se apeó. Ésta subió hacia la casa y entró en ella.

—¿Tocó el timbre?

—Sí.

—¿Tuvo que esperar mucho tiempo antes de poder entrar?

—No. Entró después de un minuto o poco más.

—¿No parecía como si Foley la hubiera estado esperando?

—Eso no lo sé. Todo lo que vimos es que se fue hacia la casa, se esperó un minuto o así a la puerta, y luego se metió dentro.

—Un momento —exclamó Mason—. Ustedes dicen que tocó el timbre. ¿Cómo lo saben ustedes?

—Yo la vi inclinada sobre la puerta y pensé que eso era lo que estaba haciendo.

—¿No podía igualmente haber sido que esa mujer estaba abriendo la puerta con una llave?

—Eso es posible —dijo Wheeler—. Y ahora que pienso, es muy probable que hiciera eso. De momento pensé que lo que hacía era tocar el timbre, porque eso era lo que yo esperaba que hiciese.

—¿Hay la menor probabilidad de que aquella mujer fuese Thelma Benton?

—No lo creo. Cuando Thelma Benton salió de la casa, llevaba un abrigo diferente.

—¿Cuánto tiempo estuvo en la casa? —preguntó el abogado.

—Quince minutos o tal vez dieciséis. El taxi según mis notas, se

fue inmediatamente después de llegar la mujer y volvió doce minutos más tarde. La mujer salió de la casa a las siete y cuarenta y dos.

—¿Oyeron ustedes algún ruido extraño? Por ejemplo, el ladrido de un perro...

—No, no oímos nada. Pero no hubiéramos podido oírlo, de todos modos. Nosotros estábamos bastante lejos de la casa pues el jefe nos dijo que era absolutamente preciso que no se descubriera que estábamos allí. Probablemente pudimos habernos acercado un poco más, después de hacerse de noche pero mientras era de día, se nos hubiera visto con toda seguridad. Por eso nos metimos en aquella casa.

—Continúen —pidió Mason—. ¿Qué ocurrió después?

—Después de irse la mujer, no pasó nada hasta que llegó usted. Vino en un taxi amarillo con el número trescientos sesenta y dos. Llegó a las ocho veintinueve, según mi reloj, y no sabemos lo que pasó más tarde. Llamamos a Drake, quien nos dijo que volviésemos aquí, pero al marcharnos oímos ruido de sirenas, de manera que sospechamos que algo debió pasar.

—Muy bien —dijo Mason—. No se molesten en pensar lo que pueda haber ocurrido. No se olviden nunca de que a ustedes se les paga por vigilar.

—Sí, señor.

—Muy bien —continuó Mason—. Ahora quiero que me encuentren al conductor del taxi a cuadros número ochenta y seis-C, y que me lo traigan aquí. Tan pronto como den con él, llámenme. Ya iré yo y hablaré personalmente con él.

—¿Algo más?

—No, de momento —y volviéndose a Paul Drake, Mason continuó—: Supongo que estás moviendo el cielo y la tierra para encontrar a esa gente que te he dicho.

Drake asintió con un gesto.

—Creo que tengo ya algo que contarte, pero esperemos a que se vayan estos muchachos.

—¡En marcha! —exclamó Mason—. Vayan a la oficina de los taxis a cuadros. Averigüen quién es el conductor del número ochenta y seis-C y no lo pierdan de vista y llámenme tan pronto como lo hayan encontrado. Una cosa quiero recomendarles y es que

mientras estén ustedes ocupados en este trabajo, no se paren a hablar con nadie de nada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Drake.

—Quiero decir —replicó Mason— que no quiero que estos jóvenes se mezclen en nada que no sea exclusivamente el trabajo de investigación en que se ganan la vida. ¿Me entienden?

—Creo que lo entiendo —dijo Drake— y los chicos también se dan cuenta de lo que quieres decir.

—Lo entendemos perfectamente —afirmó Wheeler.

—¡Pues andando! —dijo Mason.

Al cerrarse la puerta, Mason se volvió hacia Drake.

—Paul —dijo—, ya sabes que hay un telegrama enviado a Clinton Foley desde Midwick. Ese telegrama se supone que está firmado por la mujer que se hacía pasar por esposa de Foley, y le pide a éste que no proceda criminalmente contra Cartright. Quiero que me obtengas una copia fotostática del impreso de ese telegrama. ¿Crees que la puedes lograr?

—Va a ser algo difícil —dijo Drake.

—Déjate de dificultades. Quiero que me la consigas cuanto antes.

—Se hará lo que se pueda Perry.

—Ya puedes empezar.

Paul Drake cogió el teléfono, hizo una pequeña pausa y luego dijo:

—Mejor será que me vaya a otro cuarto a llamar. Espérame aquí, que tengo algo que contarte.

—También yo tengo mucho que contar —dijo Mason—. Pero no te lo voy a contar ahora mismo.

Drake se retiró a otro cuarto, cerró la puerta y después de cinco minutos volvió a reunirse con Mason.

—Creo que va a poder arreglarse —dijo Drake.

—Muy bien. Dime ahora lo que tengas que contarme.

El timbre del teléfono sonó. Paul Drake cogió el teléfono.

—¿Tiene la dirección? —preguntó.

Drake se volvió hacia Mason.

—Hazme el favor de tomar nota de esto, Perry. En el escritorio encontrarás papel y lápiz.

Mason fue al escritorio, cogió un pedazo de papel y se preparó a

escribir.

—Di.

Paul Drake dictó en voz pausada:

—Breedmont Hotel. Calle Nueve y Masonic. Cuatro setecientos setenta y cuatro, y el nombre de la señora es C. M. Dangerfield. ¿Es así?

Drake se interrumpió un momento y miró a Perry Mason.

—Muy bien —dijo—. Gracias.

Drake volvió a colgar el receptor.

—¿Quién es éste? —preguntó Perry Mason.

—Éste es —dictó Drake— el nombre con que aparece inscrita en el hotel en esta ciudad la señora Bessie Forbes. ¿Quieres ir a verla?

Perry Mason lanzó un suspiro de alivio, dobló el papel y se lo metió en el bolsillo.

—Ahora —siguió Mason— es cuando comenzamos a ver la luz del día.

—¿Quieres ir a verla ahora mismo? —preguntó Paul Drake.

—Hemos de ver al conductor del taxi primero —contestó Mason—. Vamos a traerlo aquí. No hay tiempo de que yo vaya a hablar con él.

—¿Qué importancia tiene ese conductor de taxi en este asunto?

—Quiero ver a ese conductor de taxi y verlo antes de nada —dijo Mason—. Quiero también procurarme un taquígrafo para que tome la conversación. No sé por qué me parece que tendré que llamar a Della Street.

Paul Drake recogió la observación con una sonrisa irónica.

—No tienes que inquietarte por esa joven —dijo—. Está en el despacho y ha preguntado hace un rato si sabía algo de ti y le dije que habías hecho una llamada urgente de la casa de Foley que creía podía ser algo importante, y ella dijo que estaría un rato en la oficina.

—¡Eso es lo que se llama cooperar! —dijo Mason.

El teléfono volvió a sonar. Drake cogió el receptor, dijo «hola», escuchó por un momento y le hizo una expresiva señal a Perry Mason.

—Ya hemos encontrado al conductor del taxi, Perry —dijo—. No han hablado todavía con él, pero saben dónde está.

—Dile a esos muchachos que tomen ese taxi y que vengan con él

a mi despacho y que suban al conductor, dando cualquier excusa. Que le digan que tienen un baúl o una maleta; cualquier cosa; con tal que lo hagan subir. Y que vengan en seguida.

Drake transmitió las instrucciones por teléfono, tal como Mason se las había dado, a sus dos agentes para que las cumplimentasen.

—¿Qué más? —preguntó Drake—. ¿Nos vamos hacia tu despacho, a esperar allí?

—Me parece muy bien —dijo Perry.

Capítulo 11

El conductor del taxi se sentía un poco inquieto e incómodo en la silla, enfrente de Perry Mason, dejó luego escurrir la mirada hacia los dos detectives y finalmente miró a Della Street.

Ésta, colgada, más bien que sentada, en una silla, con las rodillas cruzadas y el cuaderno de notas en la mano, sonreía al conductor.

—¿Qué desean ustedes de mí? —preguntó el hombre.

—Sólo queremos averiguar una cosa —contestó Mason—. Algo que se refiere a una investigación.

—¿Qué clase de investigación es ésta? —preguntó el conductor.

Mason le hizo señal a Della, que inmediatamente se puso a tomar notas, trazando signos taquígrafos sobre el papel.

—Se trata —dijo Mason— de una denuncia sobre un perro, que, a última hora, se ha complicado más de la cuenta, y no sabemos todo lo serias que estas complicaciones pueden resultar. Las preguntas que yo voy a hacerle se refieren solamente al caso del perro y a las acusaciones que han surgido.

El conductor se arrellanó en su silla.

—Vayan ustedes preguntando —notó—. El contador sigue marcando.

—No se preocupe por eso —le dijo Mason—. Se le pagará lo que marque el contador y cinco dólares encima. ¿Le parece bien?

—Me parecerá bien cuando vea los cinco dólares —dijo el conductor. Mason abrió un cajón del escritorio, sacó un billete de cinco dólares y se lo entregó al conductor.

Éste se metió el dinero en el bolsillo, con muestras de satisfacción.

—Ya pueden empezar a preguntarme —dijo.

—A eso de las siete y cuarto, o quizás un poco antes, usted llevó un pasajero al cuatro ocho ocho nueve de Milpas Drive —dijo

Mason.

—Ya veo de lo que se trata —dijo el conductor.

—Precisamente, de eso —agregó Mason.

—¿Qué es lo que quiere usted saber?

—¿Qué aspecto tenía la mujer?

—Eso es difícil de decir. Sólo me acuerdo de que llevaba un abrigo de pieles y que exhalaba un perfume especial. Se dejó un pañuelo perfumado en el taxi. Lo iba a entregar a la Compañía, si no me lo reclamaba antes.

—¿Era una mujer alta? —preguntó Mason.

El conductor se encogió de hombros.

—¿No podría darnos una idea aproximada?

El conductor miró alrededor con aire de confusión y aturdimiento.

Perry Mason hizo una seña a Della Street.

—Póngase de pie Della —dijo.

La joven se levantó.

—¿Tan alta como esta señorita? —preguntó interesado, Mason.

—De una altura parecida —dijo el conductor, mirando a Della con ojos críticos—. No era tan bonita como esta joven y tal vez un poco más gruesa.

—¿Recuerda el color de sus ojos?

—No, no lo recuerdo. Tal vez eran negros o quizá pardos. Su voz era un tanto extraña y hablaba en un tono chillón y muy de prisa.

—¿Entonces no recuerda usted mucho acerca de ella? —dijo Mason.

—Para decir la verdad, no mucho. No era la clase de mujer de que uno se acuerda. Muchas mujeres se meten en el taxi y le hablan a uno, pero no ésta. No era tampoco el tipo de mujer que trata de conquistar al conductor y de hacerle toda clase de proposiciones. La mujer no era de ésas.

—¿Se fijó en las manos si llevaba anillos?

—Llevaba guantes negros —dijo el conductor, con tono de seguridad—. Me acuerdo porque le costó algún tiempo el buscar el dinero en el monedero.

—Muy bien. Usted la llevó a esa casa y entonces, ¿qué hizo usted?

—La llevé allí y me dijo que no me fuera hasta que la viese

entrar en la casa. Luego me mandó a un sitio donde hay un teléfono público, para que llamara a cierto número y dejase un recado.

—Muy bien —dijo Mason—; ¿qué número era ése y qué clase de recado el que le dio?

—Era un recado algo extraño.

—¿Se lo escribió en un papel?

—No. Me lo dio de palabra y luego me lo hizo repetir dos veces, para cerciorarse de que no se me había olvidado.

—Perfectamente. ¿Cuál es el recado?

El conductor sacó una libreta del bolsillo y a continuación contestó:

—Aquí anoté el número. Era Parkcrest seis dos nueve cuatro cinco y tenía que preguntar por Arturo y decirle que fuera por casa de Clint inmediatamente, porque Clint y Paula iban a separarse.

Perry Mason miró meditativo a Drake, que le devolvió la mirada.

—Está bien —dijo el abogado—. ¿Y usted dio el recado tal como se lo habían dado?

—No, porque nadie me contestó. Llamé tres veces y luego volví. Esperé un par de minutos y la señora salió, y nos fuimos.

—¿Dónde tomó ella su taxi?

—Por la calle Diez y Masonic, y allí fue donde la dejé a la vuelta.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Mason.

—Marson, Sam Marson, y vivo en Bellview Rooms, en la calle Diecinueve Oeste.

—¿No ha entregado todavía aquel pañuelo? —preguntó Mason.

Marson sacó del bolsillo un delicado pedazo de encaje y se lo llevó a la nariz para olerlo.

—Éste es el perfume —explicó.

Perry Mason alargó la mano, cogió el pañuelo, lo olió y se lo entregó a Paul Drake. El detective lo olió también y se encogió de hombros.

—Que Della huela también y que nos diga qué clase de perfume es ése —sugirió Mason.

Drake le entregó el pañuelo a Della. Ésta lo olió, se lo devolvió a Drake y, mirando a Mason, exclamó:

—Ya sé lo que es.

Perry Mason metió la cabeza.

Drake vaciló un instante y se metió el pañuelo en el bolsillo.

—Ya le guardaremos el pañuelo nosotros —le dijo al conductor.

La voz de Mason se dejó oír con acento de impaciencia:

—¡Un momento, Drake! —dijo—. Aquí mando yo. Devuélvele el pañuelo a Marson. El pañuelo no es tuyo.

Drake miró a Mason con aire interesado.

—Devuélvele el pañuelo —repitió Mason—. Él lo guardará por un tiempo, hasta ver si la dama vuelve a reclamarlo.

—¿No creen que yo debiera devolverlo a la empresa? —preguntó el conductor, alargando la mano para recoger el pañuelo y volviendo a metérselo en el bolsillo.

—No —respondió Mason—, no, de momento. Guárdelo por unos días, pues la mujer probablemente se presentará a reclamarlo. Cuando se presente, le pregunta su dirección, con el pretexto de que tiene que informar a la empresa por haber notificado por teléfono que tenía un pañuelo que entregar, y que es indispensable saber sus señas.

—Bien —dijo el conductor—. ¿Hay algo más? ¿Puedo marcharme?

—Me parece que eso es todo —le dijo Mason—. En caso de necesidad, ya sabemos dónde encontrarlo.

—¿Ya ha apuntado usted todo lo que he dicho? —preguntó el conductor, mirando al cuaderno de notas que Della Street tenía enfrente de ella.

—Hemos tomado las preguntas y las respuestas —le contestó Perry Mason— para poder probar a nuestro cliente que nos hemos cuidado de su asunto.

—Ya entiendo —dijo el conductor—; todos tenemos que vivir. ¿Quién me paga el contador?

—Uno de éstos bajará a la calle con usted y le pagará lo que el contador indique —le contestó Perry—. Tenga cuidado con ese pañuelo y no deje de apuntar el nombre y la dirección de la mujer que vaya a reclamarlo.

—No me olvidaré —dijo el conductor.

Salió éste del despacho y, a una indicación de Drake, los dos detectives lo acompañaron.

Perry Mason se volvió hacia Della.

—¿Qué perfume era ése, Della? —preguntó él.

—Da la coincidencia —contestó la secretaria— de que le puedo decir el nombre del perfume y que la mujer que lo usaba no se gana la vida trabajando, como no sea en el cine. Tengo un amigo perfumista, y el otro día me dejó oler un frasco de ese perfume.

—Todo eso está bien —dijo Mason—, pero, ¿cómo se llama el perfume?

—«Vol de Nuit» —contestó Della.

Perry Mason se levantó de la silla, y con la cabeza echada hacia delante y los pulgares metidos en los lados del chaleco, comenzó a pasearse de un lado a otro. De pronto se dirigió a Della.

—Della —dijo—, llame a ese amigo perfumista y que le procure un frasco de ese perfume, cueste lo que cueste. Si es necesario, entre en la tienda rompiendo la cerradura. Procúrese ese perfume lo más pronto posible, vuelva al despacho y espéreme hasta que yo venga o llame.

—¿Se te ha ocurrido alguna idea? —preguntó Paul Drake.

Mason asintió con un ademán, pero sin proferir una palabra.

—Prefiero no explicar nada por ahora —dijo Drake, eligiendo las palabras cuidadosamente—, pero no sé por qué me parece que te has metido en un berenjenal. Antes de hundirme más, yo trataría de enterarme de lo que hacían todas esas sirenas en la casa de Foley.

Mason se quedó mirando a Drake por unos segundos, y luego dijo:

—Creía que me ibas a explicar cómo se ejerce la abogacía.

—Tal vez pueda decirte —contestó Drake— cómo impedir que lo metan a uno en la cárcel. Yo no entiendo de Leyes, pero sé advertir el peligro.

—Un abogado que no se arriesga por salvar y defender a un cliente, no merece el nombre de abogado.

—Y supongamos que vas a la cárcel —exclamó Drake.

—No te atormentes, Drake. Yo sé perfectamente lo que me hago.

Y dirigiéndose al escritorio, trazó con el índice una línea imaginaria sobre un secante.

—Ésta es la línea de la Ley —dijo él—. Voy allegar hasta donde marca esta línea, todo lo imaginable, pero no la voy a cruzar. Por eso precisamente no quiero hacer nada sin testigos.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Drake.

—Ya lo verás —respondió Mason—. Coge el sombrero y ven conmigo. Vamos a unos cuantos sitios.

—¿Por ejemplo? —preguntó Drake.

—Al Hotel Breedmont —concluyó Perry Mason.

Capítulo 12

El séptimo piso del Hotel Breedmont era un vistoso panorama de puertas relucientes. El pasillo era ancho y bien alumbrado con luz indirecta. La alfombra era tupida y blanda.

—¿Cuál es el número del cuarto? —preguntó Mason.

—Setecientos sesenta y cuatro. Ahí mismo, al volver de la esquina.

—Bien.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Drake.

—Cierra la boca y abre los ojos y los oídos, y no te metas en la conversación a no ser que te haga yo una señal —dijo Mason.

—Comprendido —observó Drake—. Aquí está la puerta.

Perry llamó con los nudillos.

Durante unos segundos no se oyó ruido alguno en el interior.

Mason volvió a llamar en la misma forma, y entonces oyóse alguna agitación, el chirrido de un cerrojo y una voz femenina que preguntó con inquieta rapidez:

—¿Quién es?

La puerta se abrió un poco.

—Un abogado que desea verla a usted sobre un asunto de mucha importancia —contestó Perry Mason.

—Yo no quiero ver a nadie —protestó la voz femenina, al mismo tiempo que se empezaba a cerrar la puerta de la estancia.

Perry Mason metió el pie con el tiempo justo para impedir que se cerrara.

—Ven aquí, Paul —dijo Mason, mientras echaba todo el peso del cuerpo contra la puerta.

Una mujer lanzó un grito, forcejeó un momento, hasta que la puerta se abrió de un golpe.

Mason y Drake entraron en el cuarto en que una mujer, sin

acabar de vestir, se hallaba sobrecogida de espanto, y a toda prisa cogió un kimono que colgaba en el respaldo de una silla.

—¿Cómo se atreven ustedes? —exclamó indignada.

—Cierra la puerta, Paul —ordenó Mason.

La mujer se envolvió en el kimono y se fue decidida hacia el teléfono.

—Voy a llamar a la policía —dijo.

—No se moleste —indicó Perry Mason, con calma—. La policía probablemente vendrá aquí antes de que usted la llame.

—No entiendo lo que usted dice.

—¡Ya lo creo que lo entiende! —contestó Mason—. La situación de usted, señora Bessie Forbes, es muy crítica.

Al oír aquel nombre, la mujer se quedó sin aliento, mirando a sus visitantes.

—¡Cielos! —exclamó.

—Siéntese y vamos a hablar como personas sensatas —dijo Perry Mason—. Sólo tengo unos minutos y he de decirle muchas cosas. En el interés de usted está escucharme y dejarse de niñerías.

La mujer se sentó en una silla, y tal era su excitación, que no se dio cuenta de que se le había abierto el kimono y que quedaban al descubierto un hombro y una bien torneada pierna.

Perry Mason permaneció en su actitud característica, con las piernas separadas y los hombros levantados, al mismo tiempo que disparaba sus preguntas como si hubieran sido dardos.

—Yo sé quién es usted —comenzó—. No tiene por qué desmayarse o sentirse heroína. Usted era la esposa de Clinton Forbes. Él la abandonó en Santa Bárbara y se fugó con Paula Cartright. Usted trató de seguirlo, aunque no sé cuál era su propósito. De momento, no me interesa saberlo. Cartright dio con Forbes antes que usted. Forbes vivía en Milpas Drive, bajo el nombre de Clinton Foley. Cartright alquiló la casa de al lado, aunque no dijo quién era. Cartright acechaba y espiaba en todo momento lo que pasaba en la casa de Foley, pues quería saber si su mujer era feliz allí.

»Y no sé cuándo ni cómo descubrió usted el paradero de su esposo, pero no debe hacer mucho tiempo.

»Y ahora viene lo importante. Yo soy abogado, y quizá haya leído mi nombre en los periódicos. He tenido a mi cargo la defensa

de varios juicios por asesinato y espero que no sean los últimos, pues ésa es mi especialidad. Mi nombre es Perry Mason.

—¿Usted? ¿Usted es Perry Mason?

El abogado movió afirmativamente la cabeza.

—¡Oh! —continuó la mujer—. ¡No sabe lo contenta que estoy!

—No se ocupe de eso —dijo Mason—, y no olvide que hay quien nos oye. Voy a decirle a usted una porción de cosas, con un testigo presente. Usted se va a limitar a escuchar y nada más. ¿Comprende?

—Sí, señor —contestó la mujer—. Ya sé lo que usted quiere, pero de todas maneras estoy muy contenta de verle a usted. Yo quería...

—Cállese y escuche —interrumpió Mason—, Cartright vino a mi despacho, donde tuve ocasión de observar su extraña manera de comportarse. Quería hacer testamento. Del testamento no hablaremos aún, pero con el documento me envió una carta y una cantidad en pago anticipado de mis honorarios. En la carta me decía que me encargase de la defensa de los intereses de la mujer de un individuo que vivía en el cuatro ocho ocho nueve Milpas Drive, bajo el nombre de Clinton Foley. Ahora fíjese bien en esto. Cartright no me dijo que protegiese a su mujer que figuraba como la esposa de Foley en cuatro ocho ocho nueve Milpas Drive, sino la esposa legítima de aquel hombre que decía llamarse Clinton Foley, en aquel mismo lugar.

—Pero ¿usted se cree que ese hombre se daba cuenta de lo que hacía? Él no hubiera...

—¡Cállese! —interrumpió Mason—. El tiempo es oro. Aquí tengo un testigo para que oiga lo que le digo a usted, que desde luego sé de antemano lo que va a ser. Pero acaso no necesite un testigo de lo que me va usted a decir a mí, porque eso no sé lo que va a ser. No olvide que soy un abogado dispuesto a defenderla en todos los terrenos.

»Pues bien. Arturo Cartright me envió una suma considerable, con las instrucciones consiguientes para la defensa de usted y para que sus derechos quedaran debidamente amparados. El dinero ya lo tengo, pero aún no me lo he ganado. Si usted no necesita de mis servicios, todo lo que usted tiene que hacer es decírmelo y me voy ahora mismo.

—¡Oh, no, de ninguna manera! No se vaya usted —exclamó la

mujer—. Yo lo necesito. Yo quiero...

—Conforme. En tal caso, ¿hará usted todo lo que yo le indique?

—Si no tiene muchas complicaciones...

—Va a ser un poco duro; pero no va a ser complicado.

—Muy bien —asintió la mujer—. ¿De qué se trata?

—Si alguien le pregunta a usted dónde estuvo o lo que hizo usted esta noche, le dice que no puede contestar a la pregunta sin que su abogado se halle presente, y que yo soy su abogado. ¿Se acordará usted de eso?

—Sí, y eso no me parece difícil.

—Pues quizá lo sea —replicó Mason—; y si luego le preguntan porqué me nombró su abogado o cuándo me nombró, siempre dé la misma respuesta. A cuantas preguntas le hagan, conteste lo mismo: tanto si le preguntan la edad que tiene como si quieren saber la clase de crema que usa en la cara. ¿Está entendido?

Ella asintió una vez más.

Perry Mason se dirigió de pronto hacia la chimenea.

—¿Qué es lo que ha quemado usted aquí? —preguntó Mason.

—Nada —respondió ella.

Perry Mason se agachó y sacudió las cenizas en el hornillo.

—Esto huele a tela quemada —dijo.

La mujer no contestó, y se limitó a mirar a Perry Mason con el rostro pálido como la cera.

Perry Mason cogió un pedazo de tela. Era de seda de color verde y con un dibujo en triángulo.

—Yo no sabía...

—¡Cállese!

Mason cogió aquel trozo de tela, se lo puso en el bolsillo del chaleco, y volvió a registrar en las cenizas. Pasados unos momentos, se levantó, fuese hacia el tocador, cogió un frasco de perfume, lo olió, se fue al lavabo y lo vació.

Sorprendida, la mujer, abrió la boca, dirigióse hacia Mason y trató de sujetarle el brazo.

—No lo tire —suplicó ella—. Ese perfume cuesta...

Mason se volvió hacia ella con ojos centelleantes.

—No es lo que cuesta, sino lo que puede costarle lo que me preocupa —aclaró—. Y ahora, escuche y haga lo que le voy a decir: márchese de este hotel. Váyase al Hotel Broadway en la calle

Cuarenta y Dos, e inscribábase con el nombre de Bessie Forbes. Fíjese en lo que se lleva de aquí y en lo que se deja. Cómprese un frasco de perfume barato, lo más barato que pueda, y derrámelo por todas partes. ¿Entendido?

Bessie asintió con la cabeza.

—¿Y luego qué? —preguntó.

—Luego se sienta usted en su cuarto y no conteste a ninguna pregunta. Cualquiera que sea la pregunta y la persona que se la haga, diga que no puede contestar sin que esté presente su abogado.

Mason abrió el grifo del agua caliente, lavó bien la botella de perfume y lo dejó abierto.

El cuarto despidió una exquisita fragancia, y Perry Mason se volvió hacia Paul Drake.

—Saca tabaco y ponte a fumar, Paul —indicó—. Si puede ser, enciende un puro.

Paul Drake asintió, y sacando un veguero del bolsillo le cortó la punta con los dientes y sacó una cerilla para encenderlo. Perry Mason cruzó la habitación hacia la ventana, levantó ésta e hizo una señal a la mujer.

—¡Vístase! —le ordenó—. Mi teléfono es Broadway tres nueve dos cinco uno. Apúntelo, y llámeme si algo le ocurre. Acuérdesse que mis servicios no le van a costar a usted un solo céntimo, pues están ya pagados. Y no olvide tampoco que en ningún caso va usted a contestar a ninguna pregunta que se le haga, sea la que sea, limitándose a decir que no puede hablar, a no ser que su abogado se lo mande. ¿Está bien entendido?

Bessie Forbes asintió con un ademán.

—¿Tiene usted valor bastante para plantarle cara al mundo y decirle que no está dispuesta a contestar a ninguna pregunta sin autorización de su abogado? —insistió Mason.

Ella bajó los ojos en actitud meditativa.

—Pero suponga usted que me dicen que si me callo, puede perjudicarme. ¿No habrá de parecer que el negarme a hablar constituye una confesión de culpabilidad? Y no es que sea culpable de nada, pero usted parece creer que sí lo soy...

—No discuta conmigo, por favor —exclamó Mason—. ¿Tiene usted la suficiente confianza en mí para hacer lo que le digo? ¿Va usted a hacerlo?

Ella asintió de nuevo.

—De acuerdo. No hay más que hacer aquí, Drake. Vámonos. — Volvióse hacia la puerta, la abrió y en el umbral se detuvo para insistir en sus instrucciones—: Cuando se vaya de aquí —dijo—, no deje la menor huella. Váyase a la estación de ferrocarril y compre un billete para cualquier parte. Cambie de maleteros en el andén, tome otro taxi y váyase directamente al hotel que le he dicho y regístrese bajo su propio nombre.

La mujer asintió una vez más con idéntico ademán.

—Conforme —dijo Mason—. Vámonos, Paul.

La puerta se cerró tras ellos.

Una vez en el pasillo, Drake dirigió una mirada escudriñadora a Perry Mason. Y tras una breve pausa, el detective le dijo:

—Tú, tal vez crees que estás en uno de los lados de aquella línea legal de que me hablabas, pero no sé por qué me parece que has saltado ya al lado opuesto.

—¿Crees tú, Paul, que me he metido en demasiadas honduras? —preguntó Perry Mason.

—¿Honduras? —replicó Drake—. Por lo que veo, estás ya con el agua al cuello y hundiéndote cada vez más.

—Pues, esto no es más que el principio; esto no es nada en comparación con lo que va a venir después. Ya verás lo que quiero que hagas ahora. Búscame una corista, de unos veintiocho años, del mismo tipo que esta mujer, y tráemela al despacho lo antes posible. Le voy a dar trescientos dólares por hacer una cosa, que le voy a garantizar que es completamente legal. No quiero que estés tú presente y no quiero tampoco que te enteres de nada en absoluto. Toda tu misión se reduce a procurarme esa mujer y a enviármela. Búscame una mujer audaz que se atreva a todo. ¡A todo en absoluto!

—¿Cuánto tiempo me das para buscarla? —preguntó Drake.

—Diez minutos, si es que puedes conseguirla en ese tiempo. Ya sé que eso es imposible, pero quiero decir que hay que buscarla en el menor tiempo posible. En tu fichero hay un número de personas a quienes puedes llamar, según la naturaleza del caso, y todo lo que tienes que hacer, pues, es encontrar la mujer que necesitamos y llamarla.

—Me parece que tengo ya a la joven que podría servirnos —dijo

Drake—. Es una chica que trabajó de «cebo» con la brigada para la supresión del vicio y que es capaz de todo.

—¿Es rubia o morena?

Paul Drake trató de reprimir una sonrisa.

—Es del mismo tipo y parecido que la señora Bessie Forbes. Por eso me ha acudido a la memoria.

—De acuerdo; y no vayas a pasarte de listo, que nos puede costar caro. Éste es un caso en que tienes que parecer tonto. Cuanto más tonto mejor. Y no te olvides de que soy el que dirijo este asunto, tú el que cumple mis órdenes y la persona que no sabe nada.

—Pero comienzo a sospechar más de lo que crees —dijo Paul Drake.

—No me opongo a que sospeches todo lo que quieras, pero no me digas nada ni me reveles tus pensamientos.

—Bien —contestó Drake—; vete a tu despacho y yo me encargaré de llevarte a la chica. Se llama Mae Sibley. Puedes hablarle con toda franqueza.

—Bien —concluyó Mason—; en mi despacho la espero. Muchas gracias, Paul.

Capítulo 13

Mae Sibley era una joven bien formada y de rostro atrayente. Perry Mason la miró de cerca y pareció satisfecho de su tipo y parecido.

—Deme ese frasco de perfume, Della —pidió Mason, cogió el frasco, lo destapó y se lo dio a oler a Mae Sibley.

—¿Tiene usted inconveniente en usar este perfume? —preguntó Mason.

—No, señor. ¿Quiere usted regalarme un frasco acaso?

—Eso mismo. Échese todo el frasco encima si quiere.

—¿Dónde?

—En el vestido, en todas partes.

—Es una lástima desperdiciar así un perfume como éste.

—No se preocupe por tan poca cosa. Écheselo por encima.

Della Street miró sonriente a Mae Sibley y le prometió:

—Tal vez le pueda ayudar.

Della le aplicó el perfume, sin reparar en la cantidad.

—Ahora —le dijo Mason—, se va usted a buscar un taxi y le dice al conductor que allí se dejó usted un pañuelo cuando la llevó al cuatro mil ochocientos ochenta y nueve de Milpas Drive. ¿Se acordará de las señas?

—No se me olvidará. ¿Qué otra cosa tengo que hacer?

—Eso es todo... sonreír cariñosamente al conductor.

—¿Y después?

—El conductor le dará el pañuelo y le pedirá su dirección, porque tiene que informar a la empresa de haber encontrado y devuelto el artículo.

—¿Y qué más?

—Le da usted al conductor el nombre y las señas que primeramente le vengán a la cabeza y desaparece.

—¿Es eso todo lo que tengo que hacer?

—Eso es todo.

—¿Qué nombre y qué señas le doy al conductor?

—Dígale que se llama Agries Brownlie y que vive en el Hotel Breedmont, en la calle Nueve y Masonic. No le dé ningún número de habitación.

—¿Qué hago con el pañuelo?

—Después que se lo dé el conductor del taxi, me lo trae usted a mí.

—¿No hay peligro aquí de que me meta en un lío serio? —preguntó la joven.

—Está perfectamente dentro de la Ley —dijo Mason—, si eso es lo que la hace dudar.

—¿Y por hacer eso me gano trescientos dólares?

—Trescientos dólares, así que se haya terminado el trabajo.

—¿Y cuándo va a terminarse el trabajo?

—Es probable que no haya nada más que hacer —le dijo Mason—, pero es indispensable que yo sepa dónde puedo encontrarla cada vez que la necesite. Deme el número de su teléfono y arréglole de manera que se la pueda encontrar a usted, sin perder mucho tiempo, cada vez que la necesitemos.

—¿Cómo voy ahora a encontrar al conductor del taxi?

—Lo encontrará en quince minutos. El conductor se parará en la esquina de la calle Nueve y Masonic para llamar por teléfono a la oficina de la Compañía y saber si hay alguna llamada para él. El taxi es el número 86-C. Usted llama primero a la oficina de la empresa de taxis y les dice que se dejó un objeto en uno de sus coches y les pide que le digan dónde está el conductor, tan pronto como él llame. Dele usted un número de teléfono para que la llame. La llamarán en un cuarto de hora y le dirán que el taxi está en la esquina de la calle Nueve y Masonic, y usted le contesta que se encuentra precisamente en aquella barriada y que irá a buscarlo en seguida. Al conductor lo reconocerá por el número de la gorra. Haga como si lo hubiera visto antes y muéstrese un poco afectuosa con él.

—Bien —dijo Mae—. ¿Algo más?

—Sí; es preciso que hable con una voz especial.

—¿Qué clase de voz?

—Hable con voz chillona y además muy de prisa.

—¿Algo así como esto? —preguntó la corista, levantando la voz y hablando con mucha rapidez—. «Usted perdone, pero me parece haberme dejado el pañuelo en este taxi».

—No —dijo Mason—, esa voz es demasiado alta y además no habla lo bastante de prisa. Pruebe a hacerlo un poco más bajo, alargando las palabras un poco más. Usted las corta en seco. Deje vibrar la palabra en los labios un poco más.

Mae Sibley lo observaba atentamente, con la cabeza inclinada, en la actitud de un pájaro que escucha el ruido agradable. Mae cerró los ojos.

—¿Así? —preguntó—. «Usted perdone, pero, ¿no fue en este taxi donde me dejé un pañuelo?»

—Eso ya está un poco mejor —asintió Mason—, pero tiene que aproximarse a la manera como yo lo voy a decir ahora. Óigame: «Usted dispense, pero, ¿no fue en este taxi donde me dejé un pañuelo?»

—Ya entiendo —contestó Mae—. El ardid consiste en hablar de prisa, hasta llegar a la última palabra en cada frase, y luego, alargar la última sílaba.

—Tal vez es como usted supone —respondió Mason—. Ensáyelo otra vez, a ver cómo resulta.

—«Usted perdone —dijo—, pero me parece que me dejé un pañuelo en este taxi».

—Eso es —corroboró Mason—. No está muy perfilado, pero nos sirve para el caso. Ahora hay que empezar a trabajar. No le queda mucho tiempo. Della, usted tiene un abrigo negro, de piel, ¿verdad? Deje que se lo ponga. Bien, ya puede marcharse. Póngase el abrigo y tome un taxi que la deje en el Hotel Breedmont. Desde aquí puede llamar a la oficina de los taxis. El conductor llamará dentro de unos diez minutos, que es el tiempo suficiente para que usted llegue al hotel.

Mason la acompañó hasta la puerta, y dirigiéndose a Della Street le indicó:

—Llame a Paul Drake y dígame que venga en seguida.

Della marcó sobre el disco del teléfono el número de Paul Drake.

Perry Mason se puso a pasear de un lado a otro de su despacho, con rostro impasible y la mirada fija en la distancia.

—Dice que viene en seguida —anunció Della—. ¿De qué se trata, jefe? ¿No me lo puede decir?

Perry Mason movió negativamente la cabeza, sonriendo cariñosamente.

—No, todavía no, Della. Aún no estoy seguro yo mismo de lo que se trata.

—Pero, ¿Qué ha pasado?

—Más de lo que usted cree —contestó el abogado—, y lo raro del caso es que los hechos no encajan como debieran.

—¿Qué le tiene tan interesado?

—Estoy pensando en el aullido del perro y en el motivo de que dejara de aullar. A veces me parece saber por qué aullaba el perro, pero no puedo explicarme porqué cesó de aullar. Este asunto, a veces, me parece una serie de contrasentidos.

—No va usted a esperar que las cosas encajen siempre a medida de su gusto —objetó Della, también interesada—. Acaba usted de salir de un caso serio e inmediatamente se mete usted en otro más serio todavía.

—Ya lo sé —le contestó él—. No es bueno para los nervios, aunque creo que puedo resistirlo. Pero no es eso lo que me preocupa. Lo que me trae inquieto es que los hechos no encajan unos con otros.

—En este momento se oyó a alguien que llamaba a la puerta.

—Debe de ser Paul Drake —dijo Della.

Mason se dirigió a la puerta, la abrió y saludó a Drake, con un ademán.

—Adelante, Paul —dijo—. Quiero que averigües quién era el individuo con quien se fue Thelma Benton: el que conducía el *Chevrolet* 6M9245.

Drake sonrió amablemente.

—No vayas a creerte que eras la única persona dinámica en este asunto. Mis agentes se han ocupado ya en eso y aquí tengo la respuesta. Este sujeto se llama Carl Trask. Es un joven de conducta incierta y con antecedentes policíacos. Ahora está metido en un negocio de juego.

—¿No podrías procurarme más datos acerca de él?

—Dentro de algún tiempo, quizá. Vamos descubriendo cosas nuevas todos los días. Recibimos informes de varias partes del país.

De Santa Bárbara tenemos ya varios, y he averiguado todo lo que cabía averiguar acerca de cuantas personas había en la casa, sin olvidarme del cocinero chino.

—Tienes razón —contestó Perry Mason—. El cocinero es de la mayor importancia. ¿Qué ha sido de él?

—La Inmigración decidió no proceder contra él por violación de las leyes, con tal que se dejara deportar sin protesta. No sé exactamente de lo que se trata, pero creo que Clinton Foley se puso al habla con las autoridades federales, para saber si el chino estaba en el país ilegalmente, y parece que era así. Foley, entonces, lo arregló con la Inmigración, para que el chino fuese deportado inmediatamente y no se le sometiera a ninguna investigación que pudiera detenerlo más tiempo en el país, y además, le dio dinero para que se estableciese con algún negocio en Cantón. El dólar vale incomparablemente más que la moneda china, y con lo que Foley le dio al cocinero es probable que sea luego un hombre rico en su propio país.

—¿Has averiguado algo más acerca del chino? —preguntó Perry Mason.

—He averiguado que había algo extraño en la denuncia que hizo que en la casa se presentase la Inmigración para llevárselo y deportarlo.

—¿Qué clase de denuncia era ésa?

—No lo sé con certeza, pero por lo que he podido averiguar, alguien llamó por teléfono y denunció que Ah Wong estaba en el país sin permiso, que el denunciante no quiso decir quién era, pero que tenía interés en que se investigase el caso.

—¿Era el denunciante chino o blanco? —preguntó Perry Mason.

—Aparentemente, era blanco y un hombre de cultura. Al menos, hablaba como un hombre culto.

—Muy bien —respondió Mason—. Continúa.

—Eso es todo lo que llevo averiguado hasta la fecha —dijo el detective—; pero uno de los empleados de la Inmigración recibió la denuncia anónima y luego habló con Foley por teléfono, y le pareció que el propio Foley fue el denunciante.

—¿Qué razón tendría Foley para hacerlo? —preguntó Mason.

—Yo no sé —replicó el detective—; lo probable es que no sea así. Me limito a decirte lo que el empleado de la Inmigración me

contó.

Perry Mason sacó un paquete de cigarrillos, le dio uno a Della Street y otro a Paul Drake. Encendieron los cigarrillos.

Perry Mason fumó en silencio durante unos segundos.

—Bien —preguntó Drake—, ¿a qué he venido yo aquí?

—Quiero —contestó Mason— que me procures muestras de la letra de Paula Cartright, del ama de llaves de Cartright y de esa otra mujer Thelma Benton. Yo voy a conseguir una muestra de Bessie Forbes.

—¿Para qué todo esto? —preguntó el detective.

—No puedo decirlo todavía —contestó Mason—. Espera aquí un rato, Paul —y Mason comenzó otra vez a pasearse de un lado al otro de la habitación, con muestras de impaciencia.

Los otros dos lo miraban en silencio, para no distraerle de sus pensamientos. Ambos terminaron sus cigarrillos y apagaron las colillas contra el cenicero. Mason seguía paseándose.

Transcurridos unos diez o quince minutos, sonó el teléfono y Della Street contestó, sujetando luego el receptor, con la mirada puesta en Perry Mason.

—Es miss Sibley —anunció Della—. Me dice que hizo todo lo que usted le encargó y que ha salido todo a las mil maravillas.

—¿Ha recuperado el pañuelo? —inquirió Mason.

Della Street hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Perry Mason no pudo disimular su excitación.

—Dígale que tome un taxi y que venga aquí inmediatamente —ordenó—, que traiga el pañuelo y que le dé una buena propina al conductor del taxi, para que corra lo más posible. Pero dígame que no vaya a tomar el mismo taxi a cuadros; que tome otro.

—¿De qué se trata? —preguntó con interés, Drake.

Perry Mason acogió la pregunta con una risa de satisfacción.

—Espera unos minutos y ya verás —contestó—. Estoy a punto de levantar la tapadera y descubrir el misterio.

Paul Drake se reclinó con toda comodidad y colocó las piernas sobre el brazo de su sillón de cuero, se puso un puro en la boca y rascó una cerilla en la suela del zapato.

—Si de eso se trata, yo tengo tantas aguantaderas como otro cualquiera, aunque sospecho que los abogados no duermen nunca.

—Todo es cuestión de acostumbrarse —dijo Mason, mientras

proseguía su paseo por el despacho. Una o dos veces soltó una risita, pero la mayor parte del tiempo se paseó en silencio.

En una de esas risas, Paul Drake le hizo la pregunta:

—¿No vas a dejar que me ría yo también, Perry?

—Estaba pensando en la deliciosa sorpresa que le espera al sargento Holcomb.

—¿A qué viene eso? —preguntó Drake.

—Eso viene a cuento de la información que le voy a dar —contestó Mason, sin suspender su incesante paseo.

—En la puerta se oyó el ruido de alguien que llamaba.

—Vaya a ver quién es, Della —dijo Mason.

Della Street fue hacia la puerta, la abrió y dejó pasar a Mae Sibley.

—¿Ha tenido usted alguna dificultad? —preguntó Perry Mason.

—Ninguna. Todo ha salido a pedir de boca —contestó Mae—. Le dije al conductor lo que usted me había dicho, y dio por descontado que yo era la mujer que perdió el pañuelo. Me miró con detenimiento y me hizo unas cuantas preguntas. Luego sacó el pañuelo del bolsillo y me lo dio. Sin embargo, tomó la precaución de oler el pañuelo y oler mi perfume, para cerciorarse de que eran lo mismo.

—¡Magnífico! —exclamó Mason—. ¿Y usted le dio el nombre de Agnes Brownlie?

—Sí, señor, y la dirección en el Hotel Breedmont, tal como usted me indicó.

—Muy bien —dijo Perry Mason—. Ahora le daré ciento cincuenta dólares, y el resto se lo daré más tarde. Se entiende que sobre esta cuestión a guardar usted absoluto silencio.

—Ni que decir tiene.

Perry Mason contó el dinero.

—¿Quiere usted recibo? —preguntó la corista.

—No hace falta —contestó el abogado.

—¿Cuándo me dará usted los otros ciento cincuenta?

—Cuando se haya acabado el trabajo.

—¿Qué más tengo que hacer?

—Probablemente, nada más. Tal vez tenga que declarar como testigo en la audiencia.

—¿Declarar como testigo? ¿Sobre qué?

—Sobre lo que ha ocurrido.

—¿Sin decir ninguna mentira?

—Absolutamente ninguna.

—¿Cuándo lo sabrá usted? —preguntó ella.

—Probablemente, en un par de semanas. Usted tendrá que llamar de cuando en cuando. Eso es todo. Y ahora, lo mejor será que se vaya, pues no quiero que la vea nadie por cerca de este despacho.

Mae le tendió la mano al abogado.

—Muchas gracias, señor Mason —contestó—. Se agradece de veras.

—Y usted no sabe cuánto le agradezco lo que ha hecho —dijo Mason.

Era evidente que en la conciencia del abogado se había experimentado una sensación de alivio. Al cerrarse la puerta del despacho y desaparecer Mae Sibley, Mason se dirigió a Della Street.

—Llame a la Jefatura de Policía y diga que quiero hablar con el sargento Holcomb.

—¿No le parece que es ya demasiado tarde? —le recordó Della.

—No. El sargento está de guardia toda la noche.

Della puso la comunicación y miró al abogado con curiosidad.

Perry Mason cogió el receptor, mientras una sonrisa le curvaba los labios.

—Óigame, sargento —dijo—; tengo una información que comunicarle. No se la puedo dar toda, pero le daré una parte... Sí, hay de por medio ciertos secretos profesionales que no puedo revelar, pues me lo impiden mis deberes de abogado. Un abogado no traiciona nunca la confianza de su cliente, pero no ofrece tampoco su complicidad en ningún delito. Su deber le impide igualmente el ocultar nada que pueda contribuir al esclarecimiento de un crimen, aunque si se reserva todo lo que el cliente le confía, siempre que sirva para preparar la defensa o en relación con el consejo que pueda dar en cualquier momento a su defendido.

Mason dejó de hablar por un minuto, y frunció el entrecejo mientras en el teléfono se percibían extrañas voces. Luego añadió en tono conciliatorio:

—Todo eso está bien, sargento. No se altere, pues no estoy disertando sobre una cuestión legal, y sólo se lo advierto para que

comprenda lo que voy a decirle. Ocurre que acabo de descubrir que un taxi de los de a cuadros con el número 86-C, llevó a una mujer a la casa de Clinton Foley a las siete y veinticinco. La mujer permaneció en la casa por espacio de unos quince o veinte minutos. Esa mujer se dejó un pañuelo en el taxi. Ese pañuelo me parece que es un elemento de prueba de la mayor importancia. Ese pañuelo lo tengo yo. No puedo decirle cómo llegó a mis manos, pero de todas maneras, lo tengo aquí y lo voy a enviar a la Jefatura de Policía... Muy bien, usted puede mandarlo a buscar, si le parece mejor. Yo no estaré aquí, pero mi secretaria sí; se lo entregará... Seguramente el conductor del taxi podrá identificarlo. Lo importante es que la mujer que iba en el taxi a aquella hora perdió o dejó el pañuelo en el taxi. El conductor lo recogió y luego vino a parar a mis manos. No puedo decirle cómo... Me importa un bledo lo que usted piense de mí, pero toda información que yo haya recibido de un cliente es sagrada para mí y no habrá forma humana de que usted me la arranque.

Mason colgó violentamente el teléfono y tiró el pañuelo a Della Street.

—Cuando venga un policía —dijo—, le entrega esto, y no le dé nada más, como no sea una dulce sonrisa. Lo que sepa, se lo guarda.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la secretaria.

Perry Mason la miró con fijeza.

—Si es que insiste en saberlo —aclaró—, Clinton Foley fue asesinado entre las siete y media y las ocho de esta noche.

Paul Drake apretó los labios y dejó escapar un leve silbido.

—De una parte me sorprendes, pero de otra no. Cuando oí hablar de esas sirenas, llegué a calcular que eso era lo que podía haber sucedido, pero cuando vi lo que hacías nunca pude creer que te expusieras tanto en un caso de asesinato.

Los ojos de Della Street se volvieron, no hacia Perry Mason, sino hacia Drake.

—¿Es tan malo como todo esto? —preguntó.

El detective iba a decir algo, pero se contuvo y permaneció silencioso. Della Street avanzó hasta colocarse al lado de Perry Mason, y mirándolo fijamente, le preguntó:

—¿Hay algo que yo pueda hacer, jefe?

La mirada de Perry se dulcificó, al cruzarse con la de Della.

—Éste es un asunto que no admite colaboración; lo tengo que resolver por mí mismo —dijo.

—¿Va usted a decirle a la policía —preguntó Della— lo de aquel individuo que le preguntó si su testamento sería válido si lo condenaban a muerte por asesinato?

Perry Mason la miró con más ternura.

—Nosotros no vamos a contarle a la policía más de lo que ya le hemos contado.

Paul Drake dejó escuchar su voz, con una vehemencia mayor de la acostumbrada.

—Perry —dijo—, en este asunto has corrido ya demasiados riesgos. Si la persona que ha asesinado a Clinton Foley te consultó de antemano, tu deber es ir a la policía.

—Cuanto menos se sepa de este asunto, tanto menos riesgos se corre —observó Mason—, tenedlo, pues, en cuenta... vosotros no sabéis nada.

El detective se expresó en tono lúgubre:

—Lo malo es que ya sé más de la cuenta.

Mason se volvió hacia Della Street.

—No creo que le pregunten nada —dijo pausadamente—, si les dice solamente que yo dejé este pañuelo para entregárselo a ellos y que esto es todo lo que sabe.

—No se inquiete por mí, jefe. Yo ya sé cómo defenderme, pero la situación de usted es diferente.

—Me voy ahora mismo —aseguró Mason.

Se dirigió hacia la puerta, se detuvo por un instante con la mano en el tirador y dirigió una mirada a Della y a Paul Drake.

—Las cosas que yo he hecho van a salir todas bien a última hora y a producir, de paso, una enorme sensación. Yo no tengo más remedio que correr un albur de cuando en cuando; pero no quiero que ninguno de ustedes haga lo mismo. Yo sé hasta dónde puedo llegar, pero ustedes no lo saben. Por lo tanto, se limitan a seguir mis instrucciones y nada más.

La voz de Della Street temblaba de inquietud.

—¿Está usted seguro de que sabe hasta dónde puede llegar, jefe?

—Eso es lo que él se cree —dijo Drake.

Perry Mason abrió la puerta de un tirón.

—¿Dónde vas ahora, si se puede saber, Perry? —preguntó el

detective.

La sonrisa de Mason se mantuvo serena en sus labios.

—Eso es mejor que no lo sepas, por ahora.

Capítulo 14

Al salir de su despacho, Perry Mason tomó un taxi.

—Lléveme al Hotel Broadway, en la calle Cuarenta y Dos —dijo —, y vaya de prisa.

Mason se arrellanó en los almohadones del taxi, mientras éste recorría las calles, que en aquella hora estaban casi desiertas. Cuando el coche se detuvo ante el hotel, Mason tiró un billete al conductor y atravesó el vestíbulo del hotel hacia los ascensores, como hombre que lleva negocios de importancia. Subió al entresuelo y por teléfono llamó al despacho de recepción y preguntó:

—¿Me haría el favor de darme el número de la habitación de la señora Bessie Forbes?

—Ochocientos noventa y seis —dijo el empleado.

—Gracias —contestó Mason. Colocó el teléfono y volvió a tomar el ascensor, que le condujo al piso octavo. Dirigióse al cuarto marcado con el número 896 y llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó la atemorizada voz de Bessie Forbes.

—Mason —contestó el abogado—. Abra la puerta.

Oyóse un pestillo que se corría, y la puerta se abrió. Bessie Forbes, vestida con un traje de calle, lo miró con ojos asustados.

Mason entró en el cuarto y cerró la puerta.

—Conforme —dijo—. Soy su abogado. Dígame ahora exactamente lo que ha ocurrido esta noche.

—No sé a lo que se refiere usted —adujo ella.

—Me refiero a la visita que hizo a su marido.

La mujer tembló, miró entorno e indicó a Perry Mason un asiento en el sofá. Ella se sentó a su lado mientras retorció un pañuelo entre las manos. Su persona exhalaba un olor a perfume barato.

—¿Cómo sabe usted que yo he estado allí? —preguntó.

—Lo he adivinado —contestó Mason—. Calculé que aparecería usted de un momento a otro. No podía imaginarme que ninguna otra mujer de su parecido hiciera una visita de esa clase a Clinton Foley, y además, la descripción que de la dama me dio el conductor del taxi acabó de convencerme.

—Sí, es verdad; estuve allí —dijo pausadamente Bessie Forbes.

—Ya lo sé que estuvo allí. Ahora necesito que me diga lo que ocurrió.

—Cuando llegué a la casa, la puerta estaba cerrada con llave. Yo llevaba una ganzúa. Abrí la puerta y entré en la casa. Quería ver a Clint, sin darle tiempo a prepararse para mi visita.

—De acuerdo —asintió Mason—. ¿Qué pasó luego? Usted entró en la casa y, ¿qué pasó entonces?

—¡Entré —respondió la mujer—, y lo encontré muerto!

—¿Y el perro? —preguntó Mason.

—El perro estaba muerto también.

—¿No tiene usted manera alguna de probar que no cometió el crimen?

—Clinton y el perro estaban los dos muertos cuando yo llegué a la casa —dijo la mujer.

—¿Hacía mucho que habían muerto?

—No lo sé; yo no los toqué.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Me sentí tan débil, que me senté en una silla. Al principio, no se me ocurrió nada, sino salir huyendo. De pronto me acudió al pensamiento que en aquellas circunstancias tenía que proceder con toda la precaución, pues probablemente me acusarían de haber sido yo la causante de la muerte.

—¿Estaba la pistola en el suelo? —preguntó Mason.

—Sí, la pistola estaba en el suelo.

—¿Y la pistola no era de usted?

—No.

—¿Ni había visto usted aquella arma jamás?

—Le juro que no tuve nada que ver con el crimen. ¿No me cree usted? Yo no le mentaría. Lo que le digo es la verdad pura.

—De acuerdo; no hablemos más de eso. Yo la oigo como si me dijera la verdad. Y luego, ¿qué hizo usted?

—Me acordé de que el conductor del taxi había ido a llamar por teléfono a Arturo Cartright. Pensé que Arturo vendría y que sabría lo que debía hacerse.

—¿No se le ocurrió pensar que tal vez Arturo Cartright podría ser el autor del crimen?

—Naturalmente, me pasó por la cabeza, pero estaba segura también que no vendría si hubiese sido él.

—Pudo haber sido y echarle la culpa a usted.

—No. Arturo no haría eso.

—Bien. Usted se sentó y esperó a Cartright, y luego, ¿qué pasó?

—Al cabo de un rato oí el taxi que volvía. No sabía cuánto rato había pasado, pues perdí toda noción del tiempo. Estaba horriblemente nerviosa.

—Bien. ¿Dónde fue usted en el taxi?

—Fui hasta cerca del hotel. Allí me apeé, sin sospechar que alguien sería capaz de descubrirme. No sé cómo ha podido usted averiguarlo.

—¿Sabe usted que se dejó un pañuelo en el taxi? —preguntó Mason.

Ella lo miró con ojos cada vez más aterrados.

—¡No es posible! —exclamó ella.

—Se lo dejó usted —aseguró Mason.

—¿Dónde está el pañuelo?

—La policía lo tiene.

—¿Cómo lo han conseguido?

—Yo se lo he dado.

—¿Usted...?

—Sí, yo lo he entregado —afirmó Mason—. El pañuelo vino a parar a mí y no tenía más remedio que entregarlo a la policía.

—¡Yo creía que usted era mi abogado!

—Y lo soy.

—Pues, no lo parece. Ese pañuelo me compromete más que nada. Por ese pañuelo van a descubrir que yo estuve en la casa.

—Tiene usted razón. Van a dar con usted, de todas formas, y la van a someter a un feroz interrogatorio, y cuando le pregunten, no va a poder negar lo que es verdad. Está usted metida en un lío grande, y hay que mantener la seguridad.

—Pero eso va a desatar la antipatía y el prejuicio de todo el

mundo contra mí.

—A eso precisamente iba. Mi deber era entregar aquel pañuelo. La policía me tiene vigilado y sólo esperan la ocasión de poderme acusar de encubridor, pero no van a tener ese gusto. Pero usted deberá usar su inteligencia para salir de este atolladero.

»Va usted a hacer lo siguiente: La policía vendrá aquí y le hará toda clase de preguntas. A todas ellas contesta usted que no puede replicar sin que su abogado esté presente. Dígales que su abogado le ha aconsejado no decir nada. No conteste a ninguna pregunta que le hagan. ¿Comprende usted?

—Eso es lo que usted me dijo antes.

—¿Cree que puede hacerlo?

—Creo que sí.

—No tiene usted más remedio —respondió él—. En este asunto hay una porción de cabos sueltos que yo quiero atar antes. Yo no quiero que usted diga nada hasta que yo me entere mejor de lo ocurrido.

—Pero esto va a crear un prejuicio contra mí en la opinión y en los periódicos. Todo el mundo dirá que soy yo quien no quiere hablar.

Perry Mason sonrió.

—Ahora —dijo— es cuando comenzamos a entrar en materia. Por esto precisamente vine a verla. No diga nada a la policía. A los periodistas dígales sólo que usted quería hablar, pero que yo no la dejo. Explíqueles que yo le he prohibido que dijese una palabra. Dígales que usted tiene grandes deseos de explicarlo todo y que quería llamarme por teléfono para pedirme permiso para que la dejara hablar. Entonces le darán un teléfono para que hable conmigo. Usted me pide por todos los santos que yo le permita hablar. Dígame entonces que querría por lo menos explicar lo que estaba haciendo aquí, lo que ocurrió en Santa Bárbara y cuáles son sus proyectos. Pídamelo en todos los tonos de su voz y con lágrimas en los ojos. Haga usted lo que quiera, pero yo le contestaré que en cuanto le salga una palabra de la boca, yo dejaré de ser su abogado. ¿Comprende la idea?

—Pero ¿usted cree que de este modo saldremos adelante? —preguntó Bessie.

—Seguramente —respondió Mason—. Los periódicos tienen que

publicar alguna historia o reportaje. Si no pueden conseguirlo publicarán cualquier otra cosa, y no teniendo nada más, se contentarán con publicar a toda plana que usted quiere contarle todo, pero que yo no la dejo.

—¿Y qué me dice usted de la policía? ¿Cree usted que me dejarán en libertad?

—Eso no lo sé.

—¡Cielos! ¿Cree usted que me van a meter en la cárcel? Eso no lo podría resistir. Tal vez pudiera transigir con que me interrogaran en esta habitación, pero si me llevan a la cárcel o a la Jefatura, y me empiezan a hacer preguntas, me vuelvo loca. Yo no aguanto una cosa así, ni mucho menos un juicio. ¿Usted cree que me procesarán y me formarán causa?

—Óigame ahora —advirtió Mason poniéndose en pie y mirándola fijamente—. A mí no tiene por qué hablarme así. Todo eso no conduce a nada. Usted está en un lío y lo sabe. Usted fue a la casa de su marido, donde entró con una ganzúa. Allí lo encontró muerto en el suelo. Junto a él había una pistola. Usted no comunicó lo ocurrido a la policía, se fue a un hotel y se inscribió con nombre supuesto. Si después de todo eso cree que no la van a detener y llevarla a la Jefatura de Policía, es que está usted loca de remate.

Bessie Forbes rompió a llorar.

—Las lágrimas no la van a sacar del apuro —dijo Mason con brutal franqueza—. Lo único que la puede salvar es su inteligencia y su serenidad, siguiendo las instrucciones que yo le he dado. Nunca confiese que estuvo en el Breedmont Hotel o que se inscribió en ningún hotel con nombre cambiado. Todo lo que tiene que confesar es que me ha nombrado su defensor y que no contestará a ninguna pregunta, ni hará ninguna manifestación, a no ser que yo me halle presente y le aconseje que la haga. La única excepción a esta regla es el quejarse continuamente ante los periodistas de que usted quiere hablar, pero que yo no la dejo. ¿Estamos de acuerdo?

La mujer asintió con un movimiento de cabeza.

—Muy bien —dijo Mason—. Este punto queda resuelto. Ahora, a otra cosa...

En aquel momento sonó una llamada en la puerta.

—¿Quién sabe que está usted aquí? —preguntó el abogado.

—Nadie, excepto usted.

Mason le hizo una seña de que permaneciera en silencio. Él se quedó mirando a la puerta en actitud meditativa y expectante.

La llamada se repitió; esta vez era más intensa y perentoria.

—Me temo —insinuó Mason— que va a tener usted que calmarse. No se olvide que todo cuanto le hagan depende enteramente de usted. Si no pierde la serenidad, es probable que yo pueda ayudarla.

Mason fue a la puerta, dio vuelta a la llave y abrió. Allí estaba el sargento Holcomb con dos policías, mirando a Mason lleno de asombro.

—¿Usted también? —preguntó el sargento—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Yo —respondió Perry Mason— estoy tratando de ciertos asuntos con mi cliente, la señora de Forbes, viuda de Clinton Foley. ¿No era eso lo que usted preguntaba?

El sargento Holcomb penetró en la habitación.

—Eso era lo que quería saber —dijo el policía—, y ahora sé también dónde encontró el pañuelo. Señora Forbes, queda usted detenida por el asesinato de Clinton Forbes, y le aviso desde ahora que todo cuanto diga podrá usarse en contra de usted.

Perry Mason miró con ojos hostiles a los policías.

—Eso está muy bien —dijo—, porque de todas maneras no va a decir una palabra.

Capítulo 15

Perry Mason entró en su despacho, recién afeitado, con la mirada despejada y paso gimnástico. Allí estaba Della Street absorta en la lectura de los periódicos de la mañana.

—¡Hola, Della! —exclamó Mason—. ¿Qué dicen los periódicos? Della lo miró con un gesto enigmático en el semblante.

—¿Va usted a permitir eso?

—¿Permitir qué?

—Que detengan a la señora Forbes.

—¿Y qué quiere usted que haga? Además, ya la han detenido.

—Usted sabe bien a lo que me refiero. Usted no va a permitir que acusen a esa mujer de asesinato y que la tengan en la cárcel mientras dura la causa.

—No puedo impedirlo.

—Sí que puede impedirlo, y usted sabe bien que puede hacerlo.

—¿Cómo?

—Usted lo sabe mejor que yo —dijo Della, poniéndose en pie y dejando el periódico en la mesa—. A usted le consta que Arturo Cartright fue quien mató a Clinton Foley, o Clinton Forbes, si es que prefiere llamarle así.

—¿Y cómo lo sabe usted? —dijo Perry Mason, sonriente.

—Estoy tan segura de ello, que ni siquiera merece la pena de hablar.

—Entonces, lo mejor será que suspendamos la conversación —respondió Mason.

Della movió la cabeza.

—En ese caso no se puede guardar silencio —dijo—. Yo tengo en usted toda la confianza del mundo, porque sé que es justo y razonable. Podrá algunas veces tomarse las cosas a broma, pero de ningún modo logrará convencerme de que se puede permitir que

esta mujer se pudra en la cárcel sólo para que Arturo Cartright pueda así escapar a la persecución de la policía. ¿Por qué, pues, no decir la verdad ahora y volver la libertad a esa pobre señora? Cartright ha tenido tiempo ya de huir y ocultarse. Después de todo, usted está procediendo como si fuera un encubridor.

—¿De qué manera?

—Al no transmitir a la policía la información que posee sobre Cartright, ya que usted sabe perfectamente que Cartright tenía el propósito de asesinar a Foley.

—Eso no quiere decir nada —dijo pausadamente Perry Mason—. Tal vez tenía la intención de matar a Foley, pero eso no quiere decir que lo haya matado. No sería justo el acusar a nadie de un crimen sin tener las pruebas a mano.

—¡Pruebas! —exclamó Della—. ¿Qué más pruebas quiere usted? Cartright vino aquí y le dijo sin rodeos que pensaba matar a Foley. Luego le escribió a usted una carta, diciéndole que está dispuesto a poner en ejecución sus planes. Finalmente el hombre desaparece del mapa y la persona de quien quería vengarse aparece muerta en su casa.

—¿No le parece, Della, que ha puesto, como se dice corrientemente, la carreta delante de los bueyes? —preguntó Mason—. Lo que quiere decir es que Cartright cometió el crimen y luego desapareció. ¿No es así? De otro modo, parecería extraño que él hubiese desaparecido primero y que el hombre de quien quería vengarse hubiera sido asesinado después de desaparecer él, y no antes de su desaparición.

—Eso está muy bien para decírselo al Jurado —dijo Della—, pero a mí no me convence usted. La circunstancia de que Cartright hizo testamento y le envió el dinero es prueba concluyente de que el hombre estaba dispuesto a todo. Cartright había estado vigilando al hombre que le arrebató su mujer y le destruyó la felicidad del hogar, esperando la ocasión de que la mujer de la casa notara su presencia. Esa oportunidad se presentó y se llevó a su esposa y la ocultó. Luego regresó, cometió el crimen y se volvió a marchar.

—Usted parece olvidarse —replicó el abogado— que todo eso constituye un secreto profesional, refiriéndose, desde luego, a las distintas confidencias que Cartright me hizo.

—En eso tiene usted razón —asintió Della—, pero, de todos

modos, no se va usted a quedar quieto y permitir que se acuse de haber cometido un crimen a una inocente mujer.

—Yo no tengo la culpa de que la acusen del crimen.

—Sí, señor; usted la tiene —replicó Della—. Usted la ha aconsejado que no diga una palabra, y aunque ella quiere hablar, no se atreve a hacerlo porque usted le ha advertido que no diga nada. Usted es su abogado, y a pesar de ello permite que esa mujer esté en la cárcel, sólo para que el otro cliente logre escapar.

Perry Mason lanzó un suspiro y meneó la cabeza.

—Vamos a hablar del tiempo —dijo—. Es un tema más agradable.

Della se acercó a Mason con los ojos flameantes de indignación.

—Perry Mason —le dijo—, para mí es usted algo sagrado. Tiene usted más inteligencia y más habilidad que nadie, pero lo que está haciendo ahora es una injusticia sin atenuantes, pues compromete la libertad de una mujer inocente, nada más que para dar tiempo a que Cartright se escape. La policía lo cogerá, de todas maneras, más pronto o más tarde, pero usted cree que haciendo que la policía siga por algún tiempo un rastro equivocado, tendrá ocasión de arreglarlo todo y salvar a Cartright.

—¿Qué le parecería, Della, si le dijese que están todos ustedes en la higuera?

—Me tendría sin cuidado porque tengo la seguridad de que yo no estoy donde usted dice.

Mason permaneció de pie, mirando fijamente a Della con ojos en que se percibía el rescaldo de la protesta.

—Della, la policía pudo haber acusado a Cartright con los antecedentes que nosotros poseemos, pero no vaya usted a creer que no pueden igualmente acusar a Bessie Forbes con los antecedentes que ellos poseen.

—Pero usted habla sólo de antecedentes cuando en verdad Arturo Cartright es culpable y Bessie Forbes es inocente.

Mason meneó la cabeza con paciente tenacidad.

—Óigame, Della —dijo—, usted está sacando, como vulgarmente se dice, los pies fuera de la sábana. No se olvide de que yo soy el abogado, no el juez, ni tampoco el jurado. Mi única misión es representar al acusado en el momento del juicio y que la prueba en favor del detenido se presenta ante el jurado con la luz de la

persuasión. Ésta es mi misión. Al fiscal le corresponde que los derechos de la acusación estén salvaguardados y que los hechos se presenten en forma adecuada y, por fin, el deber del jurado es emitir el veredicto. Yo aquí no soy más que el defensor, y tengo el deber de que los intereses de mi cliente estén propiamente defendidos, sacando el mejor partido posible de la situación. Éste es mi deber. Si ahora examina usted nuestro sistema legal de defensa se dará cuenta de que ningún abogado podría proceder de otro modo. Muchas son las veces en que el defensor se pasa de listo y atrae sobre sí la censura o la condenación de las gentes, que no se percatan de que el fiscal es también un abogado astuto, y que si el defensor ha de contrarrestar la actuación del fiscal es preciso que sea tan astuto y tan audaz como su contrincante. Ésta es la teoría sobre la que descansan los derechos constitucionales del pueblo.

—En todo eso tiene usted razón —dijo Della— y sé perfectamente que muchas veces el ciudadano no se da cuenta de la verdadera situación y no comprende los deberes de la defensa o la razón de su proceder en ciertos casos; pero de todos modos no creo que me haya resuelto usted la duda.

Perry Mason extendió la mano derecha, la cerró, la volvió a abrir y la cerró por fin. Luego, otra vez abierta, la mostró a su secretaria.

—Della —dijo—, en esta mano que usted ve tengo el arma que ha de cercenar las cadenas de las manos de Bessie Forbes y devolverle la libertad, pero he de mirar mucho cómo empleo esa arma. El golpe he de darlo en el momento preciso, pues de otro modo todo lo que conseguiré será errar el golpe y dejar las cosas todavía peor de lo que estaban.

Della Street miró a Perry Mason con ojos de admiración.

—Así me gusta oírle hablar —cedió—, y siento que el corazón me brinca de gozo cada vez que se expresa en ese tono.

—Muy bien. No diga nada a nadie. No tenía el propósito de decírselo a nadie, pero ahora ya lo sabe.

—¿Y me promete usted emplear esa arma que usted dice? —preguntó Della.

—Ni qué decir tiene —contestó él—. Soy el abogado de Bessie Forbes, y no pararé hasta que se le haga justicia.

—Entonces —insistió ella—, ¿por qué no asestar el golpe ahora?

Mason meneó la cabeza resignadamente.

—No en este caso, Della. Las bases de la acusación contra esa mujer son más fuertes de lo que uno se piensa. Quiero decir que un fiscal astuto podría crearle una situación difícilísima. Tengo así que reservarme hasta que conozca toda la fuerza de la acusación, pues el golpe sólo lo puedo dar una vez y con resolución dramática, de manera que resulte efectivo. Lo primero que me interesa es atraer la simpatía del público hacia Bessie Forbes.

»¿Se da usted cuenta de lo que significa el crear simpatía en la opinión cuando se trata de una mujer acusada de asesinato? Si uno no entra con pie derecho, los periódicos y los cronistas le cargan en seguida el sambenito de la fiereza y la hacen aparecer como una pantera. Los periódicos llenan columnas y columnas todos los días hablando de la gracia felina de sus movimientos y de la ferocidad que acecha bajo un exterior apacible.

»En este momento estoy tratando de conquistar esa simpatía del público. Quiero que éste se entere de que hay una mujer de cultura y refinamiento en la cárcel, acusada de asesinato, que quiere establecer su inocencia, pero que no lo puede hacer porque su abogado no se lo permite.

—No cabe duda que eso habrá de crear ambiente en su favor —indicó Della Street—, pero al mismo tiempo, en contra de usted. La gente creerá que éste es un golpe efectista para ganarse la galería y con el fin de cobrar grandes honorarios.

—Esto es precisamente lo que yo quiero que el público piense —dijo Mason.

—Pero va a perjudicar su reputación.

Mason no pudo contener la risa.

—Della —notó—, hace un momento me estaba usted poniendo verde porque no hacía por esa mujer todo lo que podía hacer. Ahora se vuelve la tortilla y me zahiere usted porque hago demasiado.

—No, no es eso —protestó la secretaria—. Eso lo puede hacer de manera que no sufra su reputación, aunque se beneficie ella.

Perry Mason se dirigió sin demora a su despacho particular.

—Ojalá no tuviera que hacerlo —dijo—, pero no veo otra salida. Llame a Paul Drake y dígame que venga aquí, que quiero verle.

Della Street asintió con un gesto, pero no tocó el teléfono hasta que Perry Mason hubo cerrado la puerta de su despacho.

Perry Mason tiró el sombrero sobre el estante de libros y empezó a pasearse por la habitación.

Della Street abrió la puerta para anunciarle que Paul Drake había llegado.

—Que pase en seguida —indicó Perry.

Drake miró a Mason con aquellos ojos inocentes y socarrones.

—¡Hola, Perry! ¿Es que tú no te acuestas nunca?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Anoche te vi, o mejor dicho, mis agentes te vieron.

—Sí. He dormido un par de horas. He tomado un baño turco y me he afeitado. Esto es todo lo que necesito en estos momentos.

—Ahora —dijo Drake, acomodándose en el sillón de cuero y colocando las piernas sobre el brazo del mismo— dame un cigarrillo y cuéntame lo que haya de nuevo.

Mason le entregó un paquete de cigarrillos y encendió una cerilla.

—A ti hay que dártelo todo hecho, Paul —dijo.

—Lo mismo que a ti —replicó Drake—. Has puesto todas las agencias de detectives en el país, que no saben ya dónde tiene la cabeza. He recibido más telegramas con falsa información y con pistas inútiles de los que eres capaz de imaginarte.

—¿Has encontrado alguna pista de Arturo o Paula Cartright? —preguntó.

—Ni la más mínima. Parece que se han disipado. Y lo que es más: hemos visitado las oficinas de taxis de la ciudad, hemos hablado con todos los conductores y no hemos encontrado uno que hiciera el viaje a 4889 Milpas Drive la mañana en que la señora Cartright salió de la casa de Foley.

—¿No sabe qué clase de taxi era?

—No. Thelma Benton dice que era un taxi, y que estaba segura de ello, pero no podemos encontrar el taxi.

—Tal vez el conductor oculta la verdad.

—Es posible, pero no probable.

Mason se sentó en su escritorio y empezó a tabalear sobre él.

—Paul —espetó—, me parece que puedo ganar el caso contra Bessie Forbes.

—¿Quién lo duda? —contestó Drake—. Todo lo que tienes que hacer es dejar que la mujer hable. ¿A qué viene eso de no permitir

que diga una palabra? Ése es un ardid al que sólo recurren los que son culpables o los criminales empedernidos.

—Antes de permitirle que hable quiero estar seguro de que vosotros no podríais encontrar a Cartright.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? ¿Es que crees que Cartright es culpable y quieres que la atención de la policía se concentre en Bessie Forbes hasta que sepas que Cartright se ha puesto a cubierto?

Perry Mason no contestó a la pregunta y siguió sentado silenciosamente. Transcurridos unos momentos, comenzó a golpear con el puño el escritorio.

—Paul —dijo—, este caso lo gano yo en un periquete, pero para ganarlo tengo que dar el golpe en el momento psicológico. Tengo primero que crear interés en el público, atmósfera dramática, y luego dar el golpe con tal rapidez que él no se haya aún repuesto de la impresión, cuando el jurado haya dictado el veredicto. Será una cosa notable.

—¿Es que esa mujer va a ir al juicio?

—Esa mujer —recalcó Perry Mason— tiene que ir al juicio.

—Pero el fiscal no quiere acusarla, pues no sabe aún si realmente existen motivos para la acusación y prefiere esperar a que ella explique el caso.

Perry Mason habló con voz pausada, pero enfática.

—Esa mujer —insistió— tiene que ir al juicio, y desde luego saldrá absuelta, pero no va a ser tarea fácil.

—Me pareció haber oído que podías ganar el caso en un periquete.

—Y es verdad, siempre que pueda dar el golpe en el momento preciso y en la forma precisa, pero es indispensable que el golpe sea efectista y espectacular.

—¿Por qué no tratas de que la pongan en libertad después del atestado?

—No. Voy a transigir con que salga bajo fianza y a pedir que el juicio se celebre inmediatamente.

Paul Drake echó una bocanada de humo y contempló interesado a su compañero.

—¿Y qué arma es esa que te guardas y que esperas esgrimir tan dramáticamente? —preguntóle.

—Probablemente no tendrías mucha fe en ella si te dijera cuál es —contestó Mason.

—¿Por qué no lo ensayas?

—Voy a hacerlo —cedió Mason— porque no tengo más remedio. Esa arma de que hablo es el perro aullador.

Paul Drake se quitó el cigarrillo de los labios, en un gesto de súbita sorpresa, y miró a Mason con ojos que habían perdido aquel guiño socarrón.

—¡Por todos los santos! —exclamó—. ¿Quién se acuerda ya del bendito perro? ¡Pero, hombre, si desapareció del cuadro hace ya un siglo! El perro está muerto, y, además, resultó que no aullaba.

Perry Mason insistió:

—Voy a probar que sí, que el perro realmente aullaba.

—Pero ¿después de todo, qué más da si aullaba o no aullaba?

—Más de lo que crees.

—Se trata de una necia superstición que a nadie le hubiera interesado, excepto una persona de mentalidad anémica como Cartright.

—Pero yo tengo que establecer que el perro sí aullaba —insistió Perry Mason con tenacidad—. Y voy a probarlo por todos los medios. Y la única declaración que me inspira confianza es la de Ah Wong, el cocinero chino.

—Pero Wong dijo que el perro no había aullado.

—Wong dirá ahora la verdad —indicó Perry Mason—. ¿Sabes si lo han deportado ya?

—Hoy creo que se lo llevan.

—Muy bien. Voy a pedir que no se le deporte, por necesitarlo como testigo. Luego quiero que me busques un intérprete chino que sea listo, y quiero que le hagas comprender al intérprete la necesidad de que le haga decir a Ah Wong que el perro aullaba.

—¿Quieres decir que Ah Wong tiene que decir que el perro aullaba, aunque no sea verdad?

—No. Sólo quiero —notó Mason— que Ah Wong diga la verdad. El perro aulló. Esto hay que establecerlo. No quiero que nadie crea que trato de que Wong no diga la verdad. Si el perro no aulló, santo y bueno que diga que no aulló. Pero estoy convencido de que aulló, y quiero probarlo.

—Bien —dijo Drake—. Yo me encargaré de eso, pues conozco

dos o tres inspectores de Inmigración.

—Otra cosa —continuó Mason—. Sería una buena idea decirle a Ah Wong que fue Clinton Foley o Forbes quien lo denunció para que lo deportaran. Es de la mayor importancia que el oriental sepa esto y se entere bien de lo que significa.

—Ya entiendo. No tengo la menor idea de lo que te propones, pero eso no importa. Haré tu encargo. ¿Qué más quieres?

—Quiero averiguar todo lo más posible acerca del perro. Quiero saber cuánto tiempo hacía que Forbes tenía ese perro y todo lo concerniente al animal, todos sus antecedentes, hasta saber si aulló alguna vez por la noche.

»Cuando Clinton Foley tomó aquella casa en 4889 Milpas Drive tenía ya ese perro. Averigua cuánto tiempo hacía ya entonces que lo poseía, dónde lo compró y la edad del animal. Averigua todo eso y más y, sobre todo, lo de los aullidos.

—Ya tengo parte de esos informes —dijo el detective—. Forbes hacía ya años que tenía el perro, y se lo llevó con él cuando se marchó de Santa Bárbara. Fue lo único que no se resignó a abandonar. Al perro le tenía cariño, como también se lo tenía su mujer.

—Muy bien. Quiero pruebas de todo eso que dices. Busca testigos que confirmen eso: testigos que hayan conocido al perro desde que era cachorro. Ve a Santa Bárbara si es necesario y pregunta a los vecinos si alguna vez oyeron aullar al perro. Algunos de esos vecinos nos harán falta como testigos. No pares en gastos por ningún concepto.

—¡Y todo por un simple perro! —meditó Drake.

—Por un simple perro —repitió Mason— que no aulló en Santa Bárbara, pero que aulló aquí.

—Mas el perro ha muerto —le recordó Drake.

—Eso no afecta nada a la cuestión.

El teléfono sonó. Mason cogió el receptor.

—Uno de los agentes del señor Drake que quiere hablarle inmediatamente —exclamó Della Street—. Dice que es importante.

Perry Mason le entregó el receptor a Drake.

—Uno de tus agentes que tiene algo que decirte, Paul.

Drake se deslizó hacia el canto del sillón, levantó el receptor al oído y dejó escapar un prolongado e indolente «Hola».

En el teléfono se percibieron ruidos metálicos, y sobre el semblante de Drake se dibujó un gesto de incredulidad.

—¿Estás completamente seguro de ello? —preguntó.

El teléfono emitió los mismos sonidos metálicos.

—¡Qué mala pata! —exclamó Drake, y colgó el teléfono.

Drake miró a Mason con ojos que todavía reflejaban sorpresa.

—¿Sabes quién era? —preguntó.

—¿Uno de tus agentes? —dijo Mason.

—Sí —dijo Drake—, uno de mis agentes asignado a la estación de policía, encargado de recoger noticias entre los reporteros. ¿A qué no sabes lo que me ha dicho?

—Naturalmente, no lo sé —contestó Mason—. Dímelo.

—Me ha dicho —continuó Drake— que la policía ha identificado positivamente la pistola que se encontró en casa de Foley: la que mató a Foley y al perro lobo.

—Continúa —dijo Mason con cierta impaciencia—. ¿Cómo lograron identificar la pistola?

—Por medio del número del arma y los registros de ventas. Han encontrado, sin riesgo alguno de equivocarse, quién compró esa pistola.

—No me tengas impaciente. Dime quién la compró.

—La pistola —dijo Paul Drake pausadamente, con la mirada fija en el rostro de Perry Mason— la compró en Santa Bárbara Bessie Forbes dos días antes de que su esposo se fugara con Paula Cartright.

El rostro de Mason perdió toda expresión, y por diez segundos se quedó con los ojos fijos sobre el detective.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —dijo Drake.

Mason cerró los ojos.

—No voy a decir nada ahora, pero sí me voy a retractar de ciertas cosas que he dicho con anterioridad.

—¿Cuáles? —preguntó Drake.

—Cuando yo dije que en el momento oportuno podía yo ganar este caso contra Bessie en un periquete.

—Yo también —interrumpió Drake— comienzo a cambiar de idea.

—Antes dije que podía hacerlo —siguió Mason— ahora sólo diré que creo que puedo hacerlo.

Mason cogió el teléfono, colocó pausadamente el receptor sobre el oído y al escuchar la voz de Della, le dijo:

—Della, llame a Alex Bostwick, el editor metropolitano de *The Chronicle*. Quiero hablarle a él personalmente. Aquí espero.

La expresión de sorpresa que la noticia había esculpido sobre el rostro de Drake se había casi desvanecido, y el detective había recobrado su humorismo habitual.

—Perry, me he quedado de piedra —dijo—, y comienzo a pensar que tú sabes más acerca de este caso de lo que yo creo, o que estás loco como un cencerro. Tal vez vino bien que la señora Forbes se estuviese callada y no le contase nada a la policía.

—Tal vez —contestó Perry Mason en tono bajo, volviéndose luego hacia el teléfono—. Hola... ¿Hablo con Bostwick?... Hola, Alex. Habla Perry Mason. Tengo una gran noticia para tu periódico. Tú siempre dices que nunca te cuento nada. Pues ahí va una noticia que te va a tirar de espaldas. Envía un reportero a 4889 Milpas Drive, residencia de un sujeto que se llama Arturo Cartright. El reportero encontrará allí un ama de llaves que es sorda y tiene muy mal temple. Se llama Elizabeth Walker. Si el reportero es un poco listo, probablemente le hará decir quién mató a Clinton Foley, o sea Clinton Forbes, que vivía en 4889 Milpas Drive, con el nombre de Clinton Foley...

»Sí, ella sabe quién cometió el crimen...

»No. No fue Bessie Forbes. Ya te lo dirá el ama de llaves...

»Ella te dirá que el matador fue Arturo Cartright, para quien ella trabajaba y que ha desaparecido misteriosamente. Eso es todo. Adiós.

Perry Mason volvió a colgar el teléfono, y volviéndose hacia Paul Drake exclamó dramáticamente:

—¡Tu no sabes, Paul, el trabajo que me ha costado hacer eso!

Capítulo 16

El cuarto de la cárcel destinado a las visitas entre los reclusos y sus abogados no tenía más mobiliario que una mesa a lo largo de la habitación, con sillas en ambos lados. En medio de la mesa, y extendida a través de ella, desde el suelo hasta una altura de cinco pies por encima de la mesa misma, había una red metálica.

El prisionero y su abogado podían sentarse uno enfrente del otro, a cada lado de la mesa, donde podían verse perfectamente y hablar, pero sin poder tocarse. El cuarto de visitas tenía tres puertas. Una de ellas separaba el cuarto del carcelero de la sección destinada a los abogados, otra comunicaba el lado de los prisioneros con el cuarto del carcelero y la otra estaba situada entre el lado de los presos y la cárcel.

Perry Mason estaba sentado en una silla, esperando impaciente. Con los dedos se entretenía en golpear sobre la mesa.

Pasados unos momentos se abrió la puerta de la cárcel y apareció una matrona conduciendo por el brazo a la señora Forbes.

Bessie Forbes estaba pálida, pero revelaba calma y tranquilidad. En sus ojos se dibujaba aún la expresión de terror, pero sus labios se apretaban formando una línea de firme determinación. Al entrar miró alrededor del cuarto hasta que vio a Mason que se ponía en pie en seguida.

—Buenos días —le saludó.

—Buenos días —contestó con voz firme Bessie mientras avanzaba hacia la mesa.

—Siéntese en esa silla enfrente de la mía —indicó Mason.

Bessie Forbes se sentó y trató de sonreír. La matrona se marchó por la puerta que conducía a la cárcel. El guardia miró con curiosidad a través de la verja y luego se retiró. La prisionera y su abogado estaban solos, sin que nadie pudiera oírlos.

—¿Por qué me mintió acerca de la pistola? —preguntó el abogado.

La mujer miró alrededor con ojos asustados y se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—No mentí —contestó ella—. Fue sencillamente que no me acordé.

—¿Acordarse de qué? —preguntó él.

—De haber comprado el arma.

—Entonces dígamelo ahora.

La prisionera habló despacio, como si tuviera especial cuidado en la elección de las palabras.

—Dos días antes de que mi esposo saliera de Santa Bárbara —dijo— me enteré de que se entendía con Paula Cartright. Saqué un permiso de uso de armas, fui a una tienda y compré una automática.

—¿Para qué quería usted la pistola? —preguntó Mason, severo.

—No lo sé —contestó ella.

—¿Pensaba matar a su marido?

—No lo sé.

—¿Pensaba usted usarla contra Paula Cartright?

—Puede creerme que no lo sé. Lo hice obedeciendo a un cierto impulso. Pensé tal vez que lograría amedrentarlos.

—Muy bien —dijo Mason—. ¿Qué fue de la pistola?

—Mi esposo me la quitó.

—Entonces usted se la enseñó a él.

—Sí.

—¿Cómo ocurrió que usted le enseñara en alguna ocasión el arma?

—Estaba muy enojada.

—En ese caso usted lo amenazó.

—Llamémosle así. Saqué la pistola de mi bolso y le dije que me mataría antes de pasar por el bochorno de ser abandonada por mi marido.

—¿Y pensaba usted realmente en matarse?

—Sí, señor.

—Pero no se mató al fin.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no tenía la pistola cuando él se marchó.

—¿Por qué no la tenía usted?

—Porque mi marido me la había quitado. Ya se lo he dicho.

—Es verdad, ya me lo ha dicho —repitió Mason—; pero pensé que tal vez le hubiera devuelto el arma.

—No, señor; se la llevó y no la vi nunca más.

—Quedamos, pues, en que no se suicidó por no tener la pistola.

—Ésa es la verdad.

Mason comenzó a dar golpecitos con los dedos sobre la mesa.

—Pero hay otras maneras de suicidarse —dijo.

—Sí; pero no son tan cómodas —replicó Bessie Forbes con seguridad.

—En Santa Bárbara hay un mar muy grande.

—No me gustaría morir ahogada.

—¿Le gustaría que le dieran un tiro? —preguntó él.

—No me venga con bromas, por favor. ¿No me cree usted?

—Sí —dijo Mason—; yo miro el caso desde el punto de vista de un jurado.

—Ningún jurado me haría a mí esas preguntas —dijo Bessie Forbes, un tanto amoscada.

—Pero se las haría el fiscal —replicó Mason—, y el jurado las oiría.

—De todas maneras, le he dicho la verdad.

—Así, quedamos en que su esposo se llevó con él la pistola cuando se marchó de Santa Bárbara.

—Eso es lo que creo, pues no volví a ver la pistola.

—Entonces, lo que usted cree es que alguien le quitó la pistola a su esposo y los mató a él y al perro.

—No.

—Entonces, ¿cómo cree que ocurrió el hecho?

—Alguien —dijo ella pausadamente— que tenía acceso a las cosas de mi marido cogió la pistola y esperó la ocasión de matarle.

—¿Quién cree usted que lo mató, pues?

—Pudo haber sido Paula Cartright y también Arturo Cartright.

—¿Qué piensa usted de Thelma Benton? —preguntó Perry Mason, midiendo la pregunta—. Esa mujer me parece ser de un tipo emocional.

—¿Qué razón podía tener Thelma Benton para matarlo? —

preguntó la mujer.

—No sé —replicó Mason—. ¿Qué razón habría para que Paula quisiera matarlo después de haber vivido con él tanto tiempo?

—Quizá tenía sus razones —dijo la mujer.

—En ese caso, Paula Cartright se hubiera ido primero con su marido y vuelto luego para matar a Foley.

—Sí.

—Me parece más probable la teoría de que Arturo Cartright lo mató o de que Thelma Benton cometió el crimen —dijo Mason—. Cuanto más pienso en el asunto, tanto más mi atención se concentra segura en Thelma Benton.

—¿Por qué?

—Porque Thelma Benton va a ser testigo de cargo, y siempre es bueno e indicado que un testigo de la acusación pueda tener interés en acusar del crimen a alguien.

—Por lo que usted dice, no me parece que ha creído lo que le he dicho acerca de la pistola.

—Yo nunca creo nada que no sea capaz de hacer creer al jurado —dijo Mason—. Y no estoy muy seguro de poder hacer creer al jurado la historia de la pistola, si es que van a aceptar también que usted fue a la casa en un taxi que allí encontró muerto a su marido y que no comunicó el hecho a la policía, sino que salió de la casa y ocultó su identidad, tomando una habitación con el nombre de mistress C. M. Dangerfield.

—Yo no quería que mi marido supiese que estaba en la población...

—¿Por qué no? —preguntó Mason.

—Él era cruel y despiadado.

Perry Mason se levantó e hizo una señal a la matrona de que la conferencia había terminado.

—Muy bien —dijo—. Ya lo pensaré, y entretanto escríbame una carta diciéndome que ha meditado sobre el caso y que quiere explicar su situación a los reporteros.

—Pero eso ya lo he dicho —exclamó ella.

—No importa —dijo Mason en el momento en que la matrona aparecía por la puerta que conducía a la cárcel.

—Escriba la carta que yo le digo y envíemela.

—Pero ¿la carta la leerá el censor antes que salga de la cárcel?

—preguntó Bessie.

—Naturalmente. Adiós.

Bessie Forbes se quedó contemplando a Mason hasta que desapareció por la puerta.

La matrona le dio un golpecito en el brazo.

—Venga conmigo —dijo.

—¡Oh! —exclamó Bessie Forbes—. No me quiere creer lo que le digo.

—¿Qué es eso? —preguntó la matrona.

—¡Nada! —contestó Bessie, apretando los labios en una línea de firme resolución.

Perry Mason se metió en la cabina telefónica, echó una moneda y llamó al despacho de Drake.

—Paul —dijo—, voy a cambiar un poco de táctica en el caso Forbes.

—No tienes por qué cambiarla, pues tienes todas las ventajas tal como la situación se presenta —indicó Drake.

—Todavía queda mucho que ver, Paul —observó Mason—. Y quiero, además, que sigas de cerca a Thelma Benton. Ella ha explicado lo que hizo, minuto por minuto, desde que salió de casa hasta que volvió. Me interesaría encontrar algún punto vulnerable en la declaración de esa señora.

—Me parece que va a ser muy difícil —contestó Drake—. Ya he repasado la declaración y me parece encajar en todos sus detalles. Ahora te voy a dar una mala noticia.

—¿Qué pasa?

—El fiscal se ha enterado de que Ed Wheeler y George Doake, mis dos agentes, estaban vigilando la casa y andan buscándolos.

—Debió de ser el conductor del taxi quien ha dado el soplo —indicó Mason.

—Es de suponer.

—¿Han dado con ellos?

—No.

—¿Y crees que los van a encontrar?

—No, a no ser que quieras que los encuentren.

—No, no tengo el menor interés —dijo Perry Mason—. Ven al despacho dentro de diez minutos y trae todos los informes que tengas sobre Thelma Benton.

Mason oyó suspirar a Drake.

—Me temo que estás confundiendo las cosas —observó el detective.

Perry Mason dejó escapar una risa con mezcla de melancolía.

—Eso es precisamente lo que ando buscando —dijo finalmente, y colgó el aparato.

Perry Mason tomó un taxi y se fue a su despacho; allí encontró ya a Drake que llevaba en la mano un fajo de papeles.

Mason saludó a Della con una inclinación de cabeza, tomó a Drake por el brazo y se lo llevó a su despacho.

—Vamos a ver, Paul, ¿qué noticias me traes?

—Sólo hay un punto vulnerable en la declaración de Thelma Benton —dijo el detective.

—¿Cuál es?

—El individuo ese que se llama Carl Trask, que se llevó a Thelma de la casa en el *Chevrolet*. Thelma estuvo con él en varios lugares hasta las ocho. Sé la hora exacta en que estuvieron en diferentes sitios. Pero no se sabe dónde estuvieron entre las siete y treinta y las siete y cincuenta. A esta hora aparecieron en un café y tomaron unas copas. Trask la dejó a las ocho y ella comió sola. El camarero la recuerda perfectamente. A las ocho y media salió, encontró a una amiga, y las dos se fueron al cine. La declaración de Thelma Benton depende en gran modo de lo que Carl Trask diga que hizo entre las siete treinta y las siete cincuenta y en la declaración de la amiga, desde las ocho y media en adelante. Sin embargo, no nos interesa lo que hizo después de las ocho y media. Esos veinte minutos entre las siete treinta y las siete cincuenta son los importantes, y eso depende, como digo, de lo que Carl Trask declare, y desde luego, también de lo que Thelma Benton declare.

—¿Dónde dice ella que estuvo? —preguntó intrigado Mason.

—Asegura que estuvo en otro café, tomando un combinado, aunque nadie recuerda haberla visto allí. Al menos, nadie parece recordarla hasta ese momento.

—Si ella pudiera encontrar alguien que recordase haberla visto allá se justificaría completamente —murmuró Mason.

Paul Drake asintió con un ademán.

—Pero —continuó Mason— si no encuentra a nadie que la recuerde eso será un punto vulnerable, siempre que podamos atacar

a Carl Trask de una manera u otra. ¿No dijiste que Trask era jugador?

—Sí.

—¿Tiene antecedentes criminales?

—Eso es lo que estamos buscando, aunque ya sabemos que se ha visto mezclado en algunos asuntos no muy limpios.

—Muy bien. Averigua todos sus antecedentes, desde su infancia hasta hoy. Trata por todos los medios de achacarle algún delito o infracción, por insignificante que sea; algo que pueda dañar su reputación ante el jurado.

—En eso precisamente me estoy ocupando ahora —dijo Drake.

—¿Y dices que la policía andaba buscando a Wheeler y a Drake?

—Sí.

—Y a propósito, ¿dónde se han metido esos dos sujetos?

Paul Drake miró unos instantes con infantil inocencia a Mason.

—Hay un asunto en Florida que me interesa mucho, y los he enviado a los dos allí en avión.

—¿Sabe alguien que se han marchado allá? —preguntó Mason.

—No. Se trata de un asunto confidencial, y además compraron los pasajes con nombre supuesto —contestó Paul Drake mirando con atención al abogado.

Perry Mason asintió con un gesto de aprobación y conformidad.

—No está mal eso, Paul —dijo. Mason comenzó a golpear el escritorio con los dedos. De pronto añadió—: ¿Cómo podría hablar con Thelma Benton?

—Está en los Departamentos Riverview.

—¿Con su propio nombre?

—Sí.

—¿Tienes a alguien que la vigile?

—Sí.

—¿Qué es lo que hace?

—Se pasa el día hablando con los policías. Ya ha hecho tres viajes a la Jefatura y dos al despacho del fiscal.

—¿La han sometido a algún interrogatorio?

—No sé si ha ido allí porque la han llamado por teléfono. Una vez sé que la mandaron a buscar. Las otras fue por su propia iniciativa.

—¿Cómo está de la mano? —preguntó Mason.

—No he sabido nada. La lleva todavía vendada. Ya tengo el nombre del médico que la cura. Su nombre es Phil Morton y tiene el despacho en la Clínica Médica, a Morton le llamaron a la casa de Milpas Drive, y dice que la contusión de la mano era de importancia.

—¿Contusión? —exclamó Perry Mason.

—Eso es lo que dijo.

—¿Lleva aún la mano vendada? —preguntó el abogado.

—Sí.

Instantáneamente, Perry Mason agarró el teléfono.

—Della —dijo—: Llame a los Departamentos Riverview, que quiero hablar con Thelma Benton. Dígale que la llaman del periódico *The Chronicle* y que el editor metropolitano desea hablar con ella. Después que se entere bien de quién la llama, comunique con mi despacho.

Perry Mason colgó el receptor del teléfono.

Drake lo miró sin expresión alguna en el rostro, y dijo:

—Ya te estás metiendo en otro lío, Perry. Eres incurable.

—No me queda más remedio —contestó el abogado.

—¿Sigues manteniéndote dentro de la línea legal? —preguntó Drake. Mason se encogió de hombros, como si tratase de sacudir una sensación desagradable.

—¡Ojalá sea así! —dijo.

El teléfono sonó.

Mason cogió el aparato, levantó la voz y dijo con cierta petulancia:

—Habla el editor metropolitano del diario *The Chronicle*.

En el teléfono se percibieron una sucesión de sonidos metálicos, y Perry Mason, en el mismo tono de voz, dijo:

—Miss Benton, el asesinato de Forbes parece poseer un interés dramático extraordinario. Usted vivió en la casa de Forbes por mucho tiempo. Usted, como muchas otras personas, llevaría seguramente un cuaderno de notas íntimas en el que hablará de la familia, eso que se llama un diario, ¿no es así?

Una vez más el teléfono dejó oír varios sonidos metálicos, y una tenue sonrisa se dibujó en los labios de Perry Mason.

—¿Aceptaría usted una oferta de diez mil dólares por los derechos exclusivos de publicación de ese cuaderno...? ¿Sí...?

¿Tiene usted las notas al día...? No diga nada a nadie de esta oferta. Ya le enviaré un redactor a su casa cuando necesitemos el cuaderno. Es claro que no puedo decirle nada definitivo acerca del precio hasta que hable con la administración del periódico. El administrador, como es natural, querrá examinar el cuaderno, pero estoy dispuesto a recomendarle su adquisición por esa cantidad, siempre que tengamos los derechos de publicación exclusiva. Eso es todo. Usted lo pase bien.

Mason colgó de un golpe el teléfono.

—¿No crees que Thelma Benton trate ahora de averiguar de dónde procede la llamada? —preguntó el detective.

—No puede —dijo Mason—. Y además no creo que tenga inteligencia bastante para pensar en ello. Se ha tragado todo el anzuelo.

—Pero, ¿tiene realmente ese cuaderno de notas? —preguntó el detective.

—Yo que sé —contestó Perry Mason.

—¿Te dijo ella que lo tenía?

Perry Mason acogió la observación de su amigo con una sonrisa escéptica.

—Claro que dijo que lo tenía —contestó el abogado—, pero eso no demuestra nada. En la forma que yo le he hecho la oferta le he dado tiempo para que lo fabrique a toda prisa. Una mujer en estos tiempos es capaz de escribir la Biblia por diez mil dólares.

—Pero ¿qué es lo que te propones? —preguntó Drake.

—No es más que una corazonada —contestó Mason—. Ahora vamos a examinar esas muestras de escritura. ¿Lleva ahí alguna?

—Tengo una muestra de la letra de Paula Cartright, pero no de la señora Forbes. También tengo el escrito por Thelma Benton y una carta de Elizabeth Walker, el ama de llaves de Cartright.

—¿Las has comparado ya con la nota que escribió Paula Cartright a Forbes el día que se marchó? —preguntó Mason.

—No. Esa nota la tiene el fiscal, pero tengo copia fotostática del telegrama que se envió desde Midwick y la letra no es la misma.

—¿Cuáles de las letras son iguales?

—Ninguna de ellas.

—¿Está el telegrama escrito con letra de mujer?

Drake asintió con un gesto, buscó entre sus papeles y sacó una

copia fotostática del telegrama.

Mason cogió el papel y lo examinó cuidadosamente.

—¿Recuerda el empleado de telégrafos algo acerca de la persona que envió el telegrama? —preguntó Mason.

—Todo lo que recuerda es que se lo entregó una mujer en el mostrador de la oficina, y que la mujer misma le entregó el importe exacto del telegrama. Esa mujer parecía tener mucha prisa, salió de la oficina cuando el empleado estaba todavía contando las palabras. El empleado le dijo que tendría que comprobar si el dinero que le había dado era el justo, y ella le contestó que ella estaba segura de ello, y se marchó.

—¿Crees que el empleado se acordaría de esa mujer si la volviese a ver?

—Lo dudo. El empleado no me parece muy despierto y, por lo visto, no se fijó en ella. Todo lo que recuerda es que la mujer llevaba un sombrero de alas grandes. La cabeza la tuvo inclinada todo el tiempo que estuvo en la oficina de telégrafos, de manera que el empleado casi no pudo verle la cara. Después de entregar el telegrama, contó el dinero y se marchó a toda prisa sin más conversación.

Mason continuó mirando la copia fotostática del telegrama y luego levantó la vista y dirigió la mirada a Drake.

—¿Cómo es que los periódicos se han enterado con tanto detalle de este asunto? —preguntó Mason.

—¿Qué detalle?

—De que Clinton Foley era realmente Clinton Forbes, de su fuga con Paula Cartright del escándalo de Santa Bárbara.

—Eso no tiene nada de extraño. Nosotros lo averiguamos también y hay que pensar que la organización de los periódicos es tan buena como la nuestra. Los periódicos tienen corresponsales en Santa Bárbara y consultaron las colecciones de periódicos, y con todos esos antecedentes hicieron el folletín. Aparte de eso, el fiscal acusa siempre desde los periódicos y les ha dado a éstos todo cuanto tenía a mano, y oro molido que pidieran.

—Drake —dijo Mason, después de unos segundos de meditación—, me parece que estoy ya dispuesto a llevar el caso ante el jurado. El detective lo miró sorprendido.

—La vista no se celebra todavía por algún tiempo, aunque

tengas empeño en que se celebre inmediatamente —dijo él.

Perry Mason se sonrió pacientemente.

—Ésta es la manera de preparar un caso —dijo Mason—. Lo importante es que la defensa tenga todas las posiciones tomadas antes de que el fiscal tenga tiempo de disponer el ataque. Hay que ganarle por la mano. Ésa es la táctica del abogado defensor.

Capítulo 17

En la sala de la Audiencia se podía cortar el aire: ese aire que emana de las multitudes sobreexcitadas.

El juez Markham, veterano de tantas causas célebres, estaba sentado detrás de su enorme mesa, sin revelar aparentemente el menor interés en los preliminares del juicio. Sólo un observador entrenado en las lides judiciales hubiera advertido la perspicacia del magistrado, que, a pesar de su aire de indiferencia, penetraba hasta el último detalle de la actuación.

Claude Drumm, el fiscal, alto y de modales exquisitos, vestía con impecable elegancia. En su juicio anterior Perry Mason le había infligido una severa derrota, pero en este caso la acusación estaba segura de obtener un veredicto condenatorio del jurado.

Perry Mason estaba sentado en la mesa de la defensa, con un aire de despreocupación. Su actitud difería substancialmente de la del defensor que sistemáticamente impugna todo cuanto propone la acusación.

Claude Drumm se opuso a la designación de uno de los jurados, que abandonó inmediatamente el banco. El secretario sacó otro nombre de la lista, y un individuo de rostro enjuto, pómulos salientes y ojos apagados se adelantó, levantó la mano y ocupó su sitio en el banco del jurado.

El juez Markham invitó a la defensa a que lo interrogase.

Perry Mason le dirigió una mirada indiferente.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó.

—George Smith —dijo el jurado.

—¿Ha leído usted algo acerca de este caso?

—Sí, señor.

—¿Ha formado usted alguna opinión definitiva sobre el mismo?

—No, señor.

—¿Conoce usted los antecedentes del asunto?

—Sólo lo que he leído en los periódicos.

—Si es usted elegido para formar parte del jurado, ¿cree usted que puede dar un veredicto imparcial?

—Sí, señor.

—¿Lo hará usted?

—Sí, señor.

Perry Mason se levantó pausadamente de su asiento. El interrogatorio de los jurados había sido extremadamente breve. De pronto volvióse hacia un individuo que esperaba el interrogatorio antes de ser aceptado como jurado.

Perry Mason lo miró recelosamente.

—¿Usted se da cuenta —dijo Mason— de que en este juicio se va a juzgar los hechos tal como se presenten, pero al mismo tiempo habrá de aceptar las instrucciones fiscales que la sala le dicte como guía del veredicto a emitir?

—Sí, señor.

—En el caso de que la sala instruya —continuó Mason pausada y solemnemente— de que, bajo la ley de este Estado, la acusación tiene que demostrar que la acusada es culpable, sin sombra alguna de duda, antes de que el jurado dicte veredicto de culpabilidad, y que por lo tanto no es necesario que la acusada declare en defensa propia, sino que, si lo prefiere, puede permanecer callada y dejar que el fiscal demuestre que es culpable, sin sombra de duda, ¿cree usted que puede aceptar esas instrucciones de la sala como guía del veredicto?

—Sí, señor —contestó el interrogatorio—, si ésa es la Ley.

—Y en el caso de que la sala instruya de que el silencio del fiscal no debe tenerse para nada en cuenta al dictar el veredicto, ni figurar para nada en los comentarios del caso, ¿cree usted que honradamente puede acatar tales instrucciones de la sala?

—Creo que sí.

Perry Mason volvió a sentarse, hizo un movimiento con la cabeza y dijo:

—La defensa acepta al jurado.

Claude Drumm hizo la pregunta que había descalificado a otros jurados con anterioridad:

—¿Tiene usted escrúpulos de conciencia para dictar un veredicto

que pueda acarrear la pena de muerte?

—Ninguno —dijo el interrogado.

—Y si usted se sienta en este juicio como jurado —continuó Drumm—, ¿no le asaltarían tampoco escrúpulos de conciencia si tiene que dictar un veredicto de culpabilidad, en el caso de que se demuestre a toda satisfacción que la procesada es culpable?

—No.

—El fiscal acepta al jurado —dijo Claude Drumm.

—La defensa tiene derecho a interrogar de nuevo —dijo el juez Markham.

—La defensa se abstiene —dijo Perry Mason.

Éste consultó con un gesto a Claude Drumm.

—Que se tome juramento al nuevo jurado —dijo el fiscal.

El juez Markham se dirigió entonces a los jurados.

—Señores —dijo—, pónganse todos de pie y presten el juramento que marca la Ley. Y permítanme que felicite a las partes por la habilidad con que han logrado formar el jurado.

Éste prestó juramento. Claude Drumm empezó la acusación con fuerza y brevedad. Parecía que en su argumentación trataba de imitar los métodos de Mason y que estaba dispuesto a pasar por alto los preliminares y concentrar su dialéctica en un golpe decisivo.

—Señores del jurado —dijo—. Me propongo demostrar que en la noche del diecisiete de octubre del pasado año Clinton Forbes fue muerto a tiros por la procesada. No quiero ocultar el hecho de que la acusada tenía motivos de enojo contra la víctima. Me voy a limitar a presentar los hechos ante ustedes, abiertamente y con toda libertad y franqueza. Me propongo mostrar que la víctima era el esposo de la procesada, que ambos vivieron juntos en Santa Bárbara hasta un año antes aproximadamente de la muerte de la víctima; que ésta se había marchado furtivamente, sin comunicar a la procesada el lugar donde se dirigía, y que se llevó con él a una tal Paula Cartright, que era la esposa de un amigo de ambos; que esta mujer y la víctima llegaron a esta ciudad y fijaron su residencia en el cuatro ocho ocho nueve de Milpas Drive, bajo el nombre, él de Clinton Foley, y que Paula Cartright se hacía pasar por Evelyn Foley, esposa de la víctima. Me propongo probar que la procesada compró un Colt automático, de calibre treinta y ocho; que durante un año se dedicó a buscar sin descanso a la víctima; que poco

tiempo antes del crimen logró encontrarla, y que entonces vino a esta ciudad y tomó una habitación en un hotel de la parte baja de la misma, inscribiéndose con el nombre de mistress C. M. Dangerfield.

»Espero probar también que en la noche del dieciséis de octubre, a eso de las siete y veinticinco, la procesada llegó a la casa ocupada por su marido que entró en ella utilizando una ganzúa y que llegó al pasillo; que allí encontró a su marido y le hizo varios disparos que le causaron la muerte; que una vez cometido el crimen se volvió a marchar en un taxi, que abandonó cerca del Hotel Breedmont, donde tenía su habitación, y en donde se la conocía con el nombre de Dangerfield.

»Me propongo demostrar que cuando la procesada abandonó el taxi se dejó distraídamente en él un pañuelo, el cual demostraré también que es de propiedad de la procesada; que ésta, dándose cuenta del peligro de dejar una pista tan comprometedora, buscó al conductor del taxi, quien le devolvió el pañuelo.

»Me propongo demostrar que el arma adquirida por la procesada, y para cuya adquisición tuvo que firmar su nombre en el registro de armas de fuego de una tienda de Santa Bárbara, California, era exactamente la misma arma empleada en la comisión del crimen. Con todos estos antecedentes, debidamente probados, pido al jurado que dicte un veredicto de culpabilidad por asesinato sin atenuantes.

Durante este discurso, Claude Drumm no levantó una sola vez la voz, sino que se expresó con vibrante firmeza, que atrajo hacia él la atención del jurado. Una vez terminada su oración, se volvió a sentar.

—¿Desea usted informar ahora o prefiere usted hacerlo más tarde? —preguntó el juez Markham a Perry Mason.

—Más tarde —contestó el abogado.

—Ordinariamente —dijo Drumm, levantándose de nuevo— en la reunión de los jurados se invierten varios días o un día completo, por lo menos. Este jurado lo hemos reunido con una brevedad asombrosa. Pido que la vista se suspenda hasta mañana.

El juez Markham meneó la cabeza y, sonriente, dijo:

—No lo creo recomendable. La vista continuará. La sala sabe por experiencia que el abogado defensor en este juicio acostumbra a proceder con toda premura. La sala así entiende que no se justifica

el que perdamos el resto del día con la suspensión de la vista hasta mañana.

—Muy bien —dijo Drumm con gran dignidad—. Voy a proceder, pues, a establecer el *corpus delicti*, llamando como testigo a Thelma Benton. Deseo que se entienda que la llamo ahora nada más que para establecer el *corpus delicti*. Más tarde la interrogaré sobre la cuestión con más detenimiento.

—Queda así entendido —dijo el juez Markham.

Thelma Benton avanzó hacia el estrado, levantó la mano y prestó juramento. Sentóse en el banquillo de los testigos y dijo llamarse Thelma Benton; que tenía veintiocho años y que vivía en los Departamentos Riverview; que conoció a Clinton Forbes ya hace más de tres años; que estuvo empleada en su despacho en Santa Bárbara y que vino con él a vivir en su residencia de 4889 Milpas Drive, donde entró como ama de llaves.

Claude Drumm asintió con un gesto.

—¿Tuvo usted ocasión —preguntó—, de ver un cuerpo muerto en la casa de 4889 Milpas Drive en la noche del diecisiete de octubre de este año?

—Sí, señor.

—¿Quién era el muerto?

—Clinton Forbes.

—Él había dado el nombre de Clinton Foley al arrendar la casa, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Quién vivía en la misma con él?

—La señora Paula Cartright, que se hacía pasar por su esposa y tomó el nombre de Evelyn Foley. También vivíamos un cocinero chino y yo.

—¿No tenían ustedes un perro lobo?

—Sí, señor.

—¿Cómo se llamaba el perro?

—*Prince*.

—¿Cuánto tiempo hacía que el señor Forbes tenía el perro?

—Unos cuatro años.

—¿Usted ya conocía el perro en Santa Bárbara?

—Sí, señor.

—¿Y el perro vino con ustedes a esta ciudad?

—Sí, señor.

—¿Y usted acompañó al señor Forbes y a la señora Cartright?

—Sí, señor.

—Al descubrir usted el cadáver de Clinton Forbes, ¿vio también el cuerpo del perro muerto?

—Sí, señor.

—¿Dónde estaba el perro?

—En la misma habitación.

—¿Estaba ya el perro muerto?

—Muerto; sí, señor.

—¿Observó usted algo que permitiera suponer la forma en que habían matado al perro?

—Sí. El señor Forbes y el perro habían muerto los dos de varios disparos de arma de fuego. En el suelo había una Colt automática, calibre treinta y ocho. En el suelo se veían varios cartuchos vacíos, en el sitio en donde el extractor los había hecho salir de la automática.

—¿Cuándo vio usted a Clinton Forbes vivo por última vez?

—La noche del diecisiete de octubre.

—¿A qué hora aproximadamente?

—Serían las siete y cuarto de la tarde.

—¿Estuvo usted en la casa después de esa hora?

—No, señor. Yo salí a esa hora y entonces el señor Clinton Forbes estaba vivo y en perfecta salud. Cuando lo volví a ver estaba muerto.

—¿Observó usted algo extraño en el cadáver? —preguntó Drumm.

—Noté que el señor Forbes estaba afeitándose, indudablemente cuando lo mataron. En la cara había todavía manchas de jabón. El cadáver estaba en la biblioteca, y junto a ella había un dormitorio y un cuarto de baño.

—¿Dónde tenían el perro?

—El perro —dijo Thelma Benton— estaba atado con una cadena en el cuarto de baño, desde que se quejó uno de los vecinos.

—La defensa —dijo Drumm— puede interrogar a la testigo en las materias que han sido aportadas hasta ahora como prueba.

Perry Mason inclinó lánguidamente la cabeza. Los miembros del jurado volvieron hacia él la vista. Mason habló con voz no alta,

pero de cierta resonancia y sin afectación.

—¿No fue la queja debida a los aullidos del perro? —preguntó en tono de conversación familiar.

—Sí, señor.

—El que se quejó fue el vecino de al lado, ¿verdad?

—El vecino de al lado, sí, señor.

—¿Y no era ese vecino el señor Arturo Cartright, el esposo de la mujer que se hacía pasar como esposa de Clinton Forbes?

—Sí, señor.

—¿Estaba la señora Cartright en la casa cuando se cometió el crimen?

—No, señor; no estaba.

—¿Sabe usted dónde estaba?

—No lo sé.

—¿Cuándo la vio usted por última vez?

Claude Drumm se puso vigorosamente de pie.

—Estas preguntas no tienen razón de ser en este momento.

—La objeción no es admisible —dijo el juez Markham—. Permíto que se haga esa pregunta porque usted mismo ha preguntado quiénes eran las personas que ocupaban la casa. Entiendo que la defensa está en su derecho.

—Conteste a mi pregunta —dijo Perry Mason.

Thelma Benton levantó la voz ligeramente y habló más de prisa.

—Paula Cartright —dijo— abandonó la casa el diecisiete de octubre por la mañana, dejando una nota en la que decía...

—Me opongo —dijo Drumm— a que la testigo declare el contenido de esa nota. En primer lugar porque no contesta a la pregunta y después porque la evidencia en este momento está fuera de lugar.

—Tiene razón el fiscal —pronunció el juez.

—Entonces —preguntó Perry Mason—, ¿dónde está esa nota?

Siguió a la pregunta un instante de embarazoso silencio. Thelma Benton miró al fiscal.

—Yo la tengo —dijo Drumm— y me propongo presentarla más tarde.

—El interrogatorio de la testigo en este particular —dijo el juez Markham— se ha excedido de los límites legales, y no permitiré que se haga pregunta alguna a la testigo sobre el contenido de la nota.

—Muy bien —dijo Perry Mason—. He terminado.

—Llamen a Sam Marson —dijo Claude Drumm.

Sam Marson prestó juramento, se sentó en la silla de los testigos y manifestó que su nombre era Sam Marson; su edad, treinta y dos años; que era conductor de taxi y que lo era el día diecisiete de octubre de aquel año.

—¿Recuerda usted haber visto a la procesada en aquel día? —preguntó Claude Drumm.

Marson se inclinó para mirar fijamente a Bessie Forbes, que estaba sentada inmediatamente detrás de Perry Mason, escoltada por un alguacil.

—Sí, señor —dijo Marson.

—¿Cuándo la vio usted primeramente?

—A eso de las siete y diez minutos.

—¿Dónde?

—Cerca de las calles Novena y Masonic.

—¿Qué hizo ella?

—Me llamó, y yo me acerqué a la acera. Me dijo que la llevara al cuatro mil ochocientos ochenta y nueve de Milpas Drive. Yo la llevé allí y luego me dijo que llamase por teléfono a Parkcrest seis dos nueve cuatro cinco y preguntase por Arturo y que le dijese que fuera a casa de Clint inmediatamente, porque Clint iba a terminar con Paula.

—Muy bien —dijo Drumm—, ¿y usted qué hizo entonces?

—Me fui con el taxi y llamé al teléfono que me había dicho, y luego regresé a la casa.

—¿Qué pasó entonces?

—Ella salió, se montó en el taxi y la llevé a un sitio cerca del Hotel Breedmont, donde se apeó.

—¿La volvió a ver aquella noche?

—Sí.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Cerca de medianoche debía de ser. Se acercó a mí y me dijo que creía haber olvidado el pañuelo en el taxi. Yo le dije que, efectivamente, se lo había dejado y le devolví el pañuelo.

—¿Ella se lo llevó?

—Sí.

—¿Y era ésa la misma persona que llevó usted al cuatro mil

ochocientos ochenta y nueve de Milpas Drive?

—Sí, señor; ella es.

—¿Y usted sostiene que es la procesada?

—Sí, señor; la misma.

Claude Drumm se volvió hacia Perry Mason y le invitó a que interrogara al testigo.

Perry Mason levantó ligeramente la voz.

—Dice que la procesada se dejó un pañuelo en su taxi.

—Sí, señor.

—¿Qué hizo con el pañuelo?

—Yo se lo enseñé a usted y usted me dijo que lo guardase.

Claude Drumm se echó a reír.

—Un momento —dijo Perry Mason—, no hay razón para que me meta usted en este asunto.

—Entonces no se meta usted mismo —dijo Claude Drumm.

El juez Markham dio un golpe con la maza sobre la mesa.

—¡Orden en la sala! —exigió—. ¿Desea la defensa que esta contestación no conste en el acta?

—Sí —dijo Perry Mason—, pido que se omita la respuesta a la pregunta.

—La sala, sin embargo, opina que la respuesta está de acuerdo con la pregunta —dijo el juez.

Una sonrisa de satisfacción inundó el rostro del fiscal.

—¿Le dijo a usted el fiscal lo que tenía que decir en este juicio? —preguntó Perry Mason.

—No, señor.

—¿Le dijo a usted que a la primera ocasión testificara que me había dado a mí el pañuelo?

El testigo se agitó en su silla.

Claude Drumm se levantó para oponerse vigorosamente. El juez Markham desechó la objeción y Sam Marson añadió luego pausadamente:

—Me dijo que él no podía preguntarme a mí lo que usted me había dicho, pero que si se presentaba la ocasión se lo dijese al jurado.

—¿Y le dijo también —profirió Perry Mason— que cuando le preguntasen si la procesada era la persona que le había tomado el taxi la noche del diecisiete de octubre, usted se inclinase adelante y

la mirara fijamente, para que el jurado viese que estaba estudiándole las facciones?

—Sí, señor; eso es lo que me dijo.

—Le pregunto esto porque me extrañó su gesto, sabiendo que había usted visto a la procesada varias veces antes de prestar testimonio. La policía le indicó a esta mujer, y usted la había visto ya en la cárcel. Usted sabía pues, perfectamente que ésa era la persona que le había alquilado el taxi aquella noche, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Entonces no había ninguna necesidad de inclinarse hacia delante y estudiar las facciones de la procesada antes de contestar a la pregunta.

—¿Qué quería usted que yo hiciese? Yo no hice más que lo que me dijeron —dijo Marson, abochornado.

La sonrisa que había inundado el semblante de Claude Drumm fue reemplazada por un gesto de verdadero enojo.

Perry Mason se levantó pausadamente y se plantó mirando fijamente al testigo.

—¿Está usted seguro de que la procesada es la persona que le alquiló el taxi?

—Sí, señor.

—¿Y está usted igualmente seguro que fue la procesada la que más tarde, aquella misma noche, se le acercó y le pidió que le devolviera el pañuelo?

—Sí, señor.

—¿No es verdad que usted no estaba seguro entonces, sino que esta certeza ha surgido en su pensamiento, después de varias entrevistas con la policía y las autoridades?

—No, señor. De veras la conocí.

—¿Sigue usted manteniendo que la procesada es la persona que usted reconoció en ambas ocasiones?

—Sí, señor. Las dos eran la misma persona.

Perry Mason se volvió bruscamente y extendiendo la mano hacia el público que llenaba la sala, dijo:

—Mae Sibley, póngase de pie.

En la sala hubo una ligera conmoción y Mae Sibley se puso de pie.

—Mire usted a esa persona y dígame si la ha visto usted alguna

vez —dijo Perry Mason.

Claude Drumm se puso vigorosamente de pie.

—Protesto de la forma en que se pone a prueba la memoria de los testigos. Esa forma no es la reconocida en una sala de Audiencia, ni éste es tampoco un método aceptado para el interrogatorio.

—¿Qué dice la defensa a esto? —preguntó el juez a Perry Mason.

—Digo —continuó Perry Mason— que retiraré la pregunta, tal como la había formulado, y le preguntaré a Samuel Marson si no es la verdad que esa mujer que está ahora entre el público de esta sala fue la que se le acercó y le pidió el pañuelo la noche del diecisiete de octubre, y a quien le entregó el pañuelo que se había quedado olvidado en el taxi.

—No, señor —dijo Samuel Marson, señalando a la procesada—, ésa era la mujer.

—¿Y no hay posibilidad de que usted se equivoque? —preguntó Mason.

—No, señor.

—¿Y si se equivocara usted respecto a la identidad de la persona que le pidió el pañuelo, no se podría equivocar igualmente en cuanto a la identidad de la persona que le alquiló el taxi para llevarla al número cuatro mil ochocientos ochenta y nueve de Milpas Drive?

—No me equivoco en ninguno de los dos casos, pero si me equivocara en uno de ellos, me podría equivocar también en el otro.

Perry Mason dejó asomar a sus labios una sonrisa de triunfo.

—He terminado —dijo.

Claude Drumm se puso nuevamente de pie para pedir que se suspendiera la sesión.

El juez Markham frunció el entrecejo y meneó la cabeza ligeramente en sentido afirmativo.

—Sí —dijo—, la vista se suspende hasta mañana a las diez de la mañana. Durante el proceso, se prohíbe a los jurados el hablar de este asunto entre ellos y se les pide que no permitan tampoco que se hable de ello en su presencia.

El juez Markham dio un golpe en la mesa con su maza, se levantó y dirigióse a su despacho en la parte de atrás de la sala. Perry Mason observó que Claude Drumm le hacía señas a dos

alguaciles, que avanzaron decididamente, a través de la multitud, hacia donde estaba Mae Sibley. Perry Mason los siguió, abriéndose paso a través del público. El abogado llegó al sitio en que estaba la mujer unos segundos después que los alguaciles la habían cercado.

—El juez Markham desea verles a los tres en su despacho —dijo Mason.

Los alguaciles lo miraron sorprendidos.

—Por aquí —dijo el abogado, y volviéndose, se dirigió hacia el sitio de donde venía.

—Oiga, Drumm —dijo, levantando la voz.

Claude Drumm, que se preparaba para marcharse, se detuvo.

—¿Tiene usted inconveniente en venir conmigo al despacho del juez Markham?

Drumm vaciló por un momento, pero luego asintió.

Los dos abogados entraron en las habitaciones del magistrado. Detrás de ellos venían los dos alguaciles con Mae Sibley.

Las paredes del despacho del juez estaban cubiertas de libros. En el centro había un escritorio grande con varios documentos, ordenadamente apilados, y varios libros abiertos. El juez Markham levantó la vista.

—Señor juez —dijo Perry Mason—, esta joven es uno de los testigos de la defensa. He observado que, a una indicación del fiscal se le han acercado dos alguaciles. Me atrevería, pues, a solicitar que instruyese a la testigo para que no hablase con nadie hasta después de haber declarado, y al mismo tiempo, ordenar a estos alguaciles que no la molesten.

Claude Drumm, completamente corrido, retrocedió y cerró la puerta de un puntapié.

—Ya que ha traído usted la cuestión —dijo—, y habiéndose suspendido la vista, vamos a arreglar esto aquí mismo.

Perry Mason lo miró agresivamente.

—De acuerdo —dijo—; vamos allá.

—Lo que yo me proponía hacer —dijo Drumm— era averiguar si esta joven había sido pagada para suplantar a la procesada; quería sencillamente saber si se la había utilizado para acercarse al conductor del taxi y reclamar el pañuelo que la otra se había dejado allí.

—Supongamos —dijo Perry Mason— que contesta que sí a todo;

¿qué piensa usted hacer?

—Pienso descubrir la persona que le ha pagado para suplantar a la procesada y pedir que se la detenga —dijo Claude Drumm.

—Muy bien —dijo Mason, mirándolo con ojos encolerizados—. Yo soy la persona. Yo lo hice. ¿Y qué?

—Señores —interpuso el juez Markham—, esta discusión rebasa ya los límites del asunto.

—No, señor —dijo Mason—. Ya sabía yo que esto tenía que suceder y quiero que se resuelva ahora mismo. Yo no sé de ninguna ley que prohíba a una mujer suplantar a otra, como no es delito el parecer como dueño de una cosa, a no ser que se haga para apoderarse de la cosa misma.

—Éste fue precisamente el propósito de este engaño —gritó Claude Drumm.

Perry Mason se sonrió.

—Usted recordará, Drumm —dijo Mason—, que yo llamé por teléfono a las autoridades para entregarles el pañuelo, tan pronto como la prenda vino a parar a mis manos, y que Mae Sibley me lo dio a mí tan pronto como lo recibió del conductor del taxi. Todo lo que yo buscaba era poner a prueba la memoria del conductor. Ya sabía yo que después que usted lo aleccionara, estaría tan seguro de la identidad de la procesada, que ya no habría manera de cambiar de idea. Yo le interrogué primeramente, y más bien con una lección objetiva que con una mera pregunta. Creo que estoy dentro de mi derecho.

El juez Markham miró a Mason, con un destello de humor en la mirada.

—La Sala en este momento —dijo— no tiene que resolver sobre el aspecto ético o moral de la cuestión, o sobre si se trata del hurto de un pañuelo. Todo lo que la Sala tiene que decidir en este momento es que se permita a la testigo prestar atención en el juicio y que los alguaciles no la molesten.

—Eso es todo lo que pido —dijo Mason, aunque sus ojos continuaban clavados en los de Claude Drumm—. Yo sé perfectamente lo que me hago, soy responsable de mis acciones y no quiero que ningún alguacil atemorice a una pobre mujer.

—Lo que usted ha hecho lo llevará a usted ante el Colegio de Abogados —gritó Claude Drumm.

—Muy bien —replicó Mason—. Me complacerá infinito debatir el asunto allí con usted. Pero, de momento, hágame el favor de no intimidar en ninguna forma a mis testigos.

—¡Señores, señores! —exclamó el juez Markham poniéndose en pie—. Insisto en que me oigan. El abogado señor Mason ha presentado una solicitud. Usted, señor Drumm, debe saber, ahora, que tiene derecho a presentarla. Si esta joven es uno de los testigos de la defensa, usted me hará el favor de no molestarla.

Claude Drumm tragó una gran cantidad de saliva y se sonrojó perceptiblemente.

—Muy bien —dijo.

—Vámonos por aquí —dijo Perry Mason, sonriendo, y llevándose del brazo a Mae Sibley.

Al abrirse la puerta, se percibió un llamarazo, un súbito «puf».

La muchacha lanzó un grito y se cubrió la cara.

—No se asuste —le dijo Mason—. Éstos son los fotógrafos de los periódicos, que le están tomando una instantánea.

Claude Drumm avanzó hasta donde estaba Mason, con la faz pálida y los ojos refulgentes de cólera.

—Usted ha creado deliberadamente esta situación, para que aparezca mañana en la primera página de los periódicos —dijo.

Perry Mason acogió la observación con una sonrisa.

—¿Tiene usted algo que oponer? —preguntó irónicamente.

—Más de lo que usted cree.

—De acuerdo —contestó Mason— pero tenga cuidado de no meterse en otra encerrona.

Por unos momentos, los dos rivales se desafiaron con la mirada. Claude Drumm, loco de cólera, pero impotente ante el vigor muscular de Mason, le lanzó una mirada retadora, aunque reconociendo que había perdido la partida. Todavía colérico y pálido, giró sobre sus talones y se marchó.

Perry se volvió hacia Mae Sibley.

—No quiero que vaya usted por ahí de palique con ningún alguacil, pero no veo razón para que no hable con los periodistas.

—¿Qué quiere usted que les diga?

—Dígales lo que usted quiera —indicó Mason, y quitándose el sombrero, se fue. Desde la puerta de la sala de Audiencia, miró hacia atrás para ver lo que hacía la muchacha.

Media docena de periodistas rodeaban a Mae Sibley y le hacían toda clase de preguntas.

—Todavía sonriente, Perry Mason cruzó la puerta y avanzó por el pasillo.

Capítulo 18

Perry Mason miró el reloj, al entrar en el despacho. La noche era fría y tormentosa, pero los radiadores mantenían en el interior una temperatura confortable. Eran exactamente las ocho y cuarenta y cinco.

Perry Mason encendió la luz y dejó una cartera de cuero sobre el escritorio de Della Street. Corrió un pestillo, levantó una tapa y puso al descubierto una máquina de escribir, portátil. Se metió la mano en el bolsillo, sacó un par de guantes y se los puso. Finalmente sacó de la cartera varias hojas de papel y un sobre, con el sello ya puesto. No había hecho más que colocar todo eso sobre la mesa, cuando entró Della Street.

—¿Ha leído usted los periódicos? —preguntó la secretaria, mientras cerraba la puerta y se quitaba su abrigo de pieles.

—Sí —dijo Mason sonriendo.

—Dígame —inquirió Della—, ¿inventó usted todo aquello para dar al juicio un desenlace dramático?

—Naturalmente. ¿Por qué no?

—Pero se expuso usted peligrosamente a violar la ley, y no sé si se escapará usted sin un rapapolvo del Colegio de Abogados.

—No creo que me digan nada. Después de todo, el interrogatorio estaba dentro de la Ley.

—¿A eso llama usted «interrogatorio»? —preguntó Della Street.

—Yo pude haber puesto varias mujeres en fila y decirle a Sam Marson que señalara la que había dejado el pañuelo en el taxi. Hubiera estado dentro de mis derechos, igualmente, al señalar a una mujer y decir que aquélla era la que yo creía que se había dejado el pañuelo en el taxi. Y de la misma manera pude haberle presentado una mujer y preguntarle si estaba seguro de que ella era la del taxi y hasta haberle dicho que realmente era la misma.

—¿...?

—A pesar de todo, sólo me excedí un poquito. Cuando descubrí que no podía reconocer con certeza a la mujer, no hice más que sacar partido de la situación. Busqué una mujer, la vestí, aproximadamente, del mismo modo que vestía la señora Forbes, le derramé el mismo perfume y la envié a que le dijera al conductor del taxi que ella era la que se había dejado el pañuelo en el coche. Naturalmente, Marson no dudó un momento de la autenticidad de aquella mujer, porque no recordaba exactamente la dama que se había dejado el pañuelo en el coche.

»Sabía también que después de haber hablado con la Policía identificaría positivamente a la mujer. Éste es el procedimiento que la Policía tiene de hipnotizar a los testigos. Durante varios días, le mostraron a Bessie, lo menos una docena de veces, sin darle importancia al hecho, de manera que Marson no sabía realmente que se le trataba de hipnotizar. Primero, le mostraron la mujer y le dijeron que aquélla era la que le alquiló el taxi. Luego lo pusieron frente a ella, y le dijeron a ésta que el conductor la había identificado. Ella no dijo nada: se limitó a no contestar a las preguntas. Poco a poco, crearon un estado de conciencia en el conductor, hasta que acabó por convencerse a sí mismo de que aquella mujer era sin duda alguna la que le había alquilado el taxi. Éste es el procedimiento que sigue siempre la acusación, y sus testigos completamente persuadidos afirman así siempre en sus identificaciones.

—Todo eso está bien —dijo Della—, ¿pero qué me dice usted del pañuelo?

—Para que se pueda acusar de hurto, es necesario ante todo que exista el ánimo o la intención de quedarse con el pañuelo. Mae Sibley se apoderó de él para dármelo a mí, y yo se lo entregué a las autoridades. En rigor, yo devolví el pañuelo mucho antes de lo que la Policía hubiera tardado en obtenerlo y al mismo tiempo, les di la información.

Della Street entornó los ojos y meneó la cabeza.

—Tal vez sea verdad todo lo que usted dice —replicó—, pero, de todos modos, no dejó de ser una picardía.

—No lo niego. Mas para eso me pagan. Todo lo que hice se redujo a interrogarlo de un modo que no es el corriente, y antes de

que el fiscal tuviera tiempo de envenenarlo con sus tácticas. Eso fue todo... Y ahora no se quite los guantes.

—¿Por qué? —preguntó Della, mientras se miraba los guantes negros que le cubrían la mano y el antebrazo.

—Porque —dijo Mason—, vamos a hacer otra picardía, y no quiero que en el papel queden marcas de los dedos de usted o míos.

Della se le quedó mirando fijamente por un minuto y luego preguntó:

—¿Es legal lo que vamos a hacer?

Mason se fue hacia la puerta y la cerró con llave.

—Tome una hoja de papel —ordenó— y póngala en la máquina portátil.

—No me gustan las portátiles —contestó Della—. Estoy acostumbrada a la máquina del despacho.

—Las máquinas de escribir lo delatan a uno casi tanto como la escritura propia. Un perito reconoce hoy la clase de máquina en que se ha escrito un cierto documento y puede a la vez identificar la máquina misma, si logra encontrarla.

—Ésta es una máquina portátil nueva —dijo ella.

—Exactamente —dijo Mason— y voy a torcer un poco los tipos para que parezca usada.

Mason cogió la máquina y empezó a doblarle los tipos.

—¿Para qué hace usted eso? —preguntó Della.

—Vamos a redactar una confesión.

—¿Qué clase de confesión?

—La confesión del asesinato de Paula Cartright.

Della miró a Mason con ojos que se le saltaban de la cara.

—Se la vamos a enviar al editor *The Chronicle*.

Della permaneció inmóvil, mirándolo con ojos recelosos, y luego dio un suspiro, se dirigió hacia la silla, sentóse y metió una hoja de papel en la máquina de escribir.

—¿Tiene usted miedo, Della?

—No —contestó la joven—. Si usted me dice que lo haga; yo lo haré.

—Tal vez nos metamos en peligrosas honduras —advirtió Mason—, pero de ocurrir alguna cosa, creo que podré sacarla a flote.

—Bien. Dígame lo que tengo que hacer.

—Voy a dictarle esto —dijo Mason, pausadamente—, y usted

puede ponerlo directamente a máquina. Escriba usted esto, dirigido al editor metropolitano de *The Chronicle*.

Muy señor mío:

Observo que su periódico publica una entrevista con Elizabeth Walker, en la cual se dice que yo había manifestado varias veces el propósito de morir en el patíbulo; que pasaba la mayor parte del tiempo espiondo con unos gemelos la casa de Clinton Forbes conocido entre sus vecinos con el nombre de Clinton Foley.

Todo eso es verdad.

Observo también que ha publicado un artículo en que pide que las autoridades me detengan y que detengan también a mi esposa, Paula Cartright antes de continuar el juicio contra Bessie Forbes, lo cual quiere decir que yo maté a Clinton Forbes.

Esta acusación es injusta y falsa.

Yo no maté a Clinton Forbes; pero sí maté a mi esposa, Paula Cartright.

En las circunstancias presentes considero que el público tiene derecho a saber lo ocurrido.

Perry Mason se detuvo en el dictado, hasta que cesó el tecleo en la portátil indicando que Della lo había alcanzado en la escritura. Mason esperó a que su secretaria levantara los ojos hacia él.

—¿Está usted asustada, Della? —preguntó.

—No. Continúe.

—Esto lleva dinamita dentro —dijo Mason riéndose con ganas.

—¡Cuánta más, mejor! —dijo Della—. Si usted no tiene miedo tampoco lo tengo yo.

—Conforme —dijo—. Sigamos.

Yo vivía feliz con mi esposa, en Santa Bárbara. Clinton Forbes y su mujer eran amigos nuestros. Yo sabía que Clinton Forbes era un sinvergüenza, que carecía en absoluto de escrúpulos morales, pero, a pesar de ello, me era simpático. Sabía también que traía el retortero a media docena de mujeres, pero nunca sospeché que mi esposa era una de ellas. Inesperadamente, lo descubrí, y mi felicidad se acabó en aquel momento. Mi hogar

quedó hecho pedazos, y decidí buscar a Clinton Forbes y matarlo como a un perro.

Tardé diez meses en encontrarlo, hasta que al fin descubrí que vivía en Milpas Drive, con el nombre supuesto de Clinton Foley. Supe que la casa de al lado de la suya estaba vacante y la alquilé, tomando a mi servicio una ama de llaves, que la elegí sorda como una tapia, para que no pudiera charlar con las vecinas. Antes de matar a Clinton Forbes, tuve curiosidad de averiguar algo sobre sus costumbres, cómo se llevaba con Paula, cómo la trataba y si era feliz con él. Con este fin me pasaba horas todos los días espíándoles con mis gemelos.

La tarea era pesada, y en algunas ocasiones logré descubrir ciertos aspectos íntimos de la vida de aquel hombre. Muchos días pasaban, sin embargo, en que no me era posible ver nada. Al fin, llegué a convencerme de que Paula era una desgraciada con aquel hombre.

A pesar de todos mis proyectos no logré realizarlos. Esperé hasta que una noche oscura me brindó la ocasión para llevar a cabo mis intenciones. Éstas eran matar a Forbes y reclamar mi legítima esposa. Le di al ama de llaves una carta para mi abogado. En esa carta incluí mi testamento, pues quería que en caso de que me ocurriese alguna cosa, mis asuntos quedasen muy bien arreglados.

Encontré la puerta de atrás de la casa cerrada, pero no con llave. Clinton Foley tenía un perro lobo, Prince, que era su guardián, pero el perro me conocía, pues había sido amigo de Clinton Forbes, cuando todos vivíamos en Santa Bárbara. En lugar de ladrarme, el perro se alegró de verme. Prince se llegó hasta mí y me lamió la mano. Yo le di unas palmaditas en la cabeza y entré luego en la casa. Al cruzar la biblioteca, me encontré con mi mujer. Me miró asombrada y lanzó un grito. Yo la agarré y amenacé con ahogarla, si no callaba.

Mi mujer se desmayó de miedo. Le dije que se sentara y hablé con ella. Me dijo que Clinton Forbes y su ama de llaves, Thelma Benton, se entendían, y que esos amores clandestinos eran anteriores a su fuga; que Forbes había salido con Thelma Benton y que ella estaba sola en la casa; que el cocinero Ah Wong se había ido a reunirse con unos amigos chinos, como tenía

costumbre de hacer.

Yo le dije que pensaba matar a Forbes y que quería que ella se viniese conmigo. Trató de disuadirme y me dijo que no me quería, y que no podía ser feliz conmigo, amenazando con avisar a la policía. Se fue hacia el teléfono. Yo forcejeé con ella, y se puso a gritar. Entonces la ahogué.

Es difícil que pueda explicar las emociones de aquel momento. Yo quería apasionadamente a mi mujer, aunque sabía que ella no me quería a mí. Ella trataba de defender al hombre que me había traicionado y a quien yo odiaba con todo mi corazón. No supe lo que hacía. Sólo recuerdo que le estrujé el cuello con frenética violencia. Cuando me di cuenta de lo que hacía, Paula estaba ya muerta. La había ahogado con mis propias manos.

Clinton Forbes estaba entonces ensanchando el garaje. Estaba a punto de echar el cemento y colocar el suelo. Me fui al garaje y encontré allí un pico y una pala. Hice una hoyo, enterré allí el cuerpo de mi mujer, coloqué la tierra sobrante en una carretilla y la volqué en la puerta de atrás de la casa. Quise esperar a que llegara Clinton Forbes, pero no me atreví. Lo que acababa de ocurrir me hizo perder el valor y la serenidad. Estaba temblando, como la hoja en el árbol al pensar que mi temperamento me había traicionado y hecho matar a la mujer a quien yo quería. No me di cuenta, sin embargo, de que mi crimen no sería descubierto. Los albañiles iban a cubrir aquel lugar con cemento y eso sería bastante para ocultar mi crimen. Me fui a otro barrio de la ciudad, tomé allí una habitación, bajo nombre supuesto, y allí he vivido desde entonces.

Hago esta confesión porque creo que es justo que lo haga. Maté a mi mujer, pero no maté a Clinton Forbes, aunque querría haberlo asesinado yo, pues merecía que lo mataran.

No es posible que me descubran, con las precauciones que he adoptado para ocultar mi identidad.

Perry Mason esperó a que la joven terminara de escribir en la máquina. Luego tomó el papel y lo leyó cuidadosamente.

—Está muy bien —dijo.

Della lo contempló con ojos de asombro.

—¿Qué va usted a hacer con ese papel? —preguntó.

—Voy a falsificar la firma de Arturo Cartright, copiándola de la que puso en su testamento.

Volvió a mirar a Mason, como si estuviera hipnotizada, se fue a la mesa, tomó una pluma, la mojó en el tintero y se la puso en la mano. Sin decir una palabra, se dirigió luego a la caja, dio vuelta a la combinación, abrió las puertas, sacó el testamento de Arturo Cartright y se lo entregó a Mason.

En el más profundo silencio, Perry Mason se sentó al escritorio, hizo varios ensayos en un pedazo de papel, y finalmente falsificó la firma de Arturo Cartright sobre la confesión que le había dictado a Della... Dobló luego el papel, y le entregó a Della el sobre ya timbrado.

—Diríjase —dijo Mason— al editor metropolitano del *The Chronicle*.

—¿Qué piensa usted hacer ahora? —preguntó Della.

—Echar la carta al correo —contestó él—, hacer desaparecer esta máquina de escribir, de manera que las autoridades no la encuentren nunca, tomar un taxi y volverme a casa.

Ella lo miró fijamente y luego se dirigió hacia la puerta. Allí se detuvo un momento, con la mano apoyada en el pomo, y luego se volvió hacia donde estaba Mason.

—Jefe —dijo cariñosamente—, ¿por qué hace usted eso?

—¿El qué?

—Exponerse de esta manera.

—No tengo más remedio que hacerlo —dijo él.

—Pero no está bien —observó Della.

—Todo está bien, si no sale mal.

—¿Y qué es lo que usted se propone?

—Quiero —dijo Mason— que se levante el cemento en ese garaje y que registren bien todo aquel sitio.

—Entonces, ¿por qué no ir directamente a las autoridades y pedirles que lo hagan?

Perry Mason dejó escapar una risita irónica.

—¿Cree usted que lo harían? —dijo—. Esa gente detesta mis métodos. Se han propuesto condenar a Bessie Forbes, y no harán nada que pueda debilitar la acusación delante del Jurado. Ellos parten del principio de que esa mujer es culpable y no quieren saber

más. Se niegan en absoluto a escuchar a nadie y si yo les pido algo, naturalmente, pensarán que se trata de una de mis estratagemas.

—¿Qué ocurrirá, pues, cuando mandemos esta carta a *The Chronicle*? —preguntó Della.

—Ya estoy viendo levantar el piso del garaje —contestó Mason.

—¿Cómo lo van a hacer?

—Haciéndolo.

—¿Tienen que pedir permiso a alguien?

—No sea usted cándida —le dijo Mason—. Forbes compró la casa, y Forbes ha muerto. Bessie Forbes es su mujer, y si sale absuelta de esta causa ella será la que herede la finca.

—¿Y si no sale absuelta? —preguntó dubitativa Della Street.

—Saldrá; no se inquiete usted —dijo Mason en tono definitivo.

—¿Por qué cree usted que en el garaje hay enterrado un cuerpo? —preguntó Della Street.

—¿Se acuerda usted cuando Arturo Cartright vino a este despacho la primera vez?

—Me acuerdo perfectamente.

—¿Usted recuerda lo que dijo? Quería hacer testamento a favor de una mujer que vivía en la casa de Milpas Drive y pasaba por la esposa de Clinton Foley.

—Sí.

—Muy bien. Luego, Cartright me envió el testamento, y éste no decía eso.

—¿Por qué?

—Porque —dijo Mason— él sabía entonces que no tenía por qué dejarle sus bienes a una mujer que estaba muerta.

»De un modo o de otro, había descubierto que su esposa había muerto.

—¿Entonces, no fue él quien la mató?

—No diré tanto como eso, pero no creo que fuese él.

—Pero ¿no es un delito el falsificar una confesión de esta clase?

—En algunas circunstancias puede serlo —dijo Perry Mason.

—No alcanzo a comprender en qué circunstancias puede dejar de ser un delito —le dijo Della.

—De eso hablaremos cuando llegue la ocasión.

—¿Y usted cree que Arturo Cartright sabía que su esposa había muerto?

—Si Cartright la quería, y durante diez meses se había dedicado a buscarla. Durante dos meses había vivido en la casa de al lado de la suya, espiando al hombre que odiaba, con el solo fin de saber si su esposa era feliz con aquel hombre. Había resuelto él matar a Clinton Forbes, pero presentía que sería ejecutado por ese crimen. Sus bienes, quería que fuesen a parar a su esposa, no a la esposa de Forbes, sino a Paula Cartright, pero no quería hacer testamento a favor de Paula Cartright antes de matar a Forbes, porque él pensaba que ello acarrearía una investigación. Así, pues, hizo su testamento, o pensaba hacer su testamento, de manera que su propiedad fuese a parar a la mujer que figuraba con el nombre de Evelyn Foley.

»Fácilmente se advierte cuál era su plan. Su propósito era evitar que se descubriese nada del pasado. Quería matar a Foley y pagar con la vida su crimen. Él quería que su propiedad fuese a manos de la mujer que figuraría como viuda del muerto, y hacer las cosas de manera que nadie se molestase en investigar nada, ni se hiciese necesario ahondar mucho en cuestiones de identidad. La idea de Arturo Cartright era, pues, el evitar escándalo y publicidad.

Della se quedó inmóvil, con los ojos bajos, mirándose las puntas de los pies.

—Sí —dijo—. Creo que ya entiendo.

—Y entonces —dijo Perry Mason— sucedió alguna cosa que hizo cambiar de idea a Arturo Cartright. Se enteró de que era inútil dejarle la fortuna a Paula, su esposa, y quiso dejársela a alguien, sabiendo que no iba a vivir. Él se había comunicado, indudablemente, con Bessie Forbes, y sabía que estaba en la ciudad, y así, le dejó sus bienes a ella.

—¿Por qué cree usted que se había visto con Bessie Forbes? —preguntó Della.

—Porque el conductor del taxi dice que Bessie Forbes le mandó que llamase al teléfono Parkcrest seis dos nueve cuatro cinco, que era el número de Cartright, y le dijese a Arturo que fuera a la casa de al lado de Clinton. Esto indica que Bessie sabía dónde él estaba y que él sabía igualmente que ella estaba enterada.

—Ya veo —dijo Della Street, que permaneció en silencio varios segundos.

»¿Está usted seguro —preguntó— de que la esposa de Cartright no se escapó con éste, dejando a Clinton Forbes, de la misma

manera que había dejado a Cartright en Santa Bárbara?

—Estoy todo lo seguro que humanamente cabe.

—¿Por qué está usted seguro?

—La nota —dijo él— no estaba escrita de mano de Paula Cartright.

—¿De eso está usted también seguro?

—Virtualmente —dijo—. Es, aproximadamente, la misma letra que aparece en el impreso del telegrama enviado desde Midwick. Me he hecho enviar copias desde Santa Bárbara de la escritura de Paula Cartright, y no se parece en nada a las otras.

—¿Lo sabe eso el fiscal?

—Me parece que no.

Della Street contempló meditativamente a Mason.

—¿Estaba escrita la nota de mano de Thelma Benton? —preguntó Della.

—Tengo varias muestras de la escritura de Thelma Benton, y son diferentes de la caligrafía de la nota y de la del impreso telegráfico.

—¿De la señora Forbes? —preguntó ella.

—No, tampoco. Ya hice que Bessie Forbes me escribiera una carta desde la cárcel para comparar.

—En *The Chronicle* hay un artículo. ¿Lo ha leído usted?

—No. ¿Qué dice?

—Dice que, en vista de la dramática sorpresa con que atacó el testimonio del conductor del taxi, no tiene usted más remedio que obligar a la procesada a que declare y explique su participación en el hecho. El editor dice que todo este misterio, que encaja perfectamente en el caso de un criminal empedernido, acusado de un crimen, de que todo el mundo sabe que es culpable, y con el solo fin de ejercitar sus derechos constitucionales, no se aviene con una mujer del tipo de Bessie Forbes.

—No he visto ese artículo —dijo Mason.

—¿Va a hacer cambiar sus proyectos?

—De ninguna manera —contestó el abogado—. Yo soy el defensor, y no voy a alterar mi criterio nada más que porque así le parezca a un periodista por muy importante que sea éste.

—Todos los periódicos de la noche —continuó Della— le felicitan por la habilidad con que llevó el caso hasta producir el dramático desenlace de poner en duda el testimonio del conductor

del taxi, antes de que el fiscal tuviera tiempo de preparar la acusación.

—No hubo habilidad alguna de mi parte —manifestó Perry Mason—, Claude Drumm cayó en su propia trampa. Empezó por intimidar a mi testigo, y no lo iba yo a tolerar. La cogí del brazo y la llevé al despacho del juez, para protestar del atropello. Yo sabía que Drumm iba a denunciar que mi conducta no era profesional, y le salí al paso antes de que lo hiciera.

—¿Qué pensó el juez Markham de ese incidente? —preguntó Della.

—No lo sé, y lo que es más, me importa un bledo lo que nadie pueda pensar. Sé cuáles son mis derechos y me amparo en ellos, pese a quien pese. La defensa de mi cliente es mi supremo deber.

Súbitamente, Della se llegó a él y le puso la mano en el hombro.

—Jefe —le dijo—, he dudado de usted una vez, y quiero que sepa que nunca más perderé la fe en usted. Estoy a su lado, con razón o sin ella.

Mason se sonrió y le dio una palmadita cariñosa en el hombro.

—Muy bien. Tome un taxi y váyase a casa. Si alguien quiere hablar conmigo, usted no sabe dónde estoy.

Della asintió con un gesto, y esta vez salió por la puerta sin detenerse.

Perry Mason esperó a que bajase en el ascensor. Entonces, apagó la luz, se puso el abrigo, cerró la puerta, cogió la portátil y tomó su automóvil, con el que se dirigió a otro barrio de la ciudad. Allí echó la carta en un buzón de Correos y siguiendo una ruta tortuosa, se marchó hacia unos estanques de las afueras de la ciudad. Condujo el automóvil a lo largo de la orilla, llevó el vehículo despacio, cogió la máquina de escribir y la tiró al agua. Cuando el agua saltó, al choque de la máquina de escribir, formando un minúsculo géiser, Perry Mason ponía el automóvil a toda marcha.

Capítulo 19

Los radiadores seguían silbando en el edificio cuando Perry Mason se sentó a hablar con Paul Drake.

—Paul —le dijo—, ando buscando un hombre que sea algo temerario.

—Tengo sobra de ellos —dijo Drake—. ¿Qué quieres que haga ese hombre?

—Quiero que llame por teléfono a Thelma Benton y le diga que es un periodista de *The Chronicle*, que el editor metropolitano ha resuelto pagar diez mil dólares por el cuaderno de memorias, si realmente merece la pena.

»Quiero que ese individuo se encuentre con Thelma Benton en un sitio en que pueda examinar ese cuaderno. Puede que Thelma tenga o que no tenga ese cuaderno de memorias, y dudo si lo dejará escapar de sus manos para que lo examinen. Pero no me cabe duda que dejará examinarlo en su presencia.

»Quiero que ese hombre busque en el cuaderno las notas relativas a la fecha dieciocho de octubre y que arranque la hoja.

—¿Qué hay en esa hoja, que tanto interés tienes en poseerla? —preguntó el detective.

—No lo sé.

—Va a armar un escándalo.

—Así lo espero.

—¿Qué puede pasarle de malo a una persona que haga eso?

—No mucho —dijo Perry Mason—. Tal vez traten de amedrentarlo, pero no pueden pasar de ahí.

—¿Podría demandar a alguien por daños y perjuicios, si la hoja se publicara?

—No pienso hacerla pública. Todo lo que quiero es que ella sepa que yo la tengo.

—Una vez más —observó Drake— te digo que estás navegando en aguas peligrosas, aunque esto directamente no me incumbe, y sé muy bien que no necesitas de mi consejo para el ejercicio de la abogacía.

—Ya sé el peligro en que me meto —dijo indolente, Perry Mason—, pero a mí no me pueden hacer nada. Todo cuanto he hecho hasta hoy lo he hecho porque tenía derecho a hacerlo. Cualquier periódico hace cosas diez veces peores todos los días y nadie se mete con él.

—Pero tú no eres un periódico —observó con ironía Drake.

—Ya sé que no lo soy —dijo Mason—, pero soy abogado y represento a un cliente que tiene derecho a que se le haga justicia, y por encima de todo, voy a lograr que se le haga.

—¿Y es todo ese efectismo espectacular y dramático lo que tú llamas hacer justicia?

—Precisamente. Yo sólo busco el sacar a luz los hechos, y voy a sacarlos a la luz esta vez también.

—¿Todos los hechos, o sólo los que sean favorables a tu cliente?

—No vas a esperar que trate de hacerle el caldo gordo al fiscal. ¡Allá él!

Paul Drake echó la silla hacia atrás.

—¿Nos defenderás tú si nos metemos en un lío con Thelma Benton? —preguntó Drake.

—Puedes estar seguro —contestó Perry Mason—. Yo no te meteré en ningún lío en que no me sienta capaz de meterme yo.

—Lo único es que tú te metes en demasiadas honduras —dijo el detective—. Incidentalmente, vas adquiriendo fama de ser el mago de la Jurisprudencia.

—¿Qué quiere decir eso del «mago»? —preguntó Perry Mason.

—La gente cree que eres capaz de sacar un veredicto de inocencia de un sombrero de copa, lo mismo que uno de esos prestidigitadores de las ferias —explicó Drake—. Tus métodos no son ordinarios; son dramáticos y efectistas.

—Nosotros no somos como los ingleses, a quienes gusta que todas las cosas de la vida se conduzcan con orden y dignidad. Nosotros preferimos lo dramático y lo espectacular. Es una de las debilidades nacionales. Todo lo que hacemos queremos que tenga luces y efectos decorativos.

—De todas maneras, ésa es la forma en que tú lo haces —dijo Drake, poniéndose en pie—. El ardid de esta tarde fue estupendo. Los periódicos se han olvidado de Bessie Forbes y conceden todo el espacio a la manera en que anulaste el testimonio del conductor del taxi. Todos los periódicos convienen en que ese testimonio ha perdido toda su eficacia.

—Y, efectivamente, no tiene ya ninguna —dijo Perry Mason.

—Mas, a pesar de todo —interpuso meditativamente Drake—, tú sabes y yo lo sé también que Bessie Forbes fue a la casa de Milpas Drive en aquel taxi.

—Todo eso no pasa de ser una conjetura o suposición, hasta que el fiscal demuestre que los hechos ocurrieron realmente de ese modo.

—Pero ¿cómo va a probarlo ahora cuando el testimonio del conductor del taxi con tus mañas, ahora, no vale un comino?

—Eso es cosa del fiscal —dijo Mason.

—De acuerdo —dijo Drake—. Yo me voy. ¿Quieres algo más?

—Creo que por ahora nada más.

—Bien sabe Dios que es bastante —replicó Drake, marchándose del despacho.

Perry Mason echó hacia atrás el sillón y cerró los ojos. Por unos momentos se quedó inmóvil, con excepción de los dedos que tamborileaban sobre el brazo del sillón. Se hallaba sentado en aquella posición cuando se oyó abrir la puerta. Frank Everly entró en el despacho.

Frank Everly era el pasante de Mason, que se cuidaba de los detalles legales y le acompañaba a la Audiencia en los juicios. Frank era joven, despierto y poseído de gran entusiasmo.

—¿Puedo hablar con usted un momento, jefe? —preguntó.

Perry Mason abrió los ojos.

—Sí —dijo—. ¿Qué quiere usted?

Frank Everly se sentó en el borde de la silla, dando muestras de inquietud.

—No se detenga hombre —dijo impaciente Mason—. ¿Qué pasa?

—Venía a pedirle como un favor especial que llamara a declarar a Bessie Forbes.

—¿Con qué objeto? —preguntó Mason, con curiosidad mal

disimulada.

—He estado escuchando toda clase de conversaciones —dijo Everly—, y no precisamente las conversaciones de la calle, sino de abogados, jueces y periodistas.

Mason se sonrió pacientemente.

—Muy bien, Everly. Cuénteme lo que ha oído.

—Si no hace que declare Bessie Forbes, y condenan a la mujer, ha acabado usted como abogado.

—Muy bien —dijo Mason—; acabaré como abogado.

—Pero ¿no ve usted? —dijo Everly—. La mujer es inocente. Todo el mundo sabe que es inocente, ahora. La acusación está basada en pura evidencia circunstancial. Todo lo que necesita es que ella niegue ser culpable, y el Jurado la absolverá.

—¿Es ésa realmente la opinión de usted? —preguntó Mason, con curiosidad.

—Naturalmente.

—¿Y usted cree que es una pena que yo no la deje declarar en el Jurado?

—Creo que es una responsabilidad que usted no puede aceptar —dijo Everly—. No quiero que interprete mal mis palabras, pues sólo hablo en términos profesionales, como de un abogado a otro. Usted tiene un deber con su cliente, otro para con la profesión y otro con usted mismo.

—Y supongamos que hago declarar a esa mujer, que cuenta su historia y luego nos la condenan —dijo Perry Mason.

—¡Pero eso no puede ser! —exclamó Everly—. Tiene la simpatía de todo el mundo, y ahora que no queda ya ni la declaración del conductor del taxi, ¿qué otra cosa cabe esperar sino la absolución?

Perry Mason se quedó mirando a su pasante.

—Frank —le dijo—, nada me ha llenado de satisfacción en este asunto como esta conversación que hemos tenido.

—¿Por qué? —preguntó Everly.

—Porque usted cree ahora que ella es inocente —dijo Mason—. Todo el mundo cree ahora que ella es inocente, y el Jurado también cree que es inocente. Si hago declarar a Bessie Forbes, no puedo conseguir con ello que nadie crea que es más inocente de lo que la creen ahora. Si no la hago declarar, la gente puede que crea que tiene un imbécil por abogado, pero la absolverán, y eso es lo

importante.

»Ahora voy a decirle algo, joven, que probablemente no le estorbará saber. Hay muchas maneras de llevar una causa criminal. Una es la que adoptan muchos abogados que no tienen concepto del valor del tiempo, que no se forman un plan de campaña, como no sea el aparecer en la Audiencia y oponerse a todo lo que dice el fiscal, sacando los hechos lentamente, hasta que el Jurado, a última hora, se aburre y no se entera de nada. Otro método es el dramático. Y éste es el que yo trato de seguir.

»En algún punto de la causa, el fiscal va a terminar la acusación, y yo voy a crear tal conmoción y tal pánico moral, que la simpatía del Jurado se va a inclinar enteramente por la procesada. Y en ese momento voy a entregar a esa mujer a la merced del veredicto. Éste lo darán en su favor, sin preocuparse de si es inocente o culpable.

—¿Y si la cosa no sale como se espera? —preguntó Everly.

—Entonces —dijo Mason—, acabaré como abogado.

—Pero usted no tiene derecho a correr ese riesgo —insistió Frank Everly.

—¿Que no tengo derecho? A lo que no tengo derecho es a nada más.

Mason se puso en pie, apagó las luces y dijo:

—Frank, vámonos a casa.

Capítulo 20

Claude Drumm abrió el ataque a la mañana siguiente con indicaciones evidentes de hallarse aún resentido de la derrota que había sufrido el día anterior.

Su actitud era sombría, formal y agresiva. Drumm hizo hincapié en los sangrientos detalles del drama, para que los jurados tuviesen en todo momento en cuenta que se había cometido un crimen, nada menos que un crimen, en el curso del cual se había invadido la santidad de un hogar, y en que el dueño de la morada había sido asesinado a sangre fría, mientras se estaba afeitando.

Los testigos desfilaron ante el Jurado, y cada uno de ellos contestó a las breves pero incisivas preguntas del fiscal, que así añadía nuevos y más trágicos tonos al cuadro que se proponía presentar ante el Jurado.

Los testigos eran los policías que acudieron al lugar del crimen. Éstos describieron lo que habían visto en la biblioteca de la casa de Forbes, indicaron la posición del cuerpo de la víctima, tendido en el suelo de aquella suntuosa habitación, y hasta un primer plano de la cabeza del perro, que revelaba al animal con sus ojos vidriosos, la lengua que le colgaba de la boca y el inevitable charco de sangre en que el cuerpo del animal se bañaba.

Vino luego el médico forense, que dictaminó sobre el resultado de la autopsia, la trayectoria de los proyectiles, la distancia a que se habían disparado, con la evidencia aportada por las quemaduras de la pólvora en la piel de Forbes y en el pelo del animal.

De cuando en cuando, Perry Mason aventuraba en tono indiferente y apagado alguna pregunta, con el fin de hacer resaltar algún hecho, o para explicar alguna circunstancia a que el testigo hubiera podido referirse en su declaración. Pero por ninguna parte aparecía aquella batalla de ingenios que el público había ido a

presenciar; aquel fulgor dramático que caracteriza al defensor espectacular y efectista.

Los asistentes se habían congregado en gran número para presenciar un espectáculo teatral. En sus rostros se advertían las sonrisas de la emoción y el goce anticipados. La gente miraba al defensor; unos a otros se tocaban con el codo y señalaban con orgullo a aquella maravilla de abogado que se llamaba Perry Mason. Poco a poco, esas sonrisas iban desapareciendo de los semblantes de los espectadores. En su lugar aparecieron gestos de desagrado e impaciencia, miradas agresivas hacia la procesada. Ésto había sido un horrible asesinato y alguien tenía que explicarlo.

Los miembros del Jurado se habían acomodado en sus sitiales, saludando con cierta efusión a Perry Mason y dirigiendo a Bessie Forbes una tolerante y comprensiva mirada. Al mediodía, el Jurado evitaba mirar siquiera a Perry Mason, y se inclinaba ávidamente para recoger los detalles fúnebres aportados por los testigos.

Frank Everly tomó el *lunch* con Perry Mason. Era evidente que Everly estaba afectado, y escasamente probó la sopa, mordisqueó la comida y ni siquiera pidió el postre.

—¿Me permite que le diga una cosa? —preguntó por fin, cuando Perry Mason se había echado hacia atrás en la silla, dispuesto a disfrutar el cigarrillo que llevaba en los labios.

Perry Mason lo contemplaba con ojos pacientes y tolerantes.

—¿Por qué no? —dijo Mason.

—Este caso se le está escapando de las manos —manifestó Frank Everly.

—¿De veras?

—He escuchado los comentarios en la sala. Esta mañana pudo usted haber logrado la absolución de esa mujer sin ninguna dificultad. Ahora, no es probable que se escape, a no ser que pueda demostrar que no estuvo en la casa. El Jurado comienza a reaccionar ante los horrores de la acusación. El Jurado no ve ya más que un asesinato cometido a sangre fría. Imagínese el partido que Drumm va a sacar de ese perro leal que da la vida para defender la de su dueño. Cuando el forense declaró que la pistola, al disparar, estaba nada más a unas pocas pulgadas del pecho del animal, y a menos de dos pies de distancia del pecho de Forbes, pude observar cómo algunos de los jurados se estremecían de terror.

Perry Mason no pareció alterarse con el pesimismo de su pasante.

—No deja usted de tener razón, Frank —dijo—, y el golpe más temible va a darlo el fiscal esta tarde, tan pronto como se reanude la vista.

—¿A qué golpe se refiere usted? —preguntó Frank Everly.

—O mucho me equivoco —dijo Perry Mason—, o el primer testigo, inmediatamente después del *lunch*, será el individuo traído ex profeso de Santa Bárbara, con el registro de la tienda de armas de fuego. Este testigo mostrará en el registro la fecha de la venta de la pistola con que se cometió el crimen, cuándo se recibió, cuándo se vendió, y reconocerá, finalmente, a Bessie Forbes como la persona que adquirió la pistola. Después presentará el registro y enseñará su firma. Esta declaración, encima de la atmósfera creada durante la mañana, acabará por arrebatar toda la simpatía que el público pueda aún sentir por Bessie Forbes.

—Pero usted puede evitarlo todavía de algún modo —dijo Everly—. Usted puede hacer objeciones, atraerse la atención del público y del Jurado hacia usted mismo e impedir que en esa atmósfera tan desfavorable se ahogue nuestra última esperanza de salvar a esa mujer.

Perry Mason lanzó plácidamente una bocanada de humo.

—Pero no quiero impedirlo —dijo Mason.

—¿No podría usted, al menos —dijo Frank Everly—, tratar de influir en el ánimo del Jurado para impedir que éste se deje vencer completamente por tal cúmulo de horrores?

—Eso es precisamente lo que ando buscando —dijo Mason.

—¿Y con qué objeto? —preguntó intrigado y ansioso, Frank Everly.

Perry Mason se sonrió.

—Óigame, Frank —dijo Mason—, ¿ha sido usted alguna vez candidato a algún cargo político?

—No, nunca —contestó Everly.

—Si usted lo hubiera sido alguna vez, comprendería lo frágil e inestable de la lealtad que conservan las multitudes.

—No sé a qué se refiere usted.

—La multitud no sabe lo que es lealtad y es poco constante en sus simpatías —dijo Perry Mason—. Y un Jurado no es más que una

manifestación de la psicología de la muchedumbre.

—Todavía sigo sin ver lo que usted se propone —dijo el pasante.

—Usted ha asistido seguramente al teatro más de una vez —dijo Perry Mason.

—Sí, muchas veces.

—Usted ha visto algunas obras en las que ha habido una escena de fuerte emoción, con algún pasaje de esos que arrancan las lágrimas y nos atan un nudo a la garganta y escasamente podemos respirar.

—Sí, he visto todo eso —contestó Everly, un tanto escéptico—, pero todavía sigo sin ver la relación que ello tenga con el caso que nos ocupa.

—Trate de recordar la última función que usted vio en el teatro —dijo Perry Mason, observando las curvas que describía el humo de su cigarrillo.

—Hace unas noches nada más, estuve en el teatro —dijo Everly.

—¿Se acuerda usted ahora del pasaje más dramático de toda la obra, aquél en que aprieta más fuertemente el nudo en la garganta y en que más se humedecen los ojos?

—Me acuerdo perfectamente. No me olvidaré con tanta facilidad. Era una escena en que una mujer...

—No se trata ahora de que me describa la escena —interrumpió Perry Mason—. Sólo permítame que le pregunte: ¿qué hacía usted tres minutos después de aquella escena emocional?

Everly miró a Mason, sorprendido.

—Pues seguía sentado en mi butaca. ¿Qué otra cosa esperaba usted que hiciese?

—No me refiero a eso —contestó Perry Mason—. ¿Qué emoción le poseía tres minutos después de aquella famosa escena?

—No sé —dijo Everly—. Estaba con la vista fija en el escenario y...

Súbitamente se sonrió.

—Ahora —dijo Perry Mason— me parece que comienza usted a comprender. ¿Qué hacía usted?

—Estaba riéndome —dijo Everly.

—Exactamente —dijo Mason, como si tal palabra pusiera término a la controversia.

Everly contempló a Mason con asombro.

—Pero no veo, de todas maneras —dijo—, la relación que esto guarda con el caso ante el Jurado.

—Más relaciones de las que parece —contestó Perry Mason—. El Jurado es como el público. Un público no muy numeroso, pero un público al fin. Los autores, si han de tener éxito, necesitan conocer los resortes de la naturaleza humana y cuanto hay de incierto y errático en la mente de la multitud. Estos autores saben que las masas son incapaces de lealtad; que no pueden sostener una emoción por mucho tiempo. Si en esa obra a que usted asistió la otra noche no hubiese habido una escena en que el público pudiese reírse, la obra hubiera sido un fracaso.

»Ese público era falso como lo son todos los públicos del mundo. Durante un cierto período habrían sufrido los embates de la emoción, de la simpatía por la heroína, en los momentos más difíciles para ésta. La piedad que sentían por ella era auténtica; sincera la compasión. El público se hubiera dejado matar, con tal de salvarla. Hubieran matado al traidor y al villano, si lo hubieran podido coger entre las manos. La simpatía que sentían por la heroína era sincera y de todo corazón. Pero esa emoción no podía durar más de tres minutos. Después de todo, se trataba de algo que le pasaba a la heroína no al público, y después de haber sentido la compasión por el prójimo en toda su fuerza, querían nivelar la balanza emocional con una risa. El astuto comediógrafo conocía esto, y dio al público la ocasión de reírse. Y si usted ha estudiado psicología, usted sabe perfectamente con qué avidez el público recibe toda ocasión de reírse que la función le brinda.

Los ojos de Everly se animaron.

—Muy bien... Cuénteme ahora cómo esta teoría es aplicable al Jurado. Me parece que voy comprendiendo.

—Este caso —dijo Mason— va a terminar rápida, breve e inesperadamente. El fiscal se ocupa de hacer hincapié en los horrores del crimen; en demostrar que no se trata de una batalla de ingenios, sino de hacer expiar un crimen cometido por esa mujer. Ordinariamente, la defensa trata de impedir que esa impresión de horror llegue a dominar el ambiente. Cuando se exhibe una fotografía sangrienta, se pone en pie en seguida y protesta. Extiende los brazos y grita desahogado para demostrar su tesis. Se agacha amenazante ante los testigos y les apunta con un dedo

acusador en el interrogatorio, tendiendo a romper la cadena emocional, a ablandar el horror de la situación y a atraerse la atención del Jurado hacia el drama que se desarrolla en la sala, para hacerles olvidar la escena del crimen.

—Eso es precisamente —atajó Everly— lo que yo esperaba que usted hiciera en este caso.

—No —dijo Mason, pausadamente—, es bueno siempre hacer lo contrario de lo que la gente acostumbra, especialmente con un fiscal como Claude Drumm. Éste es un luchador frío y calculador; un adversario tenaz y peligroso, pero desprovisto de sutileza en el razonamiento. Claude Drumm carece de lo que se llama sentido de los valores relativos. No es intuitivo, ni espontáneo, y es incapaz de sentir el estado de ánimo del Jurado. Su táctica es echar, como se dice, toda la carne en el asador, después que la defensa ha hecho todo lo imaginable para borrar en la mente del Jurado los horrores de la situación descrita por el fiscal. ¿Se ha fijado usted alguna vez cuando dos individuos tiran de los extremos de una cuerda en direcciones contrarias, cómo uno de ellos afloja de pronto y hace caer de espaldas a su contrincante? ¿Se ha fijado?

—Éste cae —continuó Perry Mason— por la sencilla razón de que tiraba con demasiada fuerza. Al tirar, esperaba que su contrincante tirase con tanta fuerza como él, y al no ser así, es vencido por la propia vehemencia de su esfuerzo.

—De la misma manera, el Jurado ha venido esta mañana con el carácter de un espectador, ansioso de presenciar una sesión dramática. Drumm les pintó la situación con todos los negros colores. Yo no hice nada para combatirle y Drumm se embriagó con su propia orgía. Los miembros del jurado, después de una mañana de horrores, están ya saturados. Drumm continuará su misma táctica esta tarde. El ánimo del Jurado buscará instintivamente un alivio a tan cruenta prueba. A estas horas, o muy pronto, desearán que se ofrezca algún accidente de que puedan reírse. Inconscientemente, rogarán por que la vista les depare algo dramático, como ocurrió ayer, para aliviar la monotonía. Esto es lo que se llama el esfuerzo subconsciente de la mente para ajustarse a sí propia. Después de tal saturación de horrores, la mente busca en la risa una válvula o un antídoto. Esta falsedad o inconsciencia es ingénita en la naturaleza humana.

»Recuerde siempre que en juicio nunca se debe despertar un tipo de emoción en el Jurado y machacar luego sobre el mismo tema.

»Elíjase, si se quiere una emoción dominante, pero abandónese a los pocos minutos, para pulsar otra fibra, y volver luego a la primera. El pensamiento humano es como un péndulo. Se le puede hacer oscilar poco a poco al principio, y luego, con una fuerza mayor, hasta romper por la indignación contra la parte opuesta. Mas si se trata de mantener la atención del Jurado por más de quince minutos en un solo tema, el orador se encuentra con que el Jurado ha cesado de escucharle antes de terminar de hablar.

—Entonces —cedió Everly—, lo que usted se propone es sembrar el pánico entre el jurado de esta tarde.

—Sí —dijo Perry Mason—, esta tarde el caso no se va a resolver; va a estallar. La vista avanza rápidamente al no oponerme yo a nada de lo que dice el fiscal. El caso se le está escapando de las manos al propio Drumm, con tal cúmulo de horrores como él se ha esforzado por pintar, para edificación del paciente Jurado, durante todo este tiempo. El Jurado no puede aguantar tantos horrores, y están esperando cualquier momento que se les brinde a manera de alivio emocional.

»Claude Drumm esperaba vencer en la lucha por medio de su obstinación y entereza. En lugar de ello se encuentra con que nadie se le resiste, y va a galope tendido por la cuesta de abajo, con tal rapidez, que las fuerzas se le agotan en el ataque.

—¿Y usted espera, de verdad —preguntó Everly—, salirle al paso a Drumm esta tarde?

—Esta tarde —afirmó Mason, con determinación en la mirada—, voy a obtener un veredicto de inculpabilidad. —Mason apagó el cigarro contra el cenicero, echó la silla hacia atrás y se levantó—. ¡Vámonos, joven —dijo—, que se está haciendo tarde!

Capítulo 21

Tal como Perry Mason lo había supuesto, Claude Drumm hizo declarar al dependiente de la tienda de armas de fuego, que había venido especialmente desde Santa Bárbara. El dependiente reconoció el arma con que se había cometido el crimen, y que era la misma que él había vendido a la procesada el 29 de septiembre del año anterior. El testigo mostró la firma de Bessie Forbes en el registro de la tienda armería.

Claude Drumm vio desaparecer al testigo, y luego, volviéndose hacia la sala, dijo dramáticamente:

—¡Thelma Benton!

Thelma Benton prestó testimonio en voz baja, pero de cierta resonancia. A las preguntas del fiscal, expuso la tragedia de Clinton Forbes, la vida de éste en Santa Bárbara, al haberse enamorado de Paula Cartright, su huida de Santa Bárbara, la compra de la casa de Milpas Drive, la felicidad de Forbes y su ilegítima compañera, el misterioso vecino, el incesante espionaje con los gemelos, el haberse dado cuenta de que el nuevo vecino no era otro que el marido burlado, la marcha repentina de Paula Cartright y, finalmente el crimen.

—La defensa puede interrogar a la testigo —dijo Claude Drumm, triunfante.

—La Sala —dijo— se da cuenta de la importancia de este testigo, y suponiendo que, a eso de las tres y media, se concederá el descanso acostumbrado de cinco o diez minutos, estoy dispuesto a comenzar el interrogatorio, ahora y suspenderlo durante el período de descanso, pero aparte de esa interrupción, quiero reservarme el derecho de interrogar a la testigo sin interrupción alguna, durante el resto de la tarde.

El juez Markham arqueó las cejas y miró a Claude Drumm.

—¿Tiene algo que oponer el señor fiscal? —preguntó el juez.

—Nada en absoluto —contestó Claude Drumm—. Puede usted interrogar a la testigo todo lo que usted quiera.

—Que conste, sin embargo —dijo Perry Mason—, que preferiría aplazar el interrogatorio hasta mañana, a no ser que se me permita terminarlo hoy.

—La defensa puede comenzar el interrogatorio —dijo el juez Markham, golpeando con su maza sobre la mesa—. La Sala no tiene el propósito de interrumpir el interrogatorio, si es eso lo que teme la defensa.

Claude Drumm hizo un gesto de exagerada cortesía.

—Puede usted interrogar a la testigo durante un año, si le parece —dijo el fiscal.

—Modérese el señor fiscal —advirtió el juez Markham—. Proceda con el interrogatorio.

La atención de los espectadores se concentró de nuevo sobre Perry Mason. La insinuación de que el testimonio de Thelma Benton iba a resultar de capital importancia electrizó repentinamente la atmósfera de la sala, sobre todo cuando el previo interrogatorio de la testigo había sido superficial.

—Cuando usted salió de Santa Bárbara con el señor Forbes y la señora Cartright —dijo Mason—, ¿sabía esa señora quién era usted?

—No lo sé.

—¿No sabe usted lo que el señor Forbes le dijo a ella?

—Claro que no.

—¿Usted había sido con anterioridad la secretaria del señor Forbes?

—Sí, señor.

—¿Había sido usted algo más que su secretaria?

Claude Drumm se levantó vigorosamente y se opuso con toda vehemencia a la pregunta. El juez Markham apoyó la objeción.

—La pregunta tiende a fijar un motivo —dijo Perry Mason.

—La testigo no ha hecho ninguna declaración que pueda justificar la intrusión de tal motivo —dijo el juez—. El punto ha quedado resuelto. Proceda con el interrogatorio y evite tales preguntas en lo sucesivo.

—Muy bien —dijo Perry Mason—. Cuando ustedes salieron de Santa Bárbara, el viaje lo hicieron en automóvil, ¿no es así?

—Sí.

—¿Iba en ese automóvil un perro lobo?

—Sí.

—¿Un perro llamado *Prince*?

—Sí.

—¿El perro fue muerto en el momento del crimen?

—Sí —saltó Thelma Benton, con súbita vehemencia—. El animal sacrificó su vida para defender a su amo contra un cobarde asesino.

Perry Mason asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Y ese perro era el que vino con ustedes en el automóvil?

—Sí.

—¿Se mostraba cariñoso el perro con Paula Cartright?

—Sí. El perro se mostraba muy cariñoso con ella cuando nosotros salimos de Santa Bárbara y todavía más después.

—¿Y ése era el perro que antes había estado en la casa con el señor Forbes y su esposa?

—Exactamente.

—¿Había usted visto al perro allí?

—Sí.

—¿Y el perro también era cariñoso con la señora de Forbes?

—Naturalmente.

—¿Y con usted también?

—Sí. El animal era por naturaleza muy cariñoso.

—Comprendo —asintió Perry Mason—; ¿y no aulló el perro continuamente durante la noche del quince de octubre de este año?

—No.

—¿No oyó usted aullar al perro?

—No.

—¿No es cierto, señora Benton, que el perro salió de la casa, se paró delante del garaje en construcción y aulló desesperadamente?

—No, señor.

Perry Mason cambió de pronto el tema del interrogatorio.

—Señora Benton, ¿usted ha identificado la carta que la señora Cartright le dejó al señor Forbes cuando decidió huir del domicilio de Clinton para volverse a unir con su esposo?

—Sí.

—¿La señora Cartright estaba recluida en su habitación con un ataque de gripe?

—Sí.

—¿La señora estaba convaleciente?

—Sí.

—¿Y de pronto tomó un taxi cuando el señor Forbes se hallaba ausente de la casa?

—Cuando el señor Forbes tuvo que salir de su casa, en virtud de la falsa denuncia que contra él hicieron ustedes, Paula Cartright se fue con su esposo —dijo la testigo.

Y añadió recalcando las palabras:

—Desapareció furtivamente.

—Con lo que usted quiere decir —añadió Mason— que se fugó con su propio marido.

—Ella abandonó al señor Forbes, con quien había vivido por espacio de un año.

—¿Y le dejó esta carta?

—Sí, señor.

—¿Usted reconoce que la letra de esa carta es la letra de la señora Cartright?

—Sí.

—Muy bien —dijo Perry Mason, presentando un pedazo de papel—. Este papel es un papel escrito, por lo que nos aseguran, con la letra de la señora Cartright, y yo le pregunto ahora si esta letra y la de la nota que dejó la señora Cartright son iguales.

—No, señor —contestó la testigo, pausadamente—. La señora Cartright trató deliberadamente, por lo que creo, de cambiar su letra después de salir de Santa Bárbara. Ella procuraba por todos los medios que no se supiese quién era.

—Ya veo —dijo Perry Mason—. Ahora le voy a mostrar a usted una hoja de papel escrito por Bessie Forbes, la procesada. Ésta no es tampoco la letra de la nota que dejó la señora Cartright, ¿no es así?

—No lo es.

—Y ahora —dijo Perry Mason—, ¿podría pedirle que escribiera usted algo en un papel, para que podamos comparar también su letra?

La testigo vaciló un momento.

—Este procedimiento no creo que pueda merecer la aprobación de la Sala —exclamó Claude Drumm, poniéndose de pie.

Perry Mason meneó la cabeza.

—La testigo —dijo el defensor— ha declarado con referencia a la letra de la señora Cartright, y creo que tengo el derecho de mostrarle otros tipos de letra, con el fin de compararlos con la escritura de la nota.

—La defensa está en su derecho —dijo el juez Markham—. No puedo mantener la objeción.

Thelma Benton tomó un pedazo de papel y escribió varias líneas rápidamente.

—Convengamos —dijo Mason— que esta letra es distinta de la que aparece en la nota.

—Naturalmente —dijo la testigo con cierto sarcasmo.

El juez Markham se agitó un tanto inquieto en su sitial.

—Ha llegado la hora —notó— del descanso acostumbrado. Me parece recordar que la defensa manifestó que no se opondría a esta interrupción.

—La defensa no se opone —dijo Mason.

—Muy bien —dijo el juez—; la sesión se suspende por diez minutos. Me permito recordar al jurado que no deben hablar de este asunto entre ellos o permitir que se hable de él en su presencia.

El juez se levantó de su sitial, dirigió a Mason una interrogante mirada y se retiró a su despacho particular.

Perry Mason miró al reloj.

—Asómese a la ventana, Frank —le dijo a su pasante—, y observe si hay alguna conmoción entre los vendedores de periódicos. Este dato a mí me significa mucho para lo que pienso.

El pasante se asomó a la ventana y miró a la calle.

Perry Mason, indiferente a las miradas de los espectadores que en él se encontraban, se acomodó en su silla e inclinó la cabeza meditativamente. Con los dedos tabaleaba sobre el brazo del sillón.

Frank Everly se separó de la ventana y se dirigió hacia Mason.

—Parece haber bastante excitación ahí abajo —dijo—. Hay un camión distribuyendo periódicos. Parece un suplemento. Los vendedores lo están ya gritando.

Perry Mason miró otra vez el reloj y se sonrió.

—Llégueme a la calle y tráigame un par de periódicos —pidió. Al mismo tiempo se volvió hacia Bessie Forbes y le hizo una señal—. Siento mucho, señora que haya usted tenido que pasar por todo esto, pero no creo que dure mucho rato ya.

Bessie Forbes lo miró extrañada.

—Para decir la verdad —dijo—, con lo que he oído aquí no me puedo sentir tan optimista.

El alguacil en cuya custodia se hallaba se acercó a ella. Claude Drumm, que había estado fumando un cigarro en los pasillos, entró con paso solemne en la sala profundamente consciente de su propia importancia. Claude Drumm denotaba en su porte la estudiada superioridad sobre el abogado defensor que tiene que ganarse la vida defendiendo causas, en lugar de percibir la paga mensual con puntualidad cronométrica con el dinero de los contribuyentes.

Frank Everly irrumpió en la sala trayendo con él dos periódicos, los ojos desmesuradamente abiertos y los labios separados, en un gesto de enorme sorpresa.

—¡Han encontrado los cadáveres! —gritó, dirigiéndose apresuradamente hacia Mason.

Perry Mason cogió uno de los periódicos y lo levantó de manera que Claude Drumm pudiese leer los titulares.

LA CASA DEL MILLONARIO ES UN CEMENTERIO

anunciaba en la primera plana uno de los periódicos. Un poco más abajo, y en caracteres no mucho menores, se leía:

*Los cadáveres de Cartright y de su esposa aparecen enterrados
bajo el suelo del garaje de Forbes*

Claude Drumm se levantó súbitamente. Los ojos le saltaban de las órbitas. Uno de los alguaciles entró en la sala, trayendo un periódico y se dirigió apresuradamente al despacho del juez Markham. Un espectador entró con un periódico en la mano, balbuciendo excitadamente. En unos pocos segundos el público se arremolinó alrededor de él escuchando sin respirar.

Claude Drumm se adelantó bruscamente hacia Mason.

—¿Podría ver ese periódico? —dijo.

—De mil amores —contestó Perry Mason, entregándole el que tenía en la mano.

Thelma Benton se acercó a Drumm y le preguntó si podía hablarle un minuto.

Perry Mason paseó la mirada por el periódico y se lo entregó a Frank Everly.

—Léalo, Frank —dijo Mason—. Todo parece indicar que *The Chronicle* les ha ganado por la mano a todos sus colegas.

—Pero ¿cómo es que las autoridades no sabían nada de eso?

—Probablemente se valieron de su influencia y se guardaron la noticia hasta que el periódico estuviera en la calle. De haberlo sabido en la Jefatura de Policía, todos los periódicos hubieran dado la noticia con anticipación.

Perry Mason miró el reloj, se levantó, se desperezó, bostezó y, finalmente, se fue al despacho del juez Markham.

El juez estaba sentado a su despacho, leyendo el periódico. En su rostro se reflejaba una gran incredulidad.

—Siento molestarle, señor juez —dijo Mason—, pero he observado que han transcurrido ya los diez minutos de descanso. Tengo especial interés en terminar el interrogatorio de la testigo antes de que suspenda la sesión de hoy. Además, creo que podemos concluir la vista hoy mismo.

En los ojos del juez Markham se percibía un destello burlón.

—He estado pensando —dijo— en el propósito... —Su voz se cortó antes de terminar la frase.

—¿En qué pensaba usted, juez Markham? —preguntó Perry Mason.

—No sé si tengo derecho a decírselo, pero pensaba en lo extraño de su petición de que se le permitiera completar el interrogatorio de la testigo hoy mismo.

Perry Mason se limitó a encogerse de hombros.

—O es usted el hombre de más suerte del mundo —dijo el juez Markham—, o el más inteligente. Todavía no puedo decir cuál de los dos.

Perry Mason no contestó a la pregunta del juez de una manera directa.

—Siempre he creído que una causa criminal es como un iceberg, sólo una parte de él es perceptible a la vista, el resto se halla por bajo de la superficie.

El juez Markham se puso en pie.

—Muy bien, señor abogado —dijo—, de cualquier manera, usted tiene derecho a proseguir con el interrogatorio.

Perry Mason entró en la sala. Casi inmediatamente hizo su entrada el juez Markham. El ujier ordenó silencio repetidas veces antes de que se le hiciera caso. El público era presa de la agitación, y los comentarios volaban excitadamente en el ambiente.

Por fin el público guardó silencio. Los miembros del jurado volvieron a ocupar sus puestos. Perry Mason se acomodó en su sillón, sin que los últimos incidentes parecieran haber ejercido ninguna influencia en su ánimo.

—Continúa el interrogatorio de Thelma Benton —anunció el juez Markham.

Claude Drumm se puso de pie.

—Señor juez —dijo—, acaba de desarrollarse un suceso de extraordinaria naturaleza. Las circunstancias, que no creo necesario explicar ante el jurado, me obligan, en mi carácter de fiscal y conocedor del caso, a trasladarme a otro lugar en estos momentos. Pido, por lo tanto, que se aplaze la vista hasta mañana por la mañana.

El juez Markham miró a Mason por encima de sus lentes.

—¿Tiene la defensa algo que oponer? —preguntó él.

—Sí, señor —dijo Perry Mason levantándose de su asiento—. Los derechos de mi defendida reclaman que el interrogatorio de esta testigo termine en esta sesión. Esto es precisamente lo que pedí al comenzarse el interrogatorio, y esto es lo que quedó convenido con el propio fiscal.

—Así es —dijo el juez Markham—. La solicitud de aplazamiento de la vista queda denegada.

—Pero —exclamó Claude Drumm—. Usía no puede menos de comprender.

—No puede ser —le interrumpió el juez Markham—. La moción de que suspendiera la vista ha sido denegada. Continúe, señor Mason.

Perry Mason miró a Thelma Benton con ojos acusatorios.

Ella bajó la mirada y empezó a dar señales de inquietud. Su rostro estaba blanco como la nieve.

—De lo que usted ha dicho —dijo Perry Mason pausadamente—, yo deduzco que vio salir a Paula Cartright de su residencia en un taxi en la mañana del dieciséis de octubre.

—Así fue.

—¿Insiste usted en que la vio salir?

—Sí —dijo en voz baja el ama de llaves.

—¿Mantiene usted, pues —dijo Perry Mason levantando la voz —, que usted vio a Paula Cartright viva en la mañana del diecisiete de octubre?

La mujer vaciló y se mordió los labios.

—Quiero que conste en acta —dijo Mason— que la testigo ha vacilado en la respuesta.

Claude Drumm se puso en pie.

—Esa forma de interrogar —notó— no es justa, y me opongo a ella, por lo que tiene de argumentadora, por haber sido hecha y contestada la pregunta con anterioridad y por no ser un interrogatorio en la verdadera acepción de la palabra.

El juez Markham se negó a mantener al fiscal en su oposición al interrogatorio.

—Se hará constar en acta —cedió— que la testigo vaciló al contestar.

Thelma Benton levantó los ojos. Éstos estaban ensombrecidos por el pánico.

—No diré que la viese personalmente —dijo—. Oí pasos de alguien que descendía por la escalera. Vi un taxi que se paraba a la puerta y luego una mujer que entraba en él. Luego el coche se puso en marcha. Desde luego, supuse que debía ser la señora Cartright.

—Entonces, ¿usted no la vio? —insistió Perry Mason.

—No, no la vi —dijo la testigo con voz casi imperceptible.

—Pasemos a otra cosa —dijo Perry Mason—. Usted ha reconocido la escritura de esta carta y ha dicho que era la letra de la señora Cartright.

—Sí, señor.

Perry Mason le presentó la copia fotostática del telegrama depositado en Midwick.

—Y ahora —dijo Perry Mason—, ¿reconoce usted que la letra en el impreso de este telegrama es la de la señora Cartright?

La testigo miró al impreso del telegrama, vaciló por un instante y se mordió los labios.

—En uno y otro caso, la letra es la misma, ¿no es así? —prosiguió Mason.

—Sí —contestó la testigo con voz apenas perceptible—. La letra

es igual, por lo que parece.

—¿No lo sabe usted seguro? —preguntó insistentemente Mason—. Usted reconoció sin vacilar la letra de Paula Cartright en la carta. ¿No es la misma letra la de este telegrama? ¿Es o no es la letra de Paula Cartright?

—Sí —contestó Thelma Benton con voz apenas perceptible—. Ésta es la letra de la señora Cartright.

—Entonces —continuó Mason— la señora Cartright envió este telegrama desde Midwick en la mañana del diecisiete de octubre.

—Supongo que sí —dijo la testigo, todavía sin levantar la voz.

—Señora Benton —dijo el juez Markham golpeando con su maza—, es necesario que levante usted un poco más la voz para que podamos oírla. Haga el favor de hablar más alto.

Thelma Benton levantó la cabeza, miró al juez y se dejó caer ligeramente a un lado.

Claude Drumm se puso en pie.

—Señor juez —dijo—, es evidente que la testigo se ha puesto enferma. Pido de nuevo que se suspenda la vista, en justicia y consideración a esa mujer.

El juez Markham meneó la cabeza en sentido negativo.

—Entiendo que el interrogatorio debe continuar —dijo.

—Si la sesión se suspende en este momento —atajó Claude Drumm desesperadamente—, es posible que el fiscal retire la acusación.

Perry Mason se volvió hacia el fiscal, y con los pies plantados firmemente en el suelo, las piernas abiertas y la cabeza hacia delante, en su característica y agresiva actitud, dijo con voz estentórea, que resonó en todos los ámbitos de la sala:

—Eso es precisamente lo que he tratado de evitar. Mi defendida ha sido víctima de una acusación pública y tiene perfecto derecho a ser absuelta por el jurado. El retirar la acusación podría, todavía, dejar un estigma sobre su nombre.

—La moción del fiscal queda una vez más denegada —dijo el juez Markham con voz solemne, nada comparable en tono ni en vehemencia con la de Perry Mason.

—¿Puede la testigo explicarme cómo Paula Cartright pudo escribir una carta y un telegrama en la mañana del diecisiete de octubre de este año cuando a usted le consta que Paula Cartright

fue asesinada el día dieciséis por la noche?

Claude Drumm se puso en pie de un salto.

—Me opongo —dijo el fiscal— a esa pregunta por ser argumentadora, por no ajustarse a las normas del interrogatorio y por basarlas en un hecho que no ha sido admitido como evidente.

El juez Markham se detuvo un instante, con la vista fija en la cara pálida y desencajada de la testigo.

—Queda mantenida la objeción del fiscal.

Perry Mason cogió la carta escrita en letra de la señora Cartright, la colocó en la mesa enfrente de la testigo y dio un golpe sobre ella con el puño.

—¿No fue usted misma la que escribió esta carta? —preguntó Mason.

—¡No! —gritó Thelma.

—¿No es ésta la letra de usted?

—Usted sabe perfectamente que ésa no es mi letra —contestó la testigo—. Esa letra no se parece en nada a la mía.

—El diecisiete de octubre usted llevaba la mano derecha vendada, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Un perro la había mordido, ¿no es así?

—Sí. A *Prince* le habían dado veneno, y cuando traté de darle una medicina, accidentalmente me mordió en la mano.

—Muy bien —dijo Mason—, pero de todos modos, es indudable que usted llevaba la mano derecha vendada el diecisiete de octubre en este año y continuó llevándola vendada por varios días después.

—Sí, señor.

—Y con ese vendaje puesto le era imposible sujetar una pluma en la mano.

Tras un momento de silencio, la testigo dijo súbitamente:

—Sí. Y esto prueba la falsedad de su acusación de que yo escribí esa carta y este telegrama. La mano la tenía inservible, de manera que me fue imposible manejar la pluma.

—¿Estuvo usted —dijo inesperadamente Perry Mason— en Midwick con toda seguridad el diecisiete de octubre de este año?

—Sí —dijo la testigo—, fui allá con la esperanza de encontrar a la señora Cartright.

—Y mientras estaba usted allí —preguntó Mason—, ¿no envió

este telegrama?

—No —contestó la testigo—. Ya le he dicho a usted que no pude en modo alguno haber escrito ese telegrama.

—Muy bien —dijo Perry Mason—. Vamos a ocuparnos otra vez de esa mano que llevaba usted vendada. ¿La mordedura era tan grave que no podía usted sujetar una pluma?

—Sí, señor.

—¿Y eso ocurrió el diecisiete de octubre del año actual?

—Sí.

—¿Y el dieciocho podía escribir?

—No.

—¿Y el diecinueve?

—No.

—Muy bien —dijo Perry Mason—, ¿no es igualmente cierto que durante ese tiempo continuó escribiendo en su libro de memorias?

—Sí. —De pronto, tras un momento de vacilación, Thelma Benton corrigió—: No.

—¿Contestó sí o no?

—No.

Perry Mason se metió la mano en el bolsillo y sacó un pedazo de papel.

—¿No es esta hoja de papel procedente de su libro de memorias, que usted llevó día por día hasta el dieciocho de octubre?

La testigo miró el pedazo de papel, pero no dio contestación alguna.

—¿Y no es verdad —continuó Perry Mason— que usted es ambidextra, y que durante esos días que llevaba la mano derecha vendada escribía usted en su cuaderno con la mano izquierda? ¿No es igualmente verdad que usted ha escrito siempre con la mano izquierda cuando ha querido disimular la letra? ¿No es verdad también que usted tiene en su posesión un libro de memorias, del cual ésta es una hoja, y que la letra en esta hoja es idéntica a la de la carta que se atribuye a Paula Cartright y a la del telegrama que se suponía que ella había enviado desde Midwick?

La testigo se puso en pie, miró al juez con ojos vidriosos, clavó la mirada en el jurado, y luego abrió la boca para lanzar un grito.

La sala, desde este punto, fue una casa de orates. Los ujieres se esforzaron por mantener el orden. Varios alguaciles corrieron hacia

la testigo. Claude Drumm se puso en pie otra vez y trataba de dejar oír su voz para pedir un aplazamiento de la sesión.

Perry Mason se volvió a su mesa y ocupó su asiento.

Los alguaciles que habían acudido al socorro de Thelma Benton se la llevaron de la sala. En el instante en que la sacaban se desmayó.

La voz de Claude Drumm se dejó oír por fin en aquel tumulto:

—Señor juez —pidió levantando la voz cuanto pudo—: En nombre de la Humanidad y del respeto a esta sala, pido que se suspenda la vista, con el fin de que la testigo recobre la calma, antes de someterla de nuevo al interrogatorio. La testigo evidentemente está enferma de gravedad. El someterla a este interrogatorio es faltar a las más elementales reglas de humanidad y de consideración a la mujer.

El juez Markham apretó los párpados en actitud meditativa y miró luego a Perry Mason.

Éste hablaba en voz baja y reposada, y el murmullo de la sala se apagó para escuchar sus palabras, sin perderlas.

—Desearía saber si éste es el único motivo que la acusación tiene para la suspensión de la vista —dijo Mason.

—Es el único —replicó Claude Drumm.

—En este caso me interesaría saber también —dijo Mason— si en vista de la petición de que se suspenda la vista el fiscal tiene algún otro testigo a quien interrogar.

—Thelma Benton es la última testigo de la acusación —contestó Claude Drumm—. Yo le concedo el honor de interrogarla. La acusación no tiene menos interés que la defensa en sacar a luz la verdad en este caso, pero no puedo consentir que continúe el interrogatorio de una mujer en el momento que sufre un ataque nervioso.

—En este caso —dijo el juez Markham— me inclino en favor de la moción, siempre que se trate de una suspensión por un tiempo razonable.

—La moción de que se suspenda la vista —dijo Mason— no es ya necesaria. Me complace el anunciar a la sala que en virtud de la tensión nerviosa de la testigo y del deseo que tengo de concluir el caso, doy por terminado el interrogatorio.

Perry Mason volvió a sentarse.

Claude Drumm permaneció de pie junto a su mesa, contemplando a Perry Mason con ojos de incredulidad.

—¿Ha terminado usted? —dijo.

—Sí, he terminado —contestó el defensor.

—En tales circunstancias, naturalmente, necesito tiempo para reponerme de la sorpresa y solicito que la vista se suspenda hasta mañana por la mañana.

—¿Por qué razón? —preguntó el juez Markham.

—Sencillamente, para tener tiempo de coordinar los nuevos elementos que han entrado repentinamente en el caso y decidir la línea de conducta que debo seguir —dijo Claude Drumm.

—Pero —observó el juez Markham—, si no recuerdo mal, usted ha dicho que Thelma Benton era su último testigo.

—Muy bien —dijo Claude Drumm—. La acusación no tiene nada que decir. Que la defensa prosiga con su informe.

Perry Mason se inclinó ante el juez y los jurados.

—La defensa —dijo— no tiene tampoco nada que decir.

—¿Cómo es eso? —gritó Claude Drumm—. ¿No piensa usted aducir prueba ni evidencia de ninguna clase?

—La defensa no tiene nada que decir —replicó Perry Mason con pomposa dignidad.

La voz del juez Markham resonó con toda la autoridad del magistrado.

—¿No van ustedes, señores, a debatir el caso ante el jurado? —dijo.

—Por mi parte no hay inconveniente —dijo Mason.

—¿Por parte del fiscal? —preguntó el magistrado.

—A la acusación le es imposible debatir el caso en este momento. Necesita antes cierta preparación. Una vez más pido que se suspenda la vista...

—Y una vez más —dijo el juez con firme tono— me veo en el deber de negar la petición. Entiendo que los derechos de la procesada merecen, ante todo, la consideración de la sala. Proceda usted con su informe, señor Drumm.

—Entonces —dijo Drumm— el fiscal retira la acusación.

El juez asintió con una inclinación de cabeza.

—Muy bien —dijo—, con tal que...

Perry Mason se había ya puesto en pie.

—Me opongo a que se retire la acusación —dijo él—. Con anterioridad me parece haber expuesto mi posición en este caso. Mi defendida tiene derecho a que su nombre salga inmaculado en esta sala, como corresponde a su inocencia.

El juez Markham entornó los ojos en su característica actitud y acechó a Mason con la misma cautela que el gato mira al ratón. Indudablemente el juez sentíase sorprendido y admirado ante la actitud de Mason.

—¿Quiere usted decir que se opone a que el fiscal retire la acusación contra su defendida?

—Sí, señor.

—En este caso, dejaremos que el jurado resuelva el punto —contestó el juez—. El fiscal deberá comenzar su informe.

Claude Drumm se levantó y se dirigió al jurado.

—Señores del jurado —dijo—, en los últimos momentos de la vista se ha desarrollado algo súbito e inesperado. No sé cuál hubiese sido mi actitud en el caso de haberse suspendido la vista, para darme tiempo a meditar sobre las nuevas circunstancias que de tal modo afectan el curso de los hechos. A pesar de todo, los hechos demuestran que la procesada en esta causa debió hallarse en la casa en que el crimen fue cometido a la hora precisa en que el crimen tuvo efecto. Los hechos revelan igualmente la existencia de un motivo lo suficientemente poderoso para impeler a la procesada a asesinar a la víctima. La pistola con que se perpetró el asesinato era de propiedad de la procesada. Con tales antecedentes no creo que la procesada deba ser absuelta. Con toda franqueza diré igualmente que no puedo pedir la pena capital, ya que con las nuevas relaciones mi mente está aún algo perpleja; pero de todas maneras entiendo que ustedes deben meditar sobre los puntos esenciales de la acusación. Esto, señores, es todo lo que tengo que decir.

Claude Drumm volvió hacia su asiento con salvaje dignidad.

Perry Mason se acercó a los jurados, y durante unos segundos los envolvió en una misteriosa mirada.

—Señores del jurado —dijo—. En el curso de la declaración del testigo principal de la acusación se ha interpuesto una circunstancia que ha hecho cambiar la perspectiva de este caso y ha librado a ustedes de la posibilidad de causar un daño irreparable a una mujer inocente.

»La evidencia en este caso es puramente circunstancial. El fiscal puede deducir caprichosamente de estas circunstancias lo que le parezca, y lo mismo puede hacer la defensa.

»Permítanme, pues, que a base de las circunstancias que concurren en este delito les haga ver primeramente la posibilidad de que el crimen fuera cometido por otra persona.

»En primer término, la persona que mató a Clinton Forbes entró en la casa valiéndose de una ganzúa o de una llave que tenía derecho legal a poseer. Esa persona entró en la habitación en que Clinton Forbes se estaba afeitando. Forbes salió de su dormitorio hacia la biblioteca para ver quién era el intruso, se alarmó y corrió al cuarto de baño para desatar al perro que allí tenía sujeto con una cadena. Es evidente que cuando Forbes oyó pasos en la biblioteca se limpió el jabón de la cara con una toalla, y que al sorprender al intruso se fue precipitadamente al cuarto de baño y desató al perro. Al hacerlo, empleó las dos manos, y dejó caer la toalla cubierta de jabón que se había quitado de la cara. La toalla cayó cerca del borde de la bañera en la forma precisa en que hubiera caído una toalla en las circunstancias del caso. El perro se arrojó contra el intruso dispuesto a devorarlo, y tal como la testigo de la acusación nos ha dicho, trató de salvar la vida de su amo. El asesino disparó contra el perro a quemarropa. Las huellas de la pólvora eran perceptibles en el pelo del animal, lo que revela que el perro se había arrojado sobre el criminal cuando se hicieron los disparos.

»Después de esto, el intruso luchó con Clinton Forbes, sin que sea posible saber si el criminal avanzó hacia Forbes o éste hacia su enemigo, pero de todas maneras los disparos que causaron la muerte de Forbes se hicieron a quemarropa.

»Señores del jurado: la acusación mantiene que esos disparos los hizo mi defendida.

»Contra tal teoría yo diré que si el intruso hubiera sido la persona que se sienta en el banquillo el perro lobo no se hubiera arrojado contra ella, ni hubiera sido preciso que la procesada hubiese matado al perro. El perro conocía a mi defendida y sentía gran cariño por ella. El perro no se hubiera nunca arrojado sobre ella para devorarla; al contrario, hubiese manifestado su alegría con ladridos y saltos al ver reunidas otra vez a las dos personas que el animal tanto quería.

»No creo que sea necesario decir más para destruir por entero la hipótesis de la acusación.

»La ley relativa a la evidencia circunstancial establece que antes de que el jurado pueda dictar veredicto de culpabilidad, los miembros del jurado deben quedar completamente persuadidos de que las circunstancias no pueden explicarse sino a base de la culpabilidad del procesado.

»Ahora permítanme que les señale las circunstancias que revelan que el crimen fue cometido por otra persona.

»En los autos existe prueba de que Arturo Cartright denunció los aullidos de un perro en la casa de Clinton Forbes en la noche del quince de octubre. El perro aulló continuamente toda la noche. Los aullidos procedían de la parte de atrás de la casa y en la proximidad del garaje que entonces se estaba construyendo.

»Señores: supongamos que hubiera tenido lugar una reyerta entre Paula Cartright y Clinton Forbes, y supongamos que durante el altercado Clinton Forbes hubiese matado a Paula Cartright. Supongamos igualmente que Forbes y Thelma Benton, juntos, hubieran abierto un hoyo en el suelo del garaje sobre el que se iba a colocar un piso de cemento. Y estamos autorizados a suponer, en vista de los términos de la carta que Thelma Benton escribió después, como si procediera de Paula Cartright, que el altercado hubiese sido consecuencia de haber ésta descubierto la existencia de relaciones íntimas entre Thelma Benton y Clinton Forbes.

»La señora Cartright había renunciado a su posición social, al derecho de ser considerada una señora de respetabilidad, cuando se fugó con Clinton Forbes, para vivir con él, en circunstancias que le cerraban el acceso a sus antiguas amistades, sin poder tampoco formar amistades nuevas por temor a que su pasado pudiese en cualquier momento salir a luz. Paula descubrió un día que todos sus sacrificios habían sido estériles; que el amor que ella creía haber conquistado a tan duro precio no era más que un fraude y una burla, y que Forbes no le era más fiel que le había sido a su primera mujer, que dejó abandonada en Santa Bárbara.

»Paula Cartright debió haber apurado todo el vaso de la amargura en aquella reyerta y sus labios quedaron sellados eternamente por los dos asesinos que secretamente enterraron su cuerpo. El cocinero chino estaba dormido. Los únicos testigos del

crimen y de la fúnebre ocultación eran las estrellas del firmamento y la conciencia acusadora de aquel par de criminales que afanosamente cavaban la hoya para depositar allí el cadáver de su víctima. Había, sin embargo, otro testigo: el perro. El fiel animal olió el frío cadáver de su dueña. Sabía que estaba enterrada en el suelo del garaje y empezó a aullar.

»Arturo Cartright había estado vigilando la casa. Él no sabía el lúgubre significado de aquellos aullidos, pero sin poderlo evitar le afectaron los nervios. Al día siguiente se apresuró a evitar que los aullidos se repitieran en lo sucesivo, pensando solamente que los gritos del animal no eran más que una ilusión de una mente canina. Mas en un determinado momento, a la noche siguiente, comenzó a alborear en su mente la significación de aquellos aullidos. Inevitablemente se apoderó de Cartright la obsesión de que tal vez el perro lanzaba sus lamentos por la muerte de una persona querida. Acuciado por la sospecha, procedió a investigar.

»Clinton Forbes y Thelma Benton habían inaugurado su carrera criminal y temían verse acusados de la comisión del horrible delito. Un individuo, enloquecido por la trágica sospecha, exigió que se le enfrentase con Paula Cartright con el fin de cerciorarse de que estaba con vida.

»Señores del jurado —Mason bajó dramáticamente la voz—. Sólo había un camino abierto a los dos asesinos para ocultar las huellas de su crimen. Sólo un paso más en la senda del delito para sellar aquellos labios que proferían siniestras acusaciones, que pronto serían hechas ante las autoridades y determinaron una investigación. Los dos criminales cayeron sobre Arturo y lo asesinaron lo mismo que habían asesinado a su esposa, y lo enterraron junto al cadáver de su primera víctima, sabiendo que al día siguiente los albañiles cubrirían de cemento aquellas sepulturas, borrando para siempre las huellas de su doble crimen.

»Los dos culpables procedieron inmediatamente a buscar una explicación de la ausencia simultánea de Arturo y Paula Cartright. Espontáneamente se les ocurrió fingir que ambos habían hecho las paces y huido juntos. Thelma Benton era ambidextra, esto es, podía escribir con ambas manos. Clinton Forbes sabía que lo era, como también que no era probable que nadie tuviera una muestra de la letra de Paula Cartright. Ésta se había alejado del mundo y, como se

dice, había quemado las naves para no poder volver atrás. No era probable que nadie apareciese para mostrar una carta o un documento con su letra o con su firma. Se falsificó, pues, la carta, se falsificó la firma y una vez más los dos asesinos avanzaron en su criminal carrera.

»Señores del jurado: No he de extenderme aquí sobre las consecuencias que inevitablemente siguen a tal mezcla de perversión fundada en el crimen, alimentada por la decepción y que culmina en el asesinato. Pero quedaban dos conspiradores, cada uno de los cuales sabía que el otro tenía en su mano el dejar caer sobre él la venganza de la Ley. Thelma Benton tomó la iniciativa. Salió de la casa a las seis de la tarde y acudió a una cita que tenía con un amigo. No hemos de averiguar lo que ella le dijo. Sólo nos interesa saber lo que ocurrió después. Y observen, señores, que no acuso aquí a Thelma Benton ni a su cómplice, sino que me limito a señalar lo que probablemente ocurrió, como una razonable hipótesis, sobre la cual puede basarse la evidencia. Thelma Benton regresó a la casa con su cómplice, penetrando en ella con su llave. Una vez dentro buscaron a su víctima, como si se hubiera tratado de una fiera salvaje. El fino oído del perro, sin embargo, descubrió su presencia. Alarmado por el ladrido del perro, Clinton Forbes salió del cuarto de baño. Vio a su ama de llaves en la biblioteca y comenzó a limpiarse el jabón que le cubriera la cara. Inmediatamente también se dio cuenta del motivo de su visita. Poseído del pánico, se fue al cuarto de baño y soltó al perro. Éste se arrojó sobre el acompañante de Thelma Benton, que entonces disparó, matando al perro. Éste cayó al suelo, muerto. Forbes forcejeó con la mujer y en este punto sonaron dos tiros disparados a quemarropa.

»Luego el silencio invadió la biblioteca.

Perry Mason se detuvo bruscamente. Miró al jurado solemnemente y con voz que apenas podía ser oída terminó:

—Esto es todo, señores.

Perry Mason se volvió y se dirigió a su sitio.

Claude Drumm miró con ojos de incertidumbre al jurado, al juez y a los rostros que lo contemplaban con hostilidad en toda la sala, se encogió de hombros y dijo:

—El fiscal no tiene nada que decir.

Capítulo 22

Hacía ya más de dos horas que el Jurado dictara su veredicto, cuando Perry Mason entraba en su despacho. Había ya oscurecido, pero Della Street lo esperaba con ojos inundados por la emoción. Paul Drake se hallaba también en el despacho, apoyado indolentemente contra el escritorio, con las facciones grotescamente deformadas en un gesto de plácido humorismo y un cigarro colgado en uno de los lados de la boca.

Perry Mason traía con él un perro lobo.

Della y Paul miraron primeramente al perro y luego a Mason.

—Nadie puede negar —dijo Paul Drake— que eres el genio de lo dramático y espectacular. Ahora que has empleado un perro para absolver a tu cliente, adoptas un perro y lo llevas por todas partes contigo. De esta manera, no hay peligro de que nadie se olvide de tu apoteósico triunfo en la audiencia.

—No es para eso —dijo Mason—. Voy a poner al perro en ese ropero. El animal está asustado, y ahí dentro estará mejor.

Mason metió al perro en el ropero de su despacho particular y le soltó la correa, lo hizo acostarse en el suelo y trató de calmarle con unas cuantas palabras cariñosas, cerrando luego la puerta, aunque no con llave. Volvióse después para recibir un apretón de manos de Paul Drake y un abrazo de Della Street, que lo apretujó en el éxtasis de alegría que la dominaba.

—¡Ha estado usted maravilloso! —exclamó Della—. He leído su informe en el periódico. Han echado a la calle un suplemento reproduciendo su discurso, palabra por palabra. ¡Ha sido un triunfo colosal!

—En los periódicos —dijo Drake— te llaman el creador del drama judicial.

—Todo ha sido cuestión de suerte —dijo modestamente.

—A eso no lo llamo yo suerte —replicó Paul Drake—. El plan estaba magistralmente concebido. En él había seis líneas directas de ataque y si te hubieras visto obligado, habrías podido recurrir, a última hora, al cocinero chino, para demostrar que el perro realmente había aullado. En caso extremo también podías haber hecho declarar a Mae Sibley y poner a la acusación en ridículo.

Della Street interrumpió excitadamente:

—Tan pronto como leí el informe, me di cuenta de cómo había llegado usted a deducir el sitio en que se encontraron los cadáveres.

Súbitamente la secretaria se interrumpió y miró a Paul Drake.

—Hay, sin embargo —dijo el detective—, unos cuantos cabos sueltos en este negocio. En primer lugar, si Thelma Benton había vuelto a la casa de Forbes, con Carl Trask, y allí habían asesinado a Forbes, ¿cómo es que Wheeler y Drake no los vieron entrar en la casa?

—Wheeler y Drake no eran testigos —replicó Mason.

—Ya lo sé —replicó Drake—. Por eso tú te preocupaste tanto que el fiscal no supiera que tenías detectives vigilando la casa. Si hubiera sabido el fiscal lo que mis agentes sabían, no hubiera parado hasta descubrirlos.

—¿Cree usted que fue justo hacerlos desaparecer en el momento preciso para que el fiscal no pudiera dar con ellos? —preguntó Della.

Perry Mason permaneció de pie, con las piernas abiertas, el tórax arqueado y la cara hacia delante, en actitud retadora.

—Ya les he dicho varias veces y repito ahora —dijo— que no soy el juez ni el Jurado. Yo no soy más que el abogado defensor. El fiscal no se para en barras, cuando se trata de acumular cargos contra el procesado. Es, por tanto, el deber del defensor destruir la labor acusatoria del fiscal. Así está, sin ir más lejos, el caso del conductor del taxi. Todos sabemos que no le hubiera sido posible identificar a la mujer que se había dejado el pañuelo en el taxi. El hombre sabía que la mujer usaba cierta clase de perfume y que vestía de cierto modo. Sabía también de una manera vaga si era alta o baja, gruesa o delgada, pero su conocimiento de la persona no pasaba de eso. Esto quedó rotundamente demostrado al hacer que Mae Sibley le reclamara el pañuelo, que él le dio, sin sospechar el fraude. El fiscal, con todos los elementos a su disposición, logró

sugestionar al conductor del taxi y convencerlo, no sólo de que podía perfectamente reconocer a la mujer, sino de que la mujer no era otra que la procesada.

—Éstas son las tácticas contra las cuales el abogado defensor tiene que estar preparado. Su misión difiere esencialmente de la del fiscal y la del jurado; el defensor es sólo un representante del procesado, pagado por éste, con la sanción oficial, y cuya obligación solemne es demostrar, hasta donde su habilidad le permita, que su patrocinado es inocente. Ésta es mi profesión de fe, y a ella me atengo en mi conducta de abogado.

—Conforme —dijo Drake—, pero en el caso de Bessie Forbes te metiste en peligrosas honduras, aunque supiste mantenerte a flote. Mereces toda clase de felicitaciones. Los periódicos te proclaman el mago de la jurisprudencia, y no cabe duda de que lo eres.

Drake tendió la mano a Mason, que la estrechó, agradecido.

—Ahora —dijo— me voy a mi despacho, donde estaré un rato, por si quieres llamarme para algo. Supongo que estarás fatigado y querrás irte a casa y descansar.

—Tal vez me conviniera hacerlo —dijo Mason—, aunque prefiero una vida de agitación y de grandes emociones.

Drake salió del despacho.

Della Street miró a Mason con ojos que revelaban la idolatría que sentía por el abogado.

—¡Estoy loca de contento —dijo— de pensar que ha sido absuelta! ¡Ha sido un trabajo maravilloso!

Trató de pronunciar unas palabras más, y de pronto, le echó los brazos al cuello.

A la puerta se asomó una persona que trató de anunciar su presencia con una tos discreta.

Della Street separó los brazos del cuello del abogado y miró hacia la persona encuadrada en el marco de la puerta.

—Ustedes perdonen —dijo la mujer—, pero acaban de ponerme en libertad y he querido venir a su despacho tan pronto como he salido a la calle.

—Me alegro mucho de verla —dijo Mason.

En aquel momento se escuchó un ruido agitado en el ropero del despacho. La puerta de éste se abrió violentamente y el perro se precipitó hacia Bessie Forbes.

El animal saltó en torno de ella, lanzando ladridos de gozo. Con la lengua le lamía la cara, hasta que ella, con un grito de alegría, echó los brazos al cuello del enorme perro lobo.

—*¡Prince!* —exclamó—. *¡Prince!*

—Usted dispense, señora —dijo Perry Mason—, pero su nombre no es *Prince*. *Prince* murió.

La mujer miró a Mason con ojos de incredulidad y sorpresa.

—*¡Échate, Prince!* —ordenó.

El perro se tendió en el suelo, donde permaneció acostado, mirándola con lípidos y expresivos ojos, y sacudiendo la cola violentamente contra el suelo.

—¿Dónde lo ha encontrado usted? —preguntó Bessie Forbes.

—Desde el principio —dijo Mason— me expliqué la razón de que el perro aullara la noche del quince de octubre, pero no podía explicarme que dejara de aullar la noche del dieciséis, si es que el animal aún vivía. Otra cosa que me extrañaba era que un animal que había vivido en la casa con Thelma Benton más de un año se revoliera de pronto contra ella y le mordiese ferozmente en la mano.

»Una vez terminado el caso, me di una vuelta por las perreras de la vecindad, y encontré una de ellas en que el dueño de un perro había cambiado éste por otro perro parecido la noche del dieciséis de octubre. Compré el perro que se había quedado en la perrera.

—Pero —preguntó Bessie Forbes—, ¿qué va usted a hacer con él?

—Voy a regalárselo a usted —dijo Mason—. El animal necesita el calor de un hogar, y le propongo que se lo lleve, y al mismo tiempo, le recomendaría también que se fuese usted de esta ciudad tan pronto como pueda.

Cogió el perro por la correa y se lo entregó a la mujer.

—Díganos dónde está, para que podamos comunicarle cualquier cosa que haya —dijo Mason—. Usted es la beneficiaria en el testamento. Los periódicos la molestarán a preguntas si continúa usted aquí, haciéndole toda clase de preguntas. Lo mejor es que ponga usted cuanto antes tierra de por medio.

Bessie Forbes lo miró por un momento, sin decir una palabra. Al fin, le tendió la mano que se la estrechó calurosamente.

—Muchas gracias —dijo, y luego se volvió súbitamente—. ¡Ven

aquí, *Prince!* —llamó.

El perro atravesó el despacho, hacia la puerta, siguiendo a su dueña, con la cola en alto, agitándola orgullosamente.

Cuando la puerta se cerró, Della Street miró a Perry Mason con muestras de consternación.

—Pero —dijo Della— si Clinton Forbes había reemplazado ya al perro cuando se cometió el crimen, ¿cómo es que la única prueba por usted aducida, para probar que Bessie Forbes no había cometido el crimen, era que el perro no se hubiera arrojado sobre ella?

—Ya le he dicho antes —contestó Perry Mason— que yo no soy el juez ni el Jurado. De otra parte, yo no he oído nunca explicar el caso a Bessie Forbes, como tampoco lo ha oído nadie. Es posible que cualquier cosa que ella haya podido hacer, lo haya hecho en defensa propia. De ello estoy perfectamente seguro. Tuvo que defenderse contra un hombre y contra un perro. Pero mi misión era sencillamente la propia, la corriente, la de un abogado defensor.

—Pero —dijo Della Street— cualquier día la volverán a detener y a procesarla de nuevo.

Perry Mason sonrió y meneó la cabeza.

—No lo tema usted —dijo—. Por eso precisamente no acepté meramente que el fiscal retirara la acusación. De ese modo, existía siempre el peligro de un nuevo procesamiento. Ahora, ha sido el jurado el que la ha declarado inocente, y no se la puede procesar de nuevo por el mismo crimen.

—No sé si es usted un santo o un diablo —dijo Della Street, sin apartar los ojos de Mason.

—Todos los hombres somos lo mismo —dijo Perry Mason, sin perder la calma.